

LECTOR 1º

CANTAR PRIMERO
DESTIERRO DE EL CID

De los sos ojos - tan fuertemiente llorando, Tornava la
caveca - i estávalos catando.

Vio puertas abiertas – e ucos sin cañados,
alcándaras vázias – sin pieles e sin mantos e
sin falcones – e sin adtores mudados.

Sospiró mio Cid – ca mucho avié grandes cuidados.

Fabló mio Cid – bien e tan mesurado:

-¡Grado a ti, señor padre, - que estás en lo alto! “esto
me an buolto – mios enemigos malos.”

Alli piensan de aguijar, - allí sueltan las riendas. A la
exida de Bivar – ovieron la corneja diestra, e
entrando a Burgos – oviéronla siniestra.

Mació mio Cid los ombros – y engarameó la tiesta:

“Albricia, Alvar Fáñez, - ca echados somos de tierra, mas
a gran ondra – tornaremos a Castiella.”

Mio Cid Roy Díaz – por Burgos entróve,
en su compañía – sessaenta pendones;
exien lo ver – mugieres e varones,
burgueses e burguesas, - por las finiestras sone,
plorando de los ojos, - tanto avien el dolore;
de las sus bocas – todos dizian una razón:
-“¡Dios, qué buen vassallo, - si oviesse buen
señore!”

Conbidar le ien de grado, - mas ninguno non osava:

El rey don Alfonsso – tanto avie le grand saña.

Antes de la noche – en Burgos dél entró su carta,
con grand recabdo – e fuertemiente seellada:
que a mio Cid Roy Díaz – que nadi nol diesen e
posada

aquel gela diesse – sopiesse vera palabra
que perdiere los averes – e mas los ojos de la cara,
e aun demás – los cuerpos e las almas.

Grande duelo avien – las yentes cristianas;
ascóndense de mio Cid, - ca nol osan decir nada.

LECTOR 2º

El Campeador - adeliño a su posada;
asi como llegó a la puorta, - fallóla bien cerrada,
por miedo del rey Alfons, - que así lo pararan:
que si no la quebrantás, - que non gela abriesen por
nada.

Los de mio Cid – a altas voces llaman,
los de dentro – non les quieren tornar palabra.

Aguijó mio Cid, - a la puerta se llegaua,
sacó el pie del estribera, - una feridal dava;
non se abre la puerta, - ca bien era cerrada.

Una niña de nuef años – a ojo se paraba:
-“¡Ya Campeador, - en buena cinxiestes espada!
El rey lo ha vedado, - anoch dél entró su carta,
con grant recabdo – e fuertemiente seellada.
Non vos osariemos – abrir, nin coger por nada;
si non, perderiemos – los averes e las casas,
e aun de más – los ojos de las caras.
Cid, en el nuestro mal – vos non ganades nada;
mas el Criador vos vala – con todas sus virtudes
santas.”

Estola niña dixo – e tornos pora su casa.
Ya lo vede el Cid – que del rey non avie gracia.
Partiós de la puerta, - por Burgos aguijaua,
llegó a Santa María, - luego descabalgá;
fincó los inojos, - de coracón rogaba.
La oración fecha, lugo cavalgava;
Salió por la puerta, - e arlancón passava.
Cabo Burgos essa villa – en la glera posava,
fincava la tienda – e luego descavalgava.

Mio Cid Roy Díaz, - el que en buena cinxo espada,
Poso en la glera – quando nol coge nadi en casa;
derredor dél – una buena compañía.
Assí posó mio Cid – commo si fosse en montaña.
Vedada l’an compra – dentro en Burgos la casa
De todas cosas – quantas son de vianda;
nol osarien vender – al menos dinarada.

LECTOR 3º

Martín Antolínez, - el burgalés conplido,
a mio Cid e a los sos – abásteles de pan e de vino;
non lo compra, - ca él se lo avie consigo;
de todo conducho – bien los ovo bastidos.
Pagós mio Cid – el Campeador conplido
e todos los otros – que van a so servicio.

Fabló Martín Antolínez, - odredes lo que a dicho:

-“Ya Campeador, - en buen ora fostes nacido,
Esta noch yagamos – e vayamosnos al matino,
ca acusado seré – de lo que vos he servido,
en ira del rey Alfons – yo seré metido.

Si con vusco – escapo sano o vivo,
aun cerca o tarde el rey – querer m´a por amigo;
si non, cuanto dexo – no lo precio un figo.”

Fabló mio Cid, - el que en buen ora cinxo espada:

-“Martín Antolínez, - sodes ardidada lanca,
si yo vivo, - doblar vos he la soldada.

Espeso e el oro – e toda la plata,
bien lo veedes – que yo no trayo nada,

huevos me serié – pora toda mi compañá;
fer lo he amidos, - de grado non avrié nada.
Con vuestro consejo – bastir quiero dos arcas;
inchámoslas d´arena, - ca bien serán pesadas,
cubiertas de gualdamecí – e bien enclaveadas.
Los guadamecis bermejós – e los clavos bien
dorados.

Por Raquel e Vidas, - vayádesme privado;
Cuando en Burgos me vedaron la compra – y el rey
me a ayrado.

Non puedo traer el aver, - ca mucho es pesado,
Enpeñar gelo he – por lo que fore guisado;
De noche lo lieven, - que non lo vean cristianos.
Vealo el Criador – con todos los sos santos.
Yo mas non puedo – e amidos lo fago.”

Martín Antolínez – non lo detardava,
pasó por Burgos, - al castiello entrava,
por Raquel e Vidas – apriessa demandava.

LECTOR 4º

Raquel y Vidas – juntos estaban ambos,
recontando sus dineros, - los que habían granjeado.
Llegó Martín Antolínez, - con aire de hombre avisado:
-“¿Dónde estáis, Raquel y Vidas, los mis amigos tan
caros?
En secreto, si os parece, - hablar quisiera con
ambos.”
No lo retrasan un punto, - los tres solos se apartaron.
-“Amigos Raquel y Vidas, - entrambos dadme las
manos,
en fe de no descubrirme – a nadie, moro o cristiano;
por siempre he de haceros ricos, - que no estéis
necesitados.
El Campeador – por las parias fue enviado;
recibió grandes tesoros, - muchos y muy extremados,
de ellos guardó para sí – todo cuanto valió algo;
Por eso vino a este trance – de ser por ello acusado.
Tiene consigo dos cofres – llenos de oro refinado.
Ya lo estáis viendo vosotros – cómo el rey le ha
desterrado.

Ha dejado sus haciendas, - y sus casas y palacios,
No puede llevar aquéllos, - pues sería rastreado.
Así pues, el Campeador – los dejará en vuestra
mano,
y de dinero prestadle – lo que se estime ajustado.
Tomad, pues, aquellos cofres, - ponedlos en vuestro
salvo;
con solemne juramento – dad vuestra palabra
entrambos,
de que no los miraréis – durante todo este
año.”Raquel y Vidas – estábanse consultando;
-“Nosotros es menester – que en todo ganemos algo.
Bien lo sabemos que el Cid – algo y aun mucho ha
ganado,
Cuando entró en tierra de moros, - que gran riqueza
ha sacado;
y no duerme sin sospecha – quien trae dinero
acuñado.
Esos cofres – tomémoslos entrambos,
y pongámoslos en sitio – que no sea olfateado.
Pero decidnos del Cid - ¿con qué se creará pagado?
O ¿Qué interés nos dará – por todo aqueste año?”

Dijo Martín Antolínez, - como era hombre avisado:
-“Mio Cid ha de querer – lo que se estime ajustado;
Poco es lo que pedirá – por dejar su haber en salvo.
Hombres pobres por doquiera – van a su vera
llegando;
Ha menester para ellos, en cifra, seiscientos marcos.”
Dijeron Raquel y Vidas: - “Darémoslos de buen
grado.”
-“Ya veis que corre la noche, - y que el Cid se ve
apremiado;
Tenemos necesidad – de que nos déis esos marcos.”
Dijeron Raquel y Vidas: - “No se hace así el mercado,
Sino tomando primero, - y después el precio dando.”
Dijo Martín Antolínez: - “Yo de eso me satisfago.
Venid conmigo los dos – al Campeador afamado,
y allí os ayudaremos, - pues es de razón el caso,
a traer acá los cofres, - y ponerlos aquí en salvo,
de forma que no lo sepan – ni moros, ni cristianos.”
Dijeron Raquel y Vidas: - “Nos parece bien lo
hablado;
Traidos acá los cofres, - tomad los seiscientos
marcos.”

LECTOR 5º

Martín Antolínez - cabalgó apresurado,
junto con Raquel y Vidas – de voluntad y buen grado.
No viene a dar a la puente, - que por el agua ha
pasado,
porque no le olfateasen – de Burgos ni un ser
humano.
Hételes ante la tienda – del Campeador afamado;
Por entrar que entran allí, - besáronle al Cid las
manos.
Sonrióse mío Cid, - y así estábalos hablando:
-“Hola don Raquel y Vidas, - ¡ya me tenéis olvidado!
Voy a salirme del reino, - porque el rey me ha
desterrado;
a lo que a mí me parece – de lo mío tendréis algo;
mientras os dure la vida, - no os veréis necesitados.”
Raquel y Vidas al Cid, - van y le besan las manos.
Martín Antolínez – el trato ha concertado,
que a cuenta de aquéllos cofres – le darán
seiscientos marcos,

y los guardarán muy bien – hasta el cabo de aquél
año;
que así le dieran palabra, - y se lo habían jurado,
que si los mirasen antes, - perjuros fueran llamados,
y no les diese mío Cid – de interés un mal chavo.”
Dijo Martín Antolínez: - “Carguen los cofres, y
andando.
Llevadlos, Raquel y Vidas, - ponedlos a buen
recaudo;
yo con vosotros iré, - por traer acá, los marcos,
que ha de marchar mío Cid – entes de que cante el
gallo.”
Al cargar de los cofres, - era de ver gozo tanto;
aunque son ellos forzudos, - no pueden encima
echarlos.
Plácense Raquel y Vidas – de aquél dinero acuñado,
porque en tanto que viviesen, - repuestos quedaban
ambos.

LECTOR 6º

Raquel coge a mío Cid – la mano para besarla.
-“¡Ea Campeador, - en buena ceñiste espada;
¿De Castilla os alejáis – para las gentes extrañas?
Tanta es vuestra ventura, - grandes son vuestras
ganancias;
una piel bermeja – morisca y de fama,
Cid, os pido por favor – que queráis regalármela.”
-“Que me place, dijo el Cid, - desde ahora quede
mandada.
Si os la trajera de allá; - si no, en los cofres contadla.”
Raquel y Vidas – los cofres llevaban,
Martín Antolínez y ellos – por Burgos se adentraban.
Con toda precaución – llegaban a su casa,
allí en medio del cuarto – una alfombrilla estiraban,
y una sábana sobre ella – de tela de hilo y muy
blanca.
Del primer golpe volcaron – trescientos marcos de
plata;
recontólos don Martín, - sin pesarlos los tomaba,
los otros trescientos – en oro se los pagaban.

Cinco escuderos se tiene – don Martín y a todos
carga,
Y cuando esto dejó hecho, - escucharéis lo que
hablaba:
-“Bueno, don Raquel y Vidas, los cofres ya están en
casa,
Pero yo que esto logré – bien merecía unas calzas.”
Entonces Raquel y Vidas – aparte salieron ambos:
-“Démosle un regalo bueno, - porque esto él nos lo ha
buscado.
Martín Antolínez, - un burgales afamado,
lo merecéis en verdad, - un buen don queremos
daros,
con que podáis hacer calzas - y rica piel y buen
manto.
De regalo os añadimos – a vos treinta marcos;
merecerlo habéis aun más, - porque tenemos un
trato,
que habéis de ser fiador – de esto que hemos
concertado.”
Dióles las gracias don Martín, - y recibió aquellos
marcos;

LECTOR 7º

Quiso salir de la casa, - y despidióse de entrámbos.
Salido es fuera de Burgos, - y el Arlanzón ha cruzado,
vínose para la tienda – del que naciera en buen hado.
Recibióle mío Cid, - abiertos entrambos brazos:
-“¿Venís, Martín Antolínez, - el mi bueno y fiel
vasallo?
¡Ojala vea yo el día, - que de mí recibáis algo!”
-“Vengo, Campeador, - con un muy grato recado:
Vos seiscientos granjeasteis, - y yo treinta he
granjeado.

La tienda mandad coger, - y presurosos vayámonos,
en San Pedro de Cardeña – nos debe cantar el gallo;
a vuestra mujer veremos, - la muy honrada hijadalgo;
acortaremos la estancia, - del reino hemos de
alejarnos;
mucho ello es menester, - porque está apurando el
plazo.”
Dichas estas palabras, - la tienda es recogida;
Mío Cid con sus leales – cabalgan a toda prisa.

La cara del caballo – tornó hacia Santa María,
alzó su mano derecha, - la cara se santigua:
-“¡A tí te doy gracias, Dios, que cielo y tierra guías;
válganme tus auxilios, - gloriosa santa María!
Pues tengo al rey airado, - desde ahora dejo a
Castilla;
no sé si entraré aquí más – en los días de mi vida.
Que vuestro favor me valga, - oh, gloriosa en mi
partida,
y me ayude y me socorra – de noche y de día.
Si lo hicieréis vos así, - y la suerte me es cumplida,
mando para vuestro altar – ofrendas buenas y ricas;
esto me impongo por deuda, - hacer cantar ahí mil
Misas.”
Despidióse el cumplido – con devota voluntad.
Aflojan las riendas – y tratan de espolear.
Dijo Martín Antolínez – el burgalés leal:
-“Iré a ver la mujer – a todo mi solaz,
a la par he de advertirles – cómo se habrán de portar.
Si el rey quiere confiscármelo, - a mi poco se me da;
Antes seré con vosotros, - que el alba quiera rayar.”

LECTOR 8º

Don Martín tornaba a Burgos, - y mío Cid espoleó
para San Pedro de Cardeña – cuanto pudo el trotón,
con aquellos caballeros – que le sirven a sabor.
Aprisa cantan los gallos, - quieren romper ya el albor,
cuando llegó a San Pedro – el buen Campeador.
El Abad don Sancho, - siervo del Criador,
rezando estaba maitines – a par del primer claror.
Allí está doña Jimena – con cinco dueñas de pro,
rogando a San Pedro, - y por él al Criador:
-“Tu que a todos los guías, - ayuda al Cid
Campeador.”

Ya llamaban a la puerta, - ese fue todo el recado.
¡Dios, qué alegre se puso – aquel Abad don Sancho!
Con luces y con candelas – salieron todos al claustro;
con gran gozo reciben – al que naciera en buen hado.
-“Gracias a Dios, mío Cid, - le dijo el Abad don
Sancho;
y puesto que aquí os veo – mi huésped consideraos.”
Dijo el Cid, - el en buen hora criado:

-“Gracias, señor Abad, - que harto os estoy obligado;
yo dispondré provisiones – para mí y estos vasallos;
mas, como me voy del reino, - ahora os doy cincuenta
marcos;
si yo algún tiempo viviere, - os serán ellos doblados.
No quiero en el monasterio – ni un céntimo hacer de
daño;
Ved, para doña Jimena – os dejo también cien
marcos;
a ella, a sus dueñas e hijas – servidlas por este año.
Dos hijas niñas me dejo, - tomadlas a vuestro cargo,
os las recomiendo ahora – a vos, el Abad don
sancho;
con ellas y mi mujer – emplead todo cuidado.
Si esa entrega se acabare, - y os viniere a faltar algo,
Abastecedlas bien vos, - que yo así os lo mando;
Por un marco que gastéis, - tendrá el monasterio
cuatro.”
Otorgado se lo había – el abad de buen grado.

LECTOR 9º

Heos cual doña Jimena – con sus hijas va llegando;
sendas dueñas las traen – y llévanlas en los brazos.
Doña Jimena ante el Cid – ambas rodillas ha hincado,
Lloraba de los sus ojos, - quísole besar las manos:
-“¡Merced, Campeador, - en buena hora fuiste criado!
Por malos encismadores, - del reino os veis
desterrado.”

-“¡Merced, oh mío Cid, - el de la barba cumplida!
Heme delante de vos – yo y vuestras hijas,
infantes son – y pequeñas en días,
con aquestas mis dueñas – de quien yo soy servida.
Harto lo estoy viendo – que vos estáis de partida,
y que nosotras de vos – partirnos hemos en vida.
¡Prestadnos amparo por – amor de santa María!”
Inclinó las manos – el barba hermosa y crecida,
A las dos hijas suyas – en brazos las cogía,
llególas al corazón, - porque mucho las quería.
Llora de los sus ojos, - tan fuertemente suspira:
-“¡Ay!, doña Jimena, - la mi mujer tan cumplida,

como a mi propia alma – otro tanto yo os quería.
Ya lo veis cómo es forzoso – el separarnos en vida;
vos os quedaréis aquí, - a mi me urge la partida.
Plegue a Dios – y a santa María,
que con mis propias manos – case estas mis hijas,
y me quede fortuna – y algún tiempo de vida,
porque vos, mujer honrada, - de mí seáis servida.”

Gran comida le preparan – al buen Campeador.
Tañen las campanas – en San Pedro a clamor.
Por tierras de Castilla – oyéndose va el pregón,
cómo se marcha del reino – mío Cid el Campeador;
uno su casa ha dejado, - otro su feudo dejó.
En un mismo día, - junto al puente de Arlanzón,
Ciento quince caballeros – todos reunidos son;
Todos vienen preguntando - por mío Cid el
Campeador.
Martín Antolínez – con ellos se juntó.
Ya se van para San Pedro, - donde está el que en
buen hora nació.

LECTOR 10º

Quando lo supo – mío Cid el de Vivar,
que le crece la mesnada, - por donde ha de valer
más,
deprisa monta a caballo, - a recibirlos se va;
cuando los tuvo a la vista, - sonrió de voluntad;
llegan todos ante él, - la mano vanle a besar.
Habló mío Cid – con agrado y con bondad:
-“Yo ruego a dios, - que es padre espiritual,
que a los que dejáis por mí – vuestra casa y heredad,
antes de que yo muera, - os pueda algún bien lograr,
eso que perdéis, doblado – quisiéraislo retornar.”
Agradóle a mío Cid – que su gente ve aumentar,
agradó a todos los otros – cuantos con él están.
Del plazo de salida – seis días pasado han,
tres faltan por transcurrir, - sabed que no quedan
más.
Mandó el rey en esos días – a mío Cid vigilar;
pues, si le puede en su reino – después del plazo
prender,
ni por oro ni por plata – no se podría escapar.

El día es ya pasado, - por la noche quería entrar, a
sus caballeros – mandólos todos juntar:
-“Oidme, varones, - y no os cause pesar;
aunque poco caudal tengo, - vuestra parte os quiero
dar.
Estadme advertidos - de cómo tenéis que obrar:
mañana por la mañana, - cuando el gallo cantará,
no os retraséis, - poneos a ensillar;
en San Pedro a maitines – tocará el buen Abad,
luego nos dirá la misa – de la Santa Trinidad,
así que la mis acabe – tratemos de montar ya,
porque el plazo está expirando, - tenemos mucho que
andar.”
Cual lo mandó mío Cid, - todos así hacerlo han.
Pasando va la noche – la mañana está al llegar,
al conto medio del gallo – ya se ponen a ensillar.
Tocan a maitines – con apresurado afán;
mío Cid y su mujer – juntos a la iglesia van.
Postróse doña Jimena – en las gradas del altar,
rogándole al Criador, - cuan mejor sabe rogar,
que al Campeador mío Cid – Dios le guardase de
mal.

LECTOR 11º

-“¡Ah! Señor glorioso, - padre que en el cielo estás,
hiciste cielo y tierra, - al tercer día el mar,
hiciste estrellas y luna, - y el sol para calentar,
en santa María Madre – carne quisiste tomar,
en Belén apareciste – como fue tu voluntad,
pastores te dieron gloria, - hubiéronte de alabar,
tres reyes desde Arabia – te vinieron a adorar,
Melchor – y Gaspar y Baltasar,
oro, incienso y mirra – te ofrecen de voluntad.
A Jonás le salvaste – cuando cayó en la mar,
los leones en la cárcel – a Daniel no le hacen mal,
salvaste dentro de Roma – al señor san Sebastián,
libraste a santa Susana – de su acusador falaz,
por este mundo anduviste – treinta y dos años y más,
mostrando aquellos milagros – que tanto nos dan que
hablar;
del agua hiciste vino, - y de la piedra pan,
resucitaste a Lázaro – porque fue tu voluntad;
prendieronle los judíos, - y allá en el Golgotá;
lo dicen monte Calvario, - en cruz te hicieron clavar;

dos ladrones junto a ti – a sendas partes están,
el uno fue al Paraíso, - pero el otro no entró allá;
estando en la cruz, - hiciste cosas de maravillar;
Longinos era ciego, - que nunca viera jamás,
dio con su lanza en tu pecho, - donde hizo sangre
brotar,
corrió por el asta abajo, - las manos se huno de untar,
abrió sus ojos, y pudo – a todas partes mirar,
al momento creyó en Ti, - por ello salvo de mal;
en el momento hubiste – de volverte a levantar,
descendiste a los infiernos, - como fue tu voluntad,
quebraste sus puertas, - los Padres sacaste acá.
Tú eres del mundo padre, - Rey de reyes sin igual,
en Ti creo, a Ti te adoro, - con toda mi voluntad,
y pido a san Pedro – que me ayude a rogar
por mío Cid Campeador, - que Dios le guarde de mal.
Aunque hoy nos separamos, - haznos en vida juntar.”
Acabada la oración, - la misa acabó a la par,
Salieron de la iglesia, - dispónense a montar.

LECTOR 12º

El Cid a doña Jimena – íbala a abrazar,
doña Jimena al Cid- la mano le va a besar,
llorando de los ojos, - sin saberse reportar,
y él a las niñas – tornólas a remirar:
-“A Dios os encomiendo, - que es padre espiritual;
ahora nos separamos, - Dios sabe de lo del juntar.”
Llorando de los sus ojos, - que no visteis cosa tal,
así unos de otros se apartan, - como la uña al
descarnar.

Mío Cid con sus vasallos – resolvióse a cabalgar,
esperando a todos anda, - la vista volviendo va.
Con grande acierto Alvar Fáñez – Minaya le hubo de
hablar:
-“Cid, en buen hora nacido, - ¿vuestro esfuerzo
donde está?
Tratemos de ir adelante – dejémonos de esto ya,
tiempo vendrá que estos duelos – en gozo se
tornarán;
Dios que nos dio las almas – amparo nos dará.”

Al Abad don Sancho – tornan a advertirle aun más,
que sirva a doña Jimena, - y a las dos hijas que ha,
y a todas las dueñas, - las que con ellas están;
tenga el Abad bien sabido – que buen premio ganará.
Ya se volvía don Sancho, - y Alvar Fáñez tornó a
hablar;
-“Si viereis que vienen gentes – a juntársenos, Abad,
decidles sigan el rastro, - y que vean de avanzar,
porque en poblado o en yermo, -podernos han
alcanzar.”
Aflojaron las riendas, - empiezan a caminar,
que ya queda poco plazo, - para el reino abandonar.
Vino a posar mío Cid – en Espinaz de Can;
júntasele mucha gente – esa noche en tal lugar.
Otro día de mañana – se resuelve a cabalgar.
Saliéndose va del reino – el Campeador leal,
A izquierda de san Esteban, - que es una buena
ciudad;
por Alcubilla pasó, - que linde a Castilla da,
la Caizada de Quinea – íbala a traspasar,
junto a Navas de Palos – el Duero va a cruzar,
en la Figueruela- mío Cid fue a descansar.

LECTOR 13º

Gente de todas las partes - a él acogiéndose va.
Cuando ya fue de noche, - mío Cid allí se echó,
Un sueño dulce tomóle – muy agusto se durmió.
El ángel Gabriel – a él vino en visión:
-“Cabalgad, Cid, - el buen Campeador,
que nunca en tan buen punto – cabalgó varón;
mientras que vivieres, - irás siempre a mejor”.
Al despertar mío Cid, - la cara se santiguó.

Persignábase la cara, - a Dios se fue a encomendar,
mucho estaba satisfecho – de lo que soñado ha.
Otro día de mañana – resuélvese a cabalgar,
solo ese día hay de plazo, - sabed que no quedan
más.
A la sierra de Miedes – iban ellos a acampar,
a la derecha de Atienza, - que castillo moro es ya.

Aun era de día, - no estaba puesto el sol,
Mandó contar sus gentes – mío Cid el Campeador;

Sin los soldados de a pie, - hombres valientes que
son,
Contó trescientas lanzas, - que todas tienen pendón.

-“Temprano ved de echar pienso, que Dios os quiera
guardar,
el que quisiere que coma; - el que no , a cabalgar.
Cruzaremos la tierra, - grade y dura de pasar,
el reino del rey Alfonso – esta noche hay que dejar,
quien nos buscare después, - si quiere, hallarnos
podrá”.
De noche pasan la sierra, - la mañana llegó ya,
y por la loma abajo – resuelven a caminar.
En medio de una montaña, - grande y mucho de
admirar,
Mío Cid mandó hacer alto, - y al ganado pienso
echar.
Les dijo a todos los suyos , - que quería trasnochar;
vasallos tan leales – dispuestos a todo están,
lo que mande su señor – todo lo ejecutarán.
Antes de que anochezca, - decidense a montar;
hácelo el Cid, porque nadie – lo pudiese rastrear.

LECTOR 14º

Anduvieron de noche, - que no se dan de vagar.
Donde dicen Castejón, - que junto al Henares está,
Mío Cid se echó en celada – con los que a su mando
van.
Toda la noche escondido, se está mío Cid en celada,
como les ha aconsejado – Alvar Fáñez Minaya:
-“¡Hola, Cid, en buena hora – un día ceñiste espada!
Vos con ciento – de esta nuestra gente de armas,
después que a Castejón – le saquemos a celada,
en él permaneceréis, - cuidando de la zaga;
a mí dadme doscientos – para ir de avanzada;
con Dios y vuestra ventura – hemos de hacer gran
ganancia”.
Díjole el Campeador: - “¡Bien has hablado, Minaya!
Vos con los doscientos – avanzad en vanguardia;
allá van Alvar Álvarez – y Salvadórez sin falta,
y Galindo Garcíaz, - que es atrevida lanza,
como buenos caballeros, - que acompañen a Minaya.
Corred denodadamente, - por miedo no dejéis nada.
Hita abajo, - y por Guadalajara,

hasta Alcalá – lleguen las avanzadas,
y recojan con cuidado – todo el botín que salga,
que por miedo de los moros – no dejen de coger
nada.
Y yo con los ciento – aquí quedaré en la zaga;
Ya mantendré a Castejón, - donde habremos buena
guarda.
Si llegase a amenazarnos – algún riesgo en la
vanguardia,
mandadme a toda prisa – un recado a la zaga;
de aqueste mi socorro – hablará toda España.”
Nombrados están ya – los que irán en la avanzada
y los que con mío Cid – se quedarán en la zaga.
Ya quebraban los albores, - y venía la mañana;
salía el sol, ¡Dios, - que hermoso que apuntaba!
En Castejón – todos se levantaban,
abren las puertas, - salíanse de la plaza,
para ver sus labores – y sus campos de labranza.
Todos han salido fuera, - dejando las puertas francas,
con muy poco de gente – que en Castejón quedara;
la gente que salió al campo – toda está
desparramada.

LECTOR 15º

El Campeador entonces - salió de la celada,
Corriale en derredor – a Castejón sin tardanza.
Los moros y las moras – como botín los llevaban,
y lo mismo los ganados, que por los contornos andan.
Mío Cid Don Rodrigo – derecho a la puerta avanza;
los que la estaban guardando al ver sorpresa tamaña,
tuvieron miedo, y quedó – abierta y desamparada.
Mío Cid Ruy Díaz – por las puertas entraba,
En la mano trae – desnuda la espada,
Quince moros va matando – de los que a mano
alcanzaba.
Ganó el Cid a Castejón, - con todo el oro y la plata.
También sus caballeros – llegan con la ganancia;
déjansela a mío Cid, - que eso no lo aprecian nada.
Mirad ahora los doscientos – y tres de la algarada,
corren sin vacilación, - todo el campo saqueaban;
ha llegado hasta Alcalá – la bandera de Minaya,
y desde allí ya lejos, - con el botín se tornaban,
subiendo Henares arriba – y por Guadalajara.
Mucho es lo que traen – y grandes son las ganancias

de numerosos rebaños – de ovejas y de vacas,
y de ropas y otras muchas – riquezas en abundancia.
Derecha viene en alto – la enseña de Minaya,
-“¡Venís vos, Alvar Fáñez, - una valiente lanza!
Doquier que os mandara yo, - siempre habría esta
esperanza.
Eso con esto que junte, - y de toda la ganancia
Os doy para vos el quinto, - si lo quisieréis, Minaya.”
-“Mucho os lo agradezco, - Campeador afamado;
con aquesta quinta parte, - que a mí me habéis
mandado,
Por contento se daría – Alfonso el castellano.
Yo de grado os lo perdono, - tenedlo por liberado.
a Dios se lo prometo, - aquél que está en lo alto,
mientras no me satisfaga – sobre mi buen caballo,
Lidiando abiertamente – con los moros en el campo,
donde emplee la lanza, - y a la espada meta mano,
y escurra por mi codo – la sangre chorreando,
delante de Ruy Díaz, - el lidiador afamado,
no tomaré de vos – ni un mal céntimo en pago.
Después que por mi ganareis – cosa que valga
algo – Todo lo demás, ahí queda en vuestra mano.

LECTOR 16º

Aquellas riquezas – quedaban así juntadas.
Cayó en cuenta mío Cid, - el que en buen hora ciño
espada,
Que hasta allí del rey Alfonso – podían llegar las
armas,
Y le buscaría daño – con todas sus mesnadas.
Mandó repartirlo todo – aquel botín sin tardanza,
y que sus quiñoneros – escrito se lo entregaran.
Sus caballeros allí – muy buena fortuna alcanzan,
pues de ellos a cada uno – tocan cien marcos de
plata,
y a los soldados de a pie – tocó la mitad sin falta;
toda la quinta parte – para mío Cid quedaba.
No la puede aquí vender, - ni tiene a quién
regalársela;
Ni cautivos y cautivas – quiso con el llevarlas.
Hablo a los de Castejón, - y a Hita y Guadalajara,
Toda aquella quinta parte – ¿por cuánto sería
comprada?
Siquiera de lo que diesen – les quedase gran ventaja.

Estimaron los moros – que tres mil marcos de plata.
Satisfizo a mío Cid – la oferta que le brindaban;
Dentro del tercero día – pagados fueron sin falta.
Estimó mío Cid – con todos sus hombres de armas,
que en el castillo – no podría hacer estancia,
que podría retenerle, - pero no tendría agua.
-“Como hay paces con los moros, -porque están
escrituradas,
el rey Alfonso podría – buscarnos con su mesnada.
Dejar quiero a Castejón, - ¡oíd, mi gente y Minaya!
Lo que voy a deciros – no lo toméis a mal:
En Castejón - no nos podemos quedar,
el rey Alfonso está cerca, - y a buscarnos vendrá.
Pero este castillo – no lo quiero asolar,
a cien moros y a cien moras – quiero darles libertad;
ya que de ellos lo tomé, - que de mí no digan mal.
Todos quedáis bien pagados, - y ninguno por pagar.
Mañana por la mañana – tratemos de cabalgar;
con Alfonso mi señor – no querría lidiar”.
Lo que dijo mío Cid – place a todos los demás.
Del castillo que tomaron, - todos ricos se van;
Los moros y las moras – bendiciéndole están.

LECTOR 17

Van río Henares arriba – caminando a todo andar,
atraviesan las Alcarrias, - y pasan más allá,
por las cuevas de Anguita – ellos avanzando van,
pasaron las aguas, - al campo entran en Taranz,
por tales tierras abajo – caminando a todo andar;
entre Hariza y Cetina – mío Cid iba a albergar.
Grande botín ha cogido – por la tierra donde va;
No barruntan los moros – las intenciones que han.
Alzó su campo otro día – mío Cid el de Vivar,
pasó más allá de Alhama, - por la Hoz abajo va,
pasó también Buberca, - y Ateca que es más allá,
y no lejos de Alcocer, - mío Cid mandó acampar
en un otero redondo, - fuerte y de capacidad;
cerca de él corre el Jalón, - agua no le han de quitar.
Mío Cid Don Rodrigo – a Alcocer piensa ganar.
De asiento ocupa el otero, - firmemente en él
acampa;
los unos frente a la sierra, - y los otros frente al agua.
El buen Campeador, - que en buen hora ciñó espada,
en derredor del otero, - muy cerca del agua,

a todos sus soldados – mandó hacer una cárcava,
que de día ni de noche – sorpresa no les causaran;
que supiesen que mío Cid – allí fijaba su estancia.

Por todas aquellas tierras – la noticia iba sonando,
que el Campeador mío Cid – allí estaba acampado,
venido es a tierra mora, - desterrado es de cristianos;
por tenerle tan vecino – recelan labrar sus campos.
Alegrándose va el Cid – con todos sus vasallos;
el castillo de Alcocer – parias está ya pagando.
De Alcocer los moradores – a mío Cid ya le dan
parias,
y los de Ateca y Terrer, - buenas poblaciones ambas;
a los de Galatayud, - sabed, muy mal les sentaba.
Allí posó mío Cid – cumplidas quince semanas.
Mío Cid así que vió – que Alcocer no se entraçgaba,
discurrió una estratagema, - y no la retrasaba;
una tienda deja en pie, - y las demás levantaba;
echó a andar Jalón abajo, - la bandera desplegada,
con las lorigas vestidas – y ceñidas las espadas,
a guisa de hombre prudente, - por sacarlos a celada.
Los de Alcocer lo veían; - ¡Dios, y como se alababan!

LECTOR 18º

-“Le ha faltado a mío Cid el pan y la cebada.
A rastras lleva las otras, - una tienda deja hincada,
de suerte va mío Cid – cual se en derrota escapara;
vamos a darle un asalto, - y haremos grande
ganancia,
antes que los de Terror – le salteen de su plaza,
porque si le cogen ellos, - de allí no nos darán nada;
las parias que él ha cobrado, - nos las tornará
dobladas”.

Salíerense de Alcocer – con presura extraordinaria.
Mío Cid, al verlos fuera, - simuló derrota franca.
Tiró por Jalón abajo, - finge que ve en desbandada.
Dícense los de Alcocer: - “¡Ya se nos va la ganancia!
Los grandes y los pequeños – a salir se apresuraban,
con el sabor del botín, - de lo otro no piensan nada;
dejan las puertas abiertas, - que ni uno solo las
guarda.

El buen Campeador – la su cara tornaba,
vio que entre ellos y el castillo – muy gran espacio
mediaba;

mandó revolver la enseña, - con presura espoleaban.
-“¡Heridlos, mis caballeros, - a una todos sin tardanza,
con la ayuda del Criador – nuestra es ya la ganancia!”
Revueltos andan con ellos – por medio de la llanada.
¡Dios, qué grande es el gozo – de semejante
mañana!

Mío Cid con Alvar Fáñez – delanteros cabalgaban;
tienen ligeros caballos, - sabed, a placer trotaban;
entre el castillo y los moros – al punto se situaban.

Los vasallos de mío Cid – sin piedad contra ellos
daban,
en un espacio pequeño – a trescientos moros matan.
Dando grandes alaridos – los que están en la celada,
delante vanlos dejando, - para el castillo tornaban,
con las espadas desnudas a la puerta se apostaban.
Luego llegaron los suyos, - que la victoria es lograda.
Mío Cid gano Alcocer, - sabedlo, con esta maña.
Vino Pedro Vermudoz, - que la enseña tiene en
mano;
colócala en el encimero, - en todo lo más alto.

LECTOR 19º

Habló mío Cid Ruy Díaz, - el que naciera en buen hado:

-“Gracias a Dios del cielo – y a todos los sus santos, Ahora habrán buenas posadas – caballeros y caballos”.

-“Oidme, Alvar Fáñez – y todos los caballeros: En este castillo – gran botín cogido habemos; muertos yacen los moros, - de los vivos pocos veo. Los moros y las moras no podremos venderlos, Con cortarles la cabeza, - ninguna ventaja habremos; pues somos señores suyos, - metámoslos adentro, moraremos en sus casas – y de ellos nos serviremos”.

Mío Cid con esta riqueza – en Alcocer se está; hizo enviar por la tienda – que dejara hincada allá. Mucho duele a los de Ateca, - y a Terrer le sabe mal, y a los de Calatayud, - sabed, pesándoles va. Al rey de Valencia – mandaron mensaje dar, de que “a un tal mío Cid – Ruy Díaz de Vivar desterróle el rey Alfonso, - del reino echádole ha;

acampó junto a Alcocer, - que es un tan fuerte lugar, atrájolos a celada, - ganado el castillo ha; si no das ayuda, a Ateca – y a Terrer las perderás, perderás Calatayud, - que no se puede escapar, la ribera del Jalón – toda irá a parar en mal, así hará lo del Jiloca, - que de la otra parte está”.

Cuando lo oyó el rey Tamín, - súpole amargo en verdad:

-“Tres reyes de moros veo – en derredor de mi estar, no lo retardéis un punto, - idos los dos para allá, llevad hasta tres mil moros – con armas para lidiar, mas los de la frontera, - que os ayudarán; prendédmele con vida, - traédmele para acá; por entrárseme en mi reino – cuenta me tendrá que dar”.

Los tres mil moros cabalgan, - y deciden caminar, vinieron aquella noche – en Segorbe a descansar. Otro día de mañana – tornaron a cabalgar, a la noche llegaron – a Celfa a reposar.

LECTOR 20º

Por los de la frontera – resuelven enviar;
no lo retrasan, - vienen de todo lugar.
Salieron de Celfa, - la que dicen de Canal,
anduvieron todo el día, - que reposo no se dan,
en Calatayud vinieron – aquella noche a posar.
Por todas aquellas tierras – pregones mandan echar;
muchas gentes se juntaron, - que no se pueden
contar,
con los dos reyes que oísteis – Fáriz y Galve
nombrar;
al buen Cid en Alcocer – van resueltos a cercar.
hincaron las tiendas – y en ellas acampan,
Crecen aquellas fuerzas, - pues hay gente muy
sobrada.
Los centinelas de avance – que los moros destacan,
día y noche con cristianos – envueltos andan en
armas;
muchos son los centinelas, - grande es la hueste
contraria.
A los de mío Cid – ya les cortan el agua.

Las fuerzas de mío Cid – salir querían a batalla,
el que en buen hora nació – firmemente lo vedaba.
Tuvieron la plaza en cerco – bien cumplidas tres
semanas.
Al cabo de tres semanas, - cuando la cuarte iba a
entrar,
mío Cid con los suyos – volvió consejo a tomar:
-“El agua nos han cortado, - pronto nos faltará el pan,
si de noche irnos queremos, - no nos lo consentirán;
grandes son sus poderes – para con ellos lidiar;
decidme los caballeros - ¿qué os parece que
hagamos ya?”
Habló el primero Minaya, - caballero de estimar:
-“De Castilla la gentil – echados fuimos acá,
si con moros no lidiamos – nadie nos dará su pan.
Seiscientos somos cumplidos, - y alguno más sin
contar;
del Criador en el nombre, - pues no es cosa de
esperar,
mañana mismo sin falta – vayámoslos a atacar”.
Díjole el Campeador: - “A mi gusto hablado has;
honrado te has, Minaya, - cual te tenías que honrar”.

LECTOR 21º

Todos los moros y moras – afuera los manda echar,
Porque ninguno supiese – del secreto lo verdad.
Ese día y esa noche – se preparan con afán.
Otro día de mañana, - cuando el sol iba a apuntar,
Sale armado mío Cid – y cuantos con él están.
Mío Cid hablaba entonces, - como vais a oír contar:
-“Vámonos todos afuera, - que nadie se quede acá,
sino solo dos de a pie, - para la puerta guardar;
si morimos en el campo, - en el castillo entrarán,
si ganamos la batalla, - buen botín nos tocará.
Y vos, Pedro Vermudez, - mi enseña en mano tomad;
Como sois de verdad bueno, - la tendréis con lealtad,
Pero no avancéis con ella, - si yo no os mando
avanzar”.

Al Cid le besó la mano, - y la enseña fue a tomar.
Abrieron en par las puertas, - salieron de la ciudad;
los vigías enemigos, - al verlo, a su hueste van.
¡Qué prisas hay en los moros! – y se tornaron a
armar;
al ruido de los tambores – la tierra quería quebrar;

vierais los moros armarse, - y formar deprisa el haz.
De la parte de los moros – hay doble enseña caudal,
y los pendones mezclados - ¿Quién los podría
contar?
Las haces del enemigo – muévanse adelante ya,
para que el Cid con los suyos – puédanle a manos
tomar.
-“Estadme quietas, mesnadas, - en este mismo lugar,
que no se mueva ninguno, - si yo no mando avanzar”.

Aquél Pedro Vermudoz – no pudo resistir más,
la bandera tiene en mano, - y comenzó a espolear:
-“Válgaos el Criador, - Cid Campeador leal,
voy a meter vuestra enseña – en lo más recio del haz;
los que tienen el deber, - veré si a ayudarla van”.

Gritóle el Campeador: - “¡Quieto aun, por caridad!”
Pedro Vermudoz repuso: - “No queda remedio ya”.

Picó el caballo, y metiólo – en lo más grueso del haz.
Ya le rodean los moros, - para la enseña ganar;
grandes golpes dan en él, - sin lograrle desarmar.

LECTOR 22º

Y dijo el Campeador: - "¡Valedle, por caridad!"
Embrazaron los escudos – delante del corazón,
abajaron las lanzas – revueltas con el pendón,
inclinaron las caras – por encima del arzón,
fuéronlos a acometer – con brioso corazón.
A grandes voces les grita – el que en buen hora
nació:
-¡"Heridlos, caballeros, - por amor del Criador!
¡Yo soy Rui Díaz, - el Cid Campeador!"
Todos caen sobre el haz, - do está Pedro Vermudoz.

Eranse trescientas lanzas, - que todas tienen pendón;
de sendos golpes mataron – sendos moros con furor;
en la vuelta que atrás hacen – otros tantos muertos
son.

Era de ver tantas lanzas, - subir y bajar,
tanta adarga – horadar y traspasar,
tanta loriga – romper y desmallar,
tantos pendones blancos – rojos en sangre tornar,
tantos caballos briosos – sin sus jinetes andar.

Los moros gritan ¡MAHOMA! - ¡SANTIAGO! Los de
Vivar.

Por el campo iban cayendo, - en un poco de lugar,
de moros alanceados – tres mil y quinientos ya.
Cual lidia como nadie – sobre dorado arzón
mío Cid Ruy Díaz – el buen lidiador,
Minaya Alvar Fáñez, - el que a Zorita mandó,
Martín Antolinez, - el burgalés de pro,
Muño Gustioz, - que con el Cid se crió,
Martín Muñoz, - que mandó a Monte Mayor,
Alvar Salvadórez – y Alvar Alvaroz,
Galindo Garcíaz, - el bueno de Aragón,
Félez muñoz, - sobrino del Campeador.
Así sucesivamente – todos cuantos allí son,
socorren las bandera, - y a mío Cid el Campeador.
A Minaya Alvar Fáñez – matáronle el caballo,
acúdenle enseguida – los soldados cristianos.
Quebrada tiene la lanza, - a la espada metió mano.
Reparó en el mío Cid – Ruy Díaz el castellano,
fuése contra un jefe moro, - que tenía buen caballo,
tal espadazo le dio con el su diestro brazo,- que le
segó la cintura,- medio cuerpo echó en el campo.

LECTOR 23º

A Minaya Alvar Fáñez – íbale a dar el caballo:
-“¡Montad deprisa, Minaya, - que vos sois el mi
diestro brazo!
En este día de hoy – de vos gran auxilio aguardo;
Firmes se tienen los moros, - aún no se marchan del
campo,
es menester que de nuevo – a acometerlos
volvamos!”
Montó a caballo Minaya, - y con la espada en la
mano,
Por medio de aquellas fuerzas – valientemente
lidiando,
A los moros que alcanza – valos despachando.
Mío Cid Rui Díaz, - el en buen hora criado,
al rey Fáriz - tres golpes golpes le había dado;
los dos primeros le fallan, - el tercero le ha alcanzado,
loriga abajo la sangre – a chorro va destilando;
volvió al caballo la rienda, - para salirse del campo.
Con aquel golpe quedó – su ejército derrotado.

Martín Antolínez – un golpe a Galve le da,
los rubíes del yelmo – hízoselos saltar,
partióle el yelmo del golpe, - que en carne llegó a
tocar;
sabedlo, no se atrevió – segundo lance a esperar.
Los reyes Fariz y Galve – vencidos quedaron ya;
¡oh!, qué buen día fue aquel – para la cristiandad,
que de una parte a otra – los moros huyendo van.
Las gentes de mío Cid – siguiendo su alcance están;
el rey Fáriz en Terror – su pudo al fin cobijar,
pero a Galve – no le acogieron allá,
para Calatayud – a todo correr se va.
El Cid Campeador – iba en su alcance detrás,
hasta Calatayud – fuéle siguiendo tenaz.

A Minaya Alvar Fáñez – bien le anda el caballo,
de aquellos moros – mató treinta y cuatro;
espada tajadora, - sangriento trae el brazo,
hasta por bajo el codo – la sangre goteando.
Dice Minaya: - “Satisfecho ahora he quedado,
porque a Castilla – irán buenos recados,
cómo Ruy Díaz mío Cid – en lid campal ha triunfado”.

LECTOR 24º

Tantos moros yacen muertos, - que vivos pocos
quedaron,
pues sin duda en el alcance – cuenta de ellos fueron
dando.

Ya se tornan a sus tiendas – los del que nació en
buen hado.

Mío Cid iba y venía – sobre su buen caballo,
fruncida la cofia; ¡Dios, - cómo está de bien barbado!,
a la espalda la capucha, - y con la espada en la
mano.

Vió como los suyos – con él se van juntando:

-“Gracias a Dios, - aquel que está en lo alto,
pues que tal batalla – habemos hoy ganado”.

aquel campamento al punto – los del Cid han
saqueado

de escudos y de armas, - y otras riquezas a pasto;

de los jinetes moriscos, - después que los han
juntado,

llegaron a recoger – quinientos y diez caballos.

Grande alegría corre – entre aquellos cristianos,

más de quince de los suyos – en falta no echaron.
Tanto traen de oro y plata, - que no saben contarlo;
repuestos en verdad quedan – todos aquellos
cristianos

con la riqueza tan grande – que habían allí
encontrado.

En su castillo a los moros – volvieron a encerrarlos,
pero mío Cid mandó – que también les diesen algo.

Gran gozo tiene mío Cid – con todos sus vasallos.

Dio a partir estas riquezas – y estos caudales
tamaños;

en la quinta parte suya – al Cid tocan cien caballos.

¡Dios, que bien pagó – a todos sus vasallos,

a los soldados de a pie – y a los jinetes montados!

Bien lo dispone todo – el en buen hora criado;

Cuantos en su hueste trae – todos contentos
quedaron.

-“¡Oid, Minaya Alvar Fáñez, - vos sois mi diestro
brazo!

De aquesta riqueza – que el Criador nos ha dado,
tomad a vuestro talante – con vuestra propia mano.

LECTOR 25º

Os quiero luego enviar – a Castilla con recado
de esta batalla – que hemos ganado en el campo;
al rey Alfonso, - que me tiene desterrado,
quiero yo como presente – mandarle treinta caballos,
cada uno con su silla, - y todos bien enfrenados,
con sendas buenas espadas – de los arzones
colgando”.

Dijo Minaya Alvar Fáñez: - “Eso haré yo de buen
grado”.

-“Aquí tenéis – con oro y plata fina
una bota de montar – atestada hasta arriba;
en Santa María de Burgos – quiero que paguéis mil
misas;
entregad lo que sobrare – a mi mujer y mis hijas,
para que rueguen por mi – las noches y los días;
que si yo viviere, - vendrán a ser dueñas ricas”.
Minaya Alvar Fáñez – lo acepta de buen grado,
los que con él han de ir – allí son asignados.
Enseguida echan pienso, - ya la noche había entrado,
mío Cid Ruy Díaz – con los suyos está hablando:

-“¿Vais vos, Minaya, - a Castilla la gentil?

A nuestros amigos – bien les podéis decir:

Dios nos ayudó – y vencimos en la lid.

A la vuelta que volváis – ved si nos halláis aquí:

Si no, do sepáis que estamos, - hasta encontrarnos
seguid.

Por lanzas y por espadas – nos es forzoso vivir,
si no, en esta tierra angosta – no podríamos seguir;
por eso, a lo que yo pienso, - tendremos que irnos de
aquí”.

Ya está dispuesto; Minaya – se marchó por la
mañana,

y el Campeador – quedó allí con su mesnada.

La tierra es angosta – y excesivamente mala.

Todos los días - a mío Cid le atisbaban

los moros de las fronteras, - gentes en verdad
extrañas;

cuando el rey Fáriz sanó, - con él de consulta
andaban.

LECTOR 26º

Entre los moros de Ateca, y los que Terrer poblaban,
y los de Calatayud, - que es ciudad de mayor talla,
así lo tienen tratado – con escritura firmada:

Les ha vendido Alcocer – por tres mil marcos de
plata.

Mío Cid Ruy Díaz – Alcocer ha vendido.

¡Qué bien pagó con eso – a los que tiene consigo!

A los de a pie y de a caballo, por igual los ha hecho
ricos,

entre todos los suyos – ni uno se halla empobrecido.

Quien a buen señor sirve, - en placer vive continuo.

Cuando quiso mío Cid – el castillo abandonar,

Los moros y las moras – pusieron a lamentar:

-“¿Te vas, mío Cid? Por delante, nuestras oraciones
van.

Contentos de ti quedamos, - señor, así es la verdad”.

Cuando abandono Alcocer – mío Cid el de Vivar,
los moros y las moras- se echaron a llorar.

Enarboló su bandera, - el Campeador se va,

Descendió Jalón abajo, - y trató de adelantar;

cuando del Jalón salía, - muy buenos agüeros ha.

Alegró a los de Terrer – y a los de Calatayud aun
más,

pero a Alcocer le pesó, - que bien le daba a ganar.

Apresuró mío Cid, - pasábase más allá,

y acampó sobre un otero, - que está junto a Monreal;

el otero es elevado, - grande y mucho de apreciar,

no teme guerra, sabedlo, - por parte alguna do está.

Enseguida puso en parias – de Daroca la ciudad,

y después de ella Molina, - que de la otra parte está,

y la tercera Teruel, - que aun estaba más allá;

en su mano tenía – a Celfa la de Canal.

¡A mío Cid Ruy Díaz – que Dios le dé su gracia!

LECTOR 27º

Llegado es a Castilla – Alvar Fáñez Minaya,
Los treinta caballos – en regalo al rey le daba;
Cuando el rey los hubo visto, - sonrió de buena gana:
-“¿Quién es el que esto mandó, - así os guarde Dios,
Minaya?”
-“Mío Cid Ruy Díaz, - que en buen hora ciño espada.
Como lo habéis desterrado, - a Alcocer gano con
maña;
al rey de Valencia – la nueva de eso llegaba,
mandóle cercar allí, - y le cortaron el agua.
Mío Cid salió del castillo, - en campo abierto lidiaba,
Venció a dos reyes moros – en aquella batalla;
Grande es en verdad, Señor, - la riqueza allí lograda.
A vos, Rey honrado, - estos presentes os manda;
besa vuestros pies, - y vuestras manos ambas,
porque en gracia lo tengáis, - así el Criador os valga”.

Dijo el Rey: - “Es cosa muy temprana, hombre del
reino expulsado, - que en su señor no halla gracia,
para volver a acogerle – al cabo de tres semanas.
Mas ya que de moros fue, - este presente me agrada,
y aun me place de mío Cid – que lograra tal ganancia.
En pago de todo esto, - libre os declaro, Minaya;
Vuestra honor y vuestras tierras – dadlas por no
confiscadas;
Id y venid libremente, desde ahora os torno mi gracia,
Pero del Cid Campeador – yo no os digo nada”.
“En gracia de esto, Alvar Fáñez, - deciros quiero
además,
que de todo mi reino – los que quisieren marchar,
y cual buenos y valientes – a mío Cid ayudar,
libres declaro sus cuerpos – y lo mismo su heredad”.
Minaya Alvar Fáñez – las manos le fue a besar:
-“Gracias, mil gracias, oh Rey, como a Señor natural;
esto es lo que hacéis ahora, en adelante haréis más,y
que así tengáis que hacerlo con Dios hemos de lograr

LECTOR 28º

El Rey le dijo: -"Minaya, - no hablemos de eso más.
Id por Castilla, - y que os dejen andar,
idos sin ningún estorbo – a mío Cid a buscar".
Quiero volver a deciros – del que en buen hora ciño
espada.
En aquel altozano – allí fijó su estancia;
mientras el mundo sea mundo, - con su gente mora o
cristiana,
El Poyo de Mío Cid, - así le nombrará el mapa.
Estando en aquél lugar – mucha tierra saqueaba,
el val de Río Martín – todo le puso en parias.
Hasta Zaragoza – sus noticias llegaban;
no les agrada a los moros, - firmemente les pesaba.
Allí estuvo mío Cid – cumplidas quince semanas;
cuando aquel hombre cabal – vió que tardaba
Minaya,
con toda su gente – de noche se puso en marcha;

dejó el Poyo, - todo lo desmantelaba,
al lado allá de Teruel – Don Rodrigo pasaba,
en el Pinar de Tébar – Ruy Díaz acampaba;
todas aquellas tierras – enteras las saqueaba,
a Zaragoza – la hizo tributaria.
Cuando esto tuvo hecho, - al cabo de tres semanas,
De vuelta de Castilla – vino por fin Minaya,
con él vienen doscientos, - que todos ciñen espadas;
de los soldados de a pie, - sabedlo, no hay cuenta
exacta.
Así que vió mío Cid – asomar a Minaya,
El caballo galopando – válo a abrazar sin tardanza,
besóle en la boca – y en los ojos de la cara.
Todo, todo se lo cuenta, - que no le encubre nada.
El Campeador sonreía – gozoso y de buena gana:
-"Gracias a Dios – y a su ayuda santa;
en tanto que vos viviereis, - a mi bien me irá, Minaya".
¡Dios! Toda aquella hueste – qué contenta ha
quedado,

porque Minaya Alvar Fáñez – entonces había llegado,
trayéndoles noticias – de primos y de hermanos,
y de amistades – aquellas que habían dejado.
¡Dios! El de la barba hermosa – cómo rebosa alegría,
porque Alvar Fáñez - pagó las mil misas,
y que le trajo recados – de su mujer y sus hijas.
¡Dios! Qué contento el Cid, - y que placer sentía.
-¡Ea, Alvar Fáñez, - que viváis muchos días!
Más valéis vos que nos; - ¡qué buena mensajería!
No lo retrasó – el que naciera en buen hado;
tomó doscientos jinetes – escogidos por su mano,
hizo una correría, - la noche va aprovechando;
las tierras de Alcañiz – yermas las va dejando,
y de ellas en derredor – todo lo va saqueando.

LECTOR 29º

Al sitio de do saliera, - al tercer día es tornado.
Ya corre la noticia – por las tierras todas,
a los de Monzón y Huesca – buen pesar les ocasiona;
como le pagan tributo, - place a los de Zaragoza,
ningún daño recelaban – del Cid Ruy Díaz ahora.
Con tal botín a su albergue – los del Cid tornando
van,
alegres están todos, - porque traen gran caudal;
agradóle a mío Cid, - y a Alvar Fáñez mucho más.
Sonriose el cumplido, - que no lo pudo aguantar:
-“Hola, mis caballeros, - deciros he la verdad;
quien mora siempre en un sitio – a menos puede
llegar;
mañana de madrugada – tratemos de cabalgar,
dejad este campamento, - que adelante hay que
pasar”.
Entonces se mudó el Cid – al puerto de Alucat,

desde allí hace correrías – por Huesca y por
Montalbán;
en aquellas algaradas – diez días vino a emplear.
A todas partes llegaron – las noticias por allá,
que el echado de Castilla – así los trae tan mal.
Las noticias se esparcieron – por las partes todas;
llegáronle las nuevas – al conde de Barcelona,
cómo mío Cid Ruy Díaz – talaba su tierra toda.
Gran pesar de ello sintió, - tuvóselo a gran deshonra.
El Conde es muy fanfarrón – y dijo una vanidad:
-“Grandes afrentas me ha hecho, - mío Cid el de
Vivar.
Dentro de mi corte misma – mucho me hubo de
agraviar,
hirióme al sobrino, - y no lo quiso enmendar;
ahora saquea las tierras, - que bajo mi amparo están;
yo no lo desafié, - ni le negué la amistad,
pero ya que él me lo busca, - yo se lo iré a
demandar”.

Grandes fuerzas trae consigo, - juntándose a prisa
van,
entre moros y cristianos – gran hueste pudo allegar;
siguen el rastro del Cid, - el bueno de Vivar,
en tres días y dos noches – no dejaron de andar,
toparon con mío Cid – de Tévar en el pinar;
tan bravos vienen, que a manos – creen le van a
tomar.

Mío Cid Don Rodrigo – se trae mucho caudal,
bajando va de una sierra, - y al valle tocaba ya.
Del Conde don Ramón – mensaje venido le ha;
cuando lo oyó mío Cid, - respuesta hubo de tomar:
-“Decidle al Conde – que no lo tome a mal;
de lo suyo nada me llevo, - déjeme, pues, ir en paz”.
Pero el Conde replicó: - “¡Eso no será verdad!
Lo de antes y lo de ahora – todo me lo pagará,
así sabrá el desterrado – a quien vino a deshorrar”.
Volvióse el mandadero, - caminando a más andar.

LECTOR 30º

Al instante se da cuenta – mío Cid el de Vivar,
que menos que con batalla – no pueden de allí
escapar.
-“Ea, caballeros, - dejad ahora las ganancias;
guarnecéos de prisa – y ponéos en armas,
el Conde Don ramón – quiere darnos gran batalla,
de moros y de cristianos – trae gente muy sobrada,
con menos que con lucha – no nos dejará por nada.
Y pues irán tras nosotros, - que sea aquí la batalla;
cinchad fuerte los caballos, - y ceñíos las armas.
Ellos vienen cuesta abajo, - y todos traen calzas,
y las sillas sin borrenes, - y las cinchas aflojadas;
nosotros sillas gallegas, - y botas sobre las calzas;
cien caballeros debemos – vencer aquellas
mesnadas.
Antes que lleguen al llano, - presentémosles las
lanzas,

por uno que hiráis vosotros, - tres sillas irán sin nada.
Verá Ramón Berenguer – a quien vino hoy a dar caza
en este pinar de Tévar – por quitarme la ganancia”.
Preparados están todos, - cuando mío Cid hubo
hablado;
ceñidas tienen las armas, - y montan en los caballos.
Vieron bajar por la cuesta - las fuerzas de los francos,
al pié de la cuesta mismo, - tocando casi en el llano,
mandó a tacarlos mío Cid, - el en buen hora criado;
eso es lo que hacen los suyos – de voluntad y buen
grado;
los pendones y las lanzas – muy bien las van
empleando,
a los unos van hiriendo, - y a los otros derribando.
Esta batalla ha vencido – el que naciera en buen
hado,
al Conde Don Ramón – prisionero le han tomado,
allí granjeó a COLADA, - que vale más de mil marcos.

Allí venció aquél encuentro, - por el cual honró su
barba.

Prisionero le hizo al Conde, - a su tienda lo llevaba,
a sus fieles servidores- custodiársele mandaba.

Afuera de la tienda – el Cid se presentaba,
de todas partes - los suyos se juntaban.

Satisfizo a mío Cid, - pues es mucha la ganancia.

A mío Cid Don Rodrigo – gran comida le adobaban,
el Conde Don Ramón – no se lo estima en nada;
tráenle a él los manjares, - a ojo se los presentaban,
él no los quiere probar, - que todos los rechazaba:
-“No comeré ni un bocado – por cuanto hay en toda
España,
antes perderá la vida, - y dejaré libre al alma,
pues tales desarrapados – me vencieron en batalla”.

LECTOR 31º

Mío Cid Ruy Díaz – escuchad lo que le dijo:

-“Comed, Conde, de este pan – y bebed de esta vino.

Si lo que os digo hicieréis, - saldréis de cautivo,
si no, en todos vuestros días – no veréis
cristianismo”.

-“Comed vos, Don Rodrigo, - y pensad en holgar,
que yo dejarme he de morir, - pues nada quiero
probar”.

Hasta dentro de tres días – no le pueden reportar;
partiendo ellos para sí – ganancia tan singular,
no pueden lograr que él coma – ni un mal mordisco
de pan.

Dijo mío Cid: - “Comed, Conde, algo,
porque si no coméis, - no veréis más cristianos;
y en cambio, si vos comiéreis, - como sea de mi
agrado, a vos el conde – y a dos hijosdalgo
libraros he los cuerpos, - y daros he de mano”.

Cuando esto oyó el Conde, - ya se iba alegrando.

-“Si lo hicieréis, oh Cid, - eso que habéis hablado,
en tanto que yo viva, - estaré de ello admirado”.

-“Pues comed, conde, - y cuando hayáis almorzado,
a vos y otros dos más – prometo daros de mano.

Mas de lo que habéis perdido, - y que yo gané en el
campo,

ni un mal ochavo, sabed, - estoy dispuesto a
entregaros,

pues me hace falta para estos, - que andan cual yo
destrozados.

Tomando de vos y de otros, - nos iremos remediando;
llevaremos esta vida, - mientras plegue al Padre
Santo,

como hombre en ira del Rey – y de su tierra
expulsado”.

Alegre está ya el Conde, - pidió agua para las manos,
y se lo ponen delante, - y dánsele apresurados.

Con los caballeros - que el Cid le había dado,
comiendo va el Conde, - ¡Dios, que de buen grado!

Muy a su vera se estaba – el en buen hora criado:

-“Conde, si no coméis bien, - como a mí me cause
agrado,

aquí haremos nuestra estancia, - no podremos
separarnos”.

Al Instante dijo el Conde: - “De voluntad y buen
grado”.

Con los dos caballeros – de prisa van almorzando;
contento queda mío cid, - que le está vigilando,
porque el Conde Don Ramón – meneaba bien las
manos.

LECTOR 32º

-“Si os pluguiere, mío Cid, - para ir dispuestos
estamos;

Mandad que nos den las bestias, - y a escape hemos
de montarnos.

Nunca desde que fui Conde, - tan a gusto he
almorzado,
el sabor que de ello tengo – no será nunca olvidado”.

Tres palafrenes les dan, - los tres muy bien
ensillados,

y a más buenas vestiduras – de pellizones y mantos.

El Conde don Ramón – en medio se ha colocado.

Hasta el fin del campamento – los despidió el
Castellano:

-“¿Ya os vais, Conde, - como hombre del todo
franco?

Muy en gratitud os tengo – esto que me habéis
dejado.

Si os viniere un día en mientes – la tentación de
vengarlo,

si viniereis a buscarme, - mandadme antes un
recado;

o me dejaréis lo vuestro, - o de lo mío habréis algo”.

-“Descuidad, oh mío cid, - tranquilo podéis quedaros.

Pagado os tengo con eso – por todo aqueste año;

De veniros a buscar, - ni me ocurrirá pensarlo”.

Aprisa marcha el Conde, - y trataba de avanzar,

tornando iba la cabeza – y recatándose atrás,

es que iba sintiendo miedo - si el Cid se arrepentirá,

lo que no haría el gran hombre – por cuanto en el
mundo ha,

pues deslealtad alguna – no la cometió jamás.

Ido es el Conde, - tornóse el de Vivar,

juntose a sus mesnadas, - empezose a alegrar

del botín que allí han logrado, – grande y de
maravillar.

Tan ricos están los suyos – que ni saben lo que han.

LECTOR 33º

CANTAR SEGUNDO

BODAS DE LAS HIJAS DE EL CID

Aquí comienza la gesta – de mío Cid el de Vivar.
Acampado ha mío Cid – en el puerto de Alucat,
ha dejado Zaragoza – y las tierras de acá,
y dejado ha Huesa – y tierras de Montalbán.
Hacia la mar salada – ha empezado a guerrear;
por oriente sale el sol, - y encaróse hacia allá.
Mío Cid Conquistó a Jérica, - y Onda y Almenar,
por tierras de Burriana – todo conquistado lo ha.
Ayudóle el Criador, - Señor que está en el Cielo.
El con tal ayuda – conquisto a Murviedro;
ya veía mío Cid, - que Dios le iba valiendo.
Dentro de Valencia – no es pequeño el miedo.
Les duele a los de Valencia, - mirad, sábeles muy
mal;
Tomaron su decisión – de venirle a cercar.
Hicieron marcha de noche, - y a punto de clarear,

en derredor de Murviedro – empiezan tiendas a
hincar.
Cuando lo vió mío Cid, - se hubo de maravillar:
-“¡Loado seas tú, - oh Padre espiritual!
En sus tierras estamos, - y hacémosles todo mal,
bebémos su vino, - y les comemos su pan;
si a cercarnos vienen, - lo hacen con razón cabal.
Con menos que con batalla – esto no se acabará;
que lleven recado a aquellos – que nos deben
ayudar,
los unos a Jérica, - los otros a Alucat,
desde allí a Onda, - y los otros a Almenar;
los de Burriana – que vengan luego acá;
vamos a dar comienzo – a esta batalla campal,
yo fio en Dios que provecho – y honra nos añadirán”.
Dentro del tercero día – todos juntándose han,
el que en buen hora nació – empezóles a hablar:
-“Así el Criador os guarde, - mis mesnadas,
escuchad:

Desde el punto que partimos – de la limpia
cristiandad,
(no fue por nuestro gusto, - ni pudimos hacer más),
gracias a dios lo nuestro – siempre logró prosperar.
Los de Valencia - cercado nos han;
si en estas sus tierras – queremos continuar,
firmemente tienen estos – ahora que escarmentar.
En cuanto pase la noche, - y venga la mañana,
estadme preparados – de caballos y de armas;
iremos a visitar – aquellas sus mesnadas.
Como hombres desterrados, - venidos de tierra
extraña,
allí se verá bien – quien merece la soldada.”
Lo que Alvar Fáñez Minaya – dijo entonces,
escuchad:
-“Hagamos lo que a vos place, - Campeador; bien
está.
Dadme a mí cien caballeros, - que yo no os pido más;
vos, con los que quedaren, - idlos de frente a atacar.

Acometeréis de firme, - vacilación no cabrá,
yo con los otros ciento – de flanco los he de entrar,
tal y como en Dios confío, - el campo nuestro será”.
Así como se lo ha dicho, - mucho place al de Vivar.
De madrugada era, - y a armarse prisa se dan,
lo que ha de hacer cada uno, - bien lo sabe cada
cual.
Con los primeros albores – mío Cid a herirlos va:
-“En nombre del Criador – y de Santiago, cerrad;
mis caballeros, heridlos, - con coraje y voluntad,
que yo soy Ruy Díaz, - mío Cid el de Vivar”.
Tanta cuerda de tienda - allí veríais quebrar,
arrancarse las estacas, - los postes bambolear.
Pero los moros son muchos, - quiérense ya recobrar.
Entonces por la otra parte – Alvar Fáñez dio en
cargar;
mal que les pese, tuvieron – su derrota que aguantar.

LECTOR 34^o

A uña de caballo escapan – los que pueden escapar; en el alcance dos reyes – de moros matado han, hasta Valencia - persiguiéndoles van.

Grandes son las ganancias – que mío Cid hecho ha; saquearon el campo, - y decidieron retornar.

Con las riquezas que traen – en Murviedro entraban ya; grande es al gozo, - que corre por el lugar. Conquistaron a Cebolla, - con cuanto a su vera está,

Miedo tienen en Valencia, - que no saben cómo obrar;

La fama de mío Cid, - sabedlo, sonando va.

Resonando va su nombre, - allende de la mar pasa; alegre estaba mío Cid, - y todos sus hombres de armas, porque Dios le había ayudado, - y esta batalla ganara.

Mandaban sus corredores, - y de noche hacían marchas, llegaron hasta Cullera, - y llegaron hasta Játiva, todavía más abajo – hasta Denia llegaban;

cabe la mar, tierra de moros – firmemente la quebrantaban.

Ganaron Peña Cadiella, - con las salidas y entradas.

Cuando el Cid Campeador – conquistó a Peña Cadiella, mucho les pesa en Játiva, - y dentro de Cullera, mas no es para contado – el dolor de Valencia. En tierra de moros, -

tomando y saqueando,

Y durmiendo de día, - y de noche caminando,

en ganar aquellas villas – mío Cid tardó tres años. Los moros de Valencia – escarmentados están, No se atreven a salir, - ni con él en lucha entrar; talábales las huertas, - y hacíales mucho mal,

en todos aquellos años – mío Cid les quitó el pan.

Quéjense mal en Valencia, - que no saben como obrar,

de ningún lado que fuese – no les llegaba pan;

ni padre al hijo da socorro, - ni hijo a padre auxilio da, ni el amigo con su amigo – consuelo puede encontrar. Mala cuita es, señores, - tener mengua de pan,

a los hijos y mujeres – verlos de hambre expirar.

Su suerte estaba a la vista, - no se pueden remediar, por el

rey de Marruecos – tuvieron que enviar; con el de los Montes Claros – estaba en guerra campal,

no les dio ningún socorro, - ni les vino a ayudar.

LECTOR 35º

Súpolo mío Cid, - plácele de verdad;
salió de Murviedro – una noche a algarear,
amaneció mío Cid – en tierras de Monreal.
Por Aragón y Navarra – pregón ha mandado echar, por el
reino de Castilla – su mensaje hizo rodar:
Quien quiera perder cuidados, - y a gran riqueza
llegar,
que venga con mío Cid, - que se goza en guerrear;
quiere cercar a Valencia, - y darla a la cristiandad.
-“Quien quiera venir conmigo, - para cercar a
Valencia,
vengan todos de buen grado, - a ninguno se le
apremia,
tres días les esperaré – en el canal de Celfa.” Esto
dijo mío Cid, - el Campeador leal.
Tornábase a Murviedro, - que ganádosela ha.
Oyéronse los pregones, - sabed, en todo lugar, al
sabor de la ganancia – no lo quieren retardar,
mucha gente se le junta – de la buena cristiandad.
Sonando van sus hazañas – todas en todo lugar;
más son los que al Cid vienen, - que no los que se le van;

creciéndole va riqueza – a mío Cid el de Vivar; viendo
junta tanta gente, - placer se le vió mostrar. Mío Cid Don
Rodrigo – no lo quiso retardar,
marchó derecho a Valencia, - y a su vera fue a
acampar,
bien la cerca de mí Cid, - no hay defecto en el cercar;
estórbales el salir, - y estórbales el entrar.
Púsola en plazo, si acaso – les viniesen a ayudar. Nueve
meses cabales – junto a ella acampa, notad, cuando llegó
el mes deceno – hubiéronsela de dar. Grandes son las
alegrías, - que corren por el lugar,
cuando el Cid ganó a Valencia, - y entró en aquella
ciudad.
Los que fueron a pie, - caballeros se hacen ya; y el
oro y la plata - ¿quién os lo podrá contar? Todos se
hicieron ricos – cuantos allí están.
Mío Cid Don Rodrigo – el quinto mandó tomar, en
dinero amonedado – treinta mil marcos le dan, y las
otras riquezas - ¿quién las podrá contar?
Gozábase el Campeador – y cuantos con él están,
cuando encima del alcázar – vió su enseña caudal.

LECTOR 36º

Descansaba mío cid – con toda su gente de armas;
a aquél rey de Sevilla – el mensaje le llegaba,
que está tomada Valencia, - y que nadie se la
ampara;
vínoles a acometer – con treinta mil hombres de
armas.
A la vera de la huerta – tuvieron la batalla,
derrotólos mío Cid, - el de la lengua barba.
Llegó la persecución – adentro mismo de Játiva;
en el paso del Júcar, - vierais en revuelta danza
los moros contra corriente – a su pesar beber agua.
Aquel rey de Sevilla – con tres golpes escapa.
Dio la vuelta mío Cid, - con toda aquella ganancia.
Buena fue la de Valencia, - al tomar ciudad tan alta,
Mucho más fue provechosa, - sabed, esta lid ganada;
al que menos cae, - le caen cien marcos de plata.
Los hechos del caballero – ya veis a donde llegaban.

Grande alegría corre – entre todos los cristianos
con mío Cid Ruy Díaz – el que naciera en buen hado.
Ya le crece la barba – y vásele alargando,
Porque había hecho el Cid – este voto de sus labios:
-“Por amor del rey Alfonso, - que de su reino me ha
echado”,
ni la entraría tijera, - ni un pelo habría cortado,
y que hablasen de esto – moros y cristianos.
Mío Cid Don Rodrigo – en Valencia se está holgando,
con él Minaya Alvar Fáñez, - pegado siempre a su
brazo.
Los expulsados del reino – de riqueza están
colmados.
A todos les dio en Valencia – el Campeador afamado
casas y heredades – con que quedan bien pagados;
el amor de mío Cid – harto lo iban probando.
También quedaron contentos – los que más tarde
llegaron.

Dáse cuenta mío Cid – que, con el caudal logrado,
si se pudieran ir estos, - que lo harían de buen grado.
Esto mandó mío Cid, - Minaya lo ha aconsejado:
Que cualquiera de los suyos, - que con él ganaron
algo,
si no se le despidiese, - ni le besare la mano,
como prenderle pudieran, - o como fuese alcanzado,
que le quitaran el caudal, - y colgáranle de un palo.
Héteos así todo aquello – puesto fuera de cuidado;
con Minaya Alvar Fáñez – él se está deliberando:
-“Si vos quisiereis, Minaya, - quiero hacer recuento
exacto
de todos los que hay aquí, - y conmigo algo ganaron;
ponerlos he por escrito, - y que todos sean contados,
y si alguno se escondiere, - o de menos fuere
echado,
me tornará sus ganancias – para aquellos mis
vasallos,
que me guardan en Valencia, - y de ronda están
velando.”

LECTOR 37º

Díjole al punto Minaya: - "Propósito es acertado".
Mandólos venir al patio, - y a todos hizo juntar,
cuando los tuvo reunidos, - por lista hízolos nombrar;
tres mil seiscientos tenía – mío Cid el de Vivar;
el corazón se le alegra, - y torna risueño al hablar:
- "A Dios y a Santa María – gracias, Minaya, hay que dar.
Con muchos menos salimos – de la aldea de Vivar.
Ahora tenemos riqueza, - después aún tendremos más.
Si os pluguiere a vos, Minaya, - y no os cayere en pesar,
mandaros quiero a Castilla, - do tenemos heredad;
al rey Alfonso, - mi señor natural,
de estas mis ganancias, - que hemos hecho por acá,
cien caballos quiero darle, - y vos idlos a llevar;
por mí besadle la mano, - y firmemente rogad,

mi mujer doña Jimena – y mis dos hijas al par,
que si tal fuese su gracia, - que me las deje sacar.
Yo enviaré quien las traiga, - y este mensaje notad:
La mujer de mío Cid, - y la hijas de su afán,
de tal suerte irán por ellas, - que con gran honra
vendrán
a estas tierras extrañas, - que hemos podido ganar".
Minaya dijo al instante: - "De muy buena voluntad".
En cuanto han hablado esto, - comiéndanse a preparar.
Mío Cid a Alvar Fáñez – cien hombres le vino a dar,
que le sirvan en camino – a su entera voluntad,
y hasta mil marcos de plata – mandó a San Pedro llevar,
y que de ellos los quinientos – diese a don Sancho el abad.
Cuando en medio de estas nuevas – todos se están alegrando,
de la parte de Oriente – vino un clérigo ordenado;
el obispo don Jerónimo – es por su nombre llamado.

Bien entendido es en letras, - y muy mucho sensato,
de a caballo y de a pie – era muy recio soldado.

Las proezas de mío Cid – andábalas pesquisando,
suspirando ya por verse – con los moros en el campo;
que si lidiando se hartase, - e hiriendo por sus manos,
en los días del siglo – no le llorasen cristianos.

Cuando lo oyó mío Cid, - complacido se ha mostrado:

-“Oíd, Minaya, Alvar Fáñez, - por aquel que está en lo
alto,

si aventajarnos Dios quiere, - justo es se lo
agradezcamos.

En tierras de Valencia – quiero hacer un Obispado,
y dárselo a gobernar – a este buen cristiano;
al ir vos ahora a Castilla, - llevaréis gratos recados”:

LECTOR 38

Pareció bien a Alvar Fáñez – lo que dijo Don Rodrigo.
A este don Jerónimo – allí le nombran Obispo,
asentáronle en Valencia, - donde bien puede ser rico.
¡Dios!, que alegre estaba – todo el cristianismo,
que en tierras de Valencia – había señor Obispo.
Contento quedó Minaya, - y despidióse, y se vino.
Las tierras de Valencia - asentadas en paz,
Minaya Alvar Fáñez – para Castilla se va.
Os ahorraré las posadas, - no las quiero contar.
Preguntó por Alfonso, - dó le podría encontrar.
Ido era el Rey a Sahagún – no muchos días atrás,
pero ya tornó a Carrión, - allí le podría hallar.
A Minaya Alvar Fáñez – esto le hubo de alegrar,
con los regalos que trae – se encaminó para allá.
De misa había salido – el rey Alfonso a tal tiempo,
héte a Minaya Alvar Fáñez – cómo llega tan apuesto;
hincó sus rodillas – delante de todo el pueblo,

a los pies del rey Alfonso – cayó con gran respeto,
besábale las manos, - y habló con noble gesto:
-“¡Merced, señor Alfonso, por amor del Criador!
Bésabaos las manos – mío Cid lidiador,
los pies y las manos – como a tan buen Señor,
que con él hayáis merced, - así os valga el criador.
Le habéis echado del reino, - no tiene vuestro amor;
aunque en tierra ajena está, - el bien lo suyo cumplió;
ganado ha Jérica y Onda, - este nombre se la dio,
se apoderó de Almenar, - y Murviedro, que es mejor,
lo mismo hizo con Yuballa, - y más allá Castellón,
y con Benicadell, - que es fuerte peñón;
junto con todas aquestas, - de Valencia es Señor,
Obispo hizo por su mano – el buen Campeador,
dio cinco lides campales, - y en todas fue vencedor.
Grandes son las riquezas - que le ha dado el Criador,
aquí tenéis las señales – de que os digo verdad yo:
cien caballos lucidos, - y de empuje corredor,
con sillas y con frenos – todos guarnecidos son,

bésaos las manos, - que los recibáis vos;
júzgase vuestro vasallo, - y a vos tiene por señor".
Alzó la mano derecha, - el Rey se santiguó:
-"De tan extremas ganancias – como logró el
Campeador,
¡válgame san Isidoro! – pláceme de corazón,
Y plácenme las hazañas, - que realiza el Campeador;
Yo recibo estos caballos, - que en regalo me envió".
Mucho pesó a Garci Ordoñez, - si bien al Rey le
agradó:
-"Semeja que entre los moros – hombre vivo no
quedó,
cuando así campa a su gusto – el Cid Campeador".
Díjole el Rey a aquél conde: - "Dejad esa alegación,
porque de todas maneras – mejor me sirve que vos".
Habló a la sazón Minaya – a guisa de varón:
-"Por favor os pide el Cid, - que, si tal pluguiese a vos,
su mujer doña Jimena – y ambas sus hijas a dos,
salieran del monasterio, - donde ha tiempo él las dejó,

y que fuesen a Valencia – con el buen Campeador".
El Rey le dijo al instante: - "Pláceme de corazón;
yo mandaré darles víveres, -mientras en mi reino son,
de injuria y de mal guardarlas, - y de cualquier
deshonor;
cuando fuera de mi reino – las dueñas estén, ved vos
cómo tenéis que servir las, - vos y el Campeador.
¡Hola, mesnadas y séquito, - oídme con atención!:
Yo no quiero que por mí – pierda nada el Campeador;
a todos los vasallos, - que a él llaman señor,
ya que los desheredé, - todo se lo libro yo;
válganles sus heredades, do estuviere el Campeador,
garantízoles los cuerpos – de mal y riesgo mayor;
con tal condición lo hago, - que sirvan a su señor".
Minaya Alvar Fáñez – las manos le besó.
Sonrióse el Rey, - tan hermosamente habló:
-"Los que quieran marchar – a servir al Campeador,
de mí estén libres, y vayan – en gracia del Criador.
Más ganaremos con esto, - que en otro desamor".

LECTOR 39

Aquí entre sí platicaron – los infantes de Carrión:

-“Mucho crece la fama – de mío Cid el Campeador,
buena boda eran sus hijas, - atendiendo a nuestro pro.
Mas nosotros no osaríamos – hacer tal proposición, mío
Cid es de Vivar, - y aquí Condes de Carrión”.

No se lo dicen a nadie, - y quedó así la cuestión.

Minaya Alvar Fáñez – del buen Rey se despidió.

-“¿Con que ya os partís, Minaya? – id en gracia del
Criador.

Llevad con vos un portero, - que os convendrá, creo yo;
si llevaréis a las dueñas, - cuídenlas a su sabor, hasta
dentro de Medina – denles toda provisión,
y desde allí en adelante – de ellas cuide el
Campeador”.

Despidióse Minaya, - y de la corte salió.

Los Infantes de Carrión - han madurado su plan,
a Minaya Alvar Fáñez – iban a acompañar_

-“En todo nos sois amigo, - como tal en esto obrad; dad
nuestro beso amistoso – a mío Cid el de Vivar, estamos a
su servicio, - cuanto podemos estar; como el cid nos
quiera bien, - nada en ello perderá”.

-“Eso, respondió Minaya, - no tiene en qué me pesar”.

Partido es ya Minaya, - los Infantes vuelta dan.

Se encaminó hacia San Pedro, - donde las dueñas
están;

muy grande ha sido su gozo, - cuando las ha visto
asomar.

Apeado se ha Minaya, - a San Pedro va a rogar,

Cuando acabó la oración, - fue con las dueñas a
hablar:

-“Salúdoos, doña Jimena, - que Dios os guarde de mal,
y que a entrambas vuestras hijas – las infantes haga igual.
Beso os manda mío Cid – desde allá donde él está; con
salud le dejé yo, - y con muy rico caudal.

El Rey, por su merced, - libres dejado os ha,

Para que os lleve a Valencia, - que habemos por
heredad.

Si os viese mío Cid – así sanas y sin mal, pondríase
todo alegre, - no tendría ya pesar”. Díjole doña Jimena: -
“¡El Criador mande tal”. Despachó tres caballeros –
Alvar Fáñez sin tardar, mandólos a mío Cid, - a Valencia
donde está:

-“Decidle al Campeador, - que Dios le guarde de mal, que a

su mujer y a sus hijas – el Rey les dio libertad;
mientras en su reino estemos, - provisión nos mandó dar.
Dentro de unos quince días, - si Dios nos guarda de mal,
sus hijas y su mujer – allí conmigo estarán,
y a todas las buenas dueñas, - que ellas consigo se han”.
Los caballeros son idos, - y de ello se cuidarán,
aún permaneció en San Pedro – Alvar Fáñez algo más.
Era de ver caballeros - por todas partes llegar, irse
quieren a Valencia, - con mío cid el de Vivar.
A Alvar Fáñez le pedían – que los quisiese aceptar,
respondiéndoles Minaya: - “Eso haré de voluntad”.
Sesenta y cinco jinetes juntándosele han,
el se tenía ya ciento – que trajera de allá;
buena escolta se ha formado, - para estas dueñas
honrar.
Los quinientos marcos - dióle Minaya al Abad,
De los otros quinientos – lo que hace os voy a contar:
Minaya a doña Jimena – y a las dos hijas que ha,
con aquellas otras dueñas, - las que a su servicio
están,
el bueno de Minaya - las empezó a aderezar
con los mejores vestidos, - que en Burgos pudo

encontrar,
y palafrenes y mulas, - porque no parezcan mal.
Cuando a estas dueñas – aderezado las ha,
el bueno de Minaya se resuelve a cabalgar.

Héteos a Raquel y Vidas, - que a sus pies se han de
echar:

-“Por favor, Minaya, - varón de alta calidad. Arruinado nos
ha el Cid, - si no nos viene a ayudar; el interés cederíamos,
- con que nos diese el caudal”.

-“Yo lo veré con el Cid, - como Dios me lleve allá. Por lo
que con él hicisteis, - buen pago os retornará”. Dijeron
Raque y Vidas: - “El Criador mande tal.

Si no, saldremos de Burgos, - y le iremos a buscar”.

LECTOR 40

Minaya Alvar Fáñez – a San Pedro vuelta da, muchas
gentes se le acogen, - decidióse a cabalgar,
al partirse de San Pedro, - gran duelo muestra el
Abad:
-“Que el Criador os proteja, - Minaya, si partís ya, por
mí al Campeador – las manos le besad,
que aqueste monasterio, - no lo quiera olvidar; en los
días de su vida – por quererle prosperar el Cid
Campeador – siempre valdrá más”.
Y Minaya respondióle: - “Hacerlo he de voluntad”. Ya
se despiden, - y empiezan a caminar,
va con ellos el portero, - que los ha de custodiar; por los
dominios del Rey – mucha provisión les dan.
De San Pedro hasta Medina – en sus cinco días van; Alvar
Fáñez y las dueñas – hélos en Medina ya.
Diré de los caballeros, - que el mensaje iban a dar; a tal
punto que lo supo – mío Cid el de Vivar,
plújole de corazón, - y se alegró una vez más; de la
su boca – así empezó a hablar:
-“Quien buen mandadero envía, - buen mandato ha de
esperar.

Tú, Muño Gustioz, y tú, - Pedro Vermudoz, andad, y
Martín Antolínez, - un burgalés leal,
y el Obispo don Jerónimo, - clérigo de calidad,
cabalgad con cien jinetes – dispuestos para lidiar; por
Santa María - quiero vayáis a pasar,
desde allí vais a Molina, - que más adelante está,
tiénela Abengalbon, - amigo mío es de paz,
con otros cien caballeros – bien os acompañará. Id
luego para Medina, - caminando a más andar,
a mi mujer y a mis hijas, - si me han dicho la verdad, con
Minaya Alvar Fáñez – allí las podréis hallar;
con gran honra – traédmelas acá.
Y yo me quedaré en Valencia, - que mucho
costádome ha,
grande locura sería - desampararla sin más;
yo me quedaré en Valencia, - que tengo por mi
heredad”.
Apenas esto fue dicho, - decídense a cabalgar, y en
tanto que pueden, - no paran de andar.
Fueron por Santa María – en Bronchales a albergar, y al
otro día vinieron – a Molina a descansar.
El moro Abengalbón, - cuando el mensaje le dan,

saliólos a recibir – con el gran gozo que ha:

-“¿Venís acá los vasallos – de mi amigo natural?

No me pesa a mí, sabedlo, - mucho me place en verdad”.

Hablóle Muño Gustioz, - no quiso a nadie esperar:

-“Beso os manda mío Cid, - y prevenido nos ha, que le ayudéis enseguida – con cien caballeros más; su mujer y sus hijas – en Medina están, quiere que vayáis por ellas – y se las traigáis acá, y hasta verlas en Valencia – no os separéis de ellas ya”.

Respondióle Abengalbon: - Hacerlo he de voluntad”.

Aquella noche – buen agasajo les da, a la mañana siguiente – resuélvense a cabalgar; cien jinetes le pidieron, - más él con doscientos va. Montañas fieras y grandes – vánselas dejando atrás, Atravesaron después – la Mata de Taranz, de tal forma que en ella – ningún miedo les da, por el valle de Arbujuelo – comienzan luego a bajar. He aquí que en Medina – con todo cuidado están; al verlos venir armados, - Minaya dio en recelar, envió dos caballeros, - que supiesen la verdad; estos no lo retrasan,

- que de buena gana van, quedóse el uno con ellos, - y el otro hubo de tornar:

-“Son fuerzas del Campeador, - que nos vienen a buscar;

ved a Pedro Vermudoz, - el que por delante va, y a Muño Gustioz, que os quieren,- con la mejor voluntad,

y a Martín Antolínez, - el burgalés natural, y al Obispo don Jerónimo, - un clérigo leal,

y al alcaide Abengalbón, - que traen su gente al par, por amor de mío Cid, - para honrarle más y más; todos vienen en compañía, - al punto van a llegar”.

Entonces dijo Minaya: - ¡Ea, vamos a montar!”.

LECTOR 41

Eso quedó hecho enseguida, - no se quieren retrasar.
De entre ellos salieron ciento, - todos de buen
presentar,
sobre briosos caballos – con gualdrapas de cendal,
petrales con cascabeles, - y escudos que al cuello
van,
y las lanzas en las manos, - con el pendón cada cual,
porque supiesen los otros – de Alvar Fáñez el pensar,
o cuál salió de Castilla – con dueñas tan de estimar.
Los que iban en delantera, - como en guisa de
explorar,
toman armas enseguida, - y pónense a deportar;
por la orilla del Jalón – con grande algazara van.
Respeto a Minaya rinden – los otros no más llegar.
Cuando llegó Abengalbón, - donde a ojo le tiene ya,
sonriendo de la boca – íbale a abrazar;
en el hombro le da beso, - que la usanza mora es tal;
-“¡Hola, Minaya Alvar Fáñez, - qué día tan singular!

Traéis con vos estas dueñas, - por donde valdremos
más,
mujer del Cid lidiador, - y la hijas de su afán;
honraros queremos todos, - pues que su ventura es
tal,
que aunque mal le deseáramos, - no es posible
hacerle mal,
en paz o en guerra – de lo nuestro dispondrá;
mucho tengo yo por torpe – a quien no ve esta
verdad”.
Sonrióse de la boca – Alvar Fáñez Minaya:
-“¡Hola Abengalbón, - amigo sois sin tacha!
Si Dios nos lleva hasta el Cid, - y a verle vivo llegara
de todo esto que habéis hecho – vos no perderéis
nada.
Vayamos a descansar, - la cena está preparada”.
Dijo Abengalbón: - “Esta fineza me agrada;
antes del tercero día – os la daré yo doblada”.
Entraron en Medina, - servíalos Minaya,
contentos quedaron todos – de la cena que tomaron,

el portero del Rey – mandó que no lo cobraran;
honrado queda mío Cid – en Valencia donde estaba,
con tan rica provisión – como en Medina sacaran;
todo lo ha pagado el Rey, - y quito se va Minaya.
Pasada es ya la noche, - venida es la mañana,
oída está la misa, - y enseguida cabalgaban.
Salieron de Medina, - y el Jalón atrás dejaban,
por Arbujuelo arriba – de prisa espoleaban,
el campo de Taranz – luego le atravesaban.
Vinieron a Molina, - la que Abengalbón mandaba.
El Obispo don Jerónimo, - buen cristiano sin tacha,
los días y las noches – a las dueñas custodiaba,
buen caballo a la derecha, - que va delante sus
armas.
Él, junto con Alvar Fáñez, - de camaradas
marchaban.
Entrados son en Molina, - ciudad rica y abastada;
el moro Abengalbón bien los servía sin falta,
de todo cuanto quisieron – no carecieron de nada,

hasta las herraduras – costeárselas mandaba.
A Minaya y a las dueñas, - ¡Dios! como las honraba.
Otro día, al clarear, - luego a caballo montaban,
hasta llegar a Valencia – servíalos sin falta;
lo suyo gastaba el moro, - que de ellos nada tomaba.
Y con estas alegrías, - y nuevas de honra tan alta,
cerca están de Valencia, - a tres leguas contadas.
A mío Cid Campeador, - el que en buen hora ciño
espada,
Dentro de Valencia el recado le llevaban.
Alegróse mío Cid, - cuan nunca más, ni aun tanto,
pues de lo que más amaba – ya le viene recado.
Doscientos caballeros – salir mandó apresurados,
que reciban a Minaya – y a las dueñas hijasdalgo;
él se queda en Valencia, - cuidando y vigilando,
pues bien sabe que Alvar Fáñez – viene con todo
recaudo.

LECTOR 42

He aquí que todos estos – le reciben a Minaya,
y a las dueñas y a las niñas, - y a los que las
acompañan.

Mandó mío cid – a los que tiene en su casa,
que el alcázar custodiasen – y las otras torres altas,
junto con todas las puertas, - y las salidas y entradas,
y a Babieca le trajesen; - poco iba que le ganara
de aquel rey de Sevilla, - y de su derrota franca;
aun no sabía mío Cid – que en buen hora ciño
espada,

si sería corredor, - o haría buena parada;
a la puerta de Valencia, - donde sin cuidado estaba,
ante su mujer e hijas – quería jugar las armas.

Recibidas las dueñas – con una honra tamaña,
el Obispo don Jerónimo – delante caminaba,
allí dejaba el caballo, - a la iglesia enderezaba;
con todos los más que puede, - que a tiempo se
preparaban,

la sobrepelliz vestida, - y alzadas cruces de plata,
fue a recibir a las dueñas – y al valiente de Minaya.
El que en buen hora nació – no lo retrasaba;
vistióse el sobregonel, - luenga y suelta trae la barba,
ensíllanle a Babieca, - las gualdrapas le echaban,
subió sobre él mío Cid, - y armas de palo tomaba.
En el caballo Babieca, - tal es su nombre, se arranca,
dio veloz una corrida, - esta fue extraordinaria,
cuando acabó de correr, - todos se maravillaban;
de allí se apreció a Babieca – por lo más grande de
España.

Al final de la carrera – mío cid descabalgaba,
Fue derecho a su mujer – y a sus hijas ambas;

Al verlo doña Jimena, - a los pies se le echaba:

-“Merced, Campeador, - en buena ceñiste espada.

Librado me habéis por fin – de muchas vergüenzas
malas;

aquí me tenéis, señor, - a mi y a vuestras hijas
ambas,

por obra de Dios y vuestra, - sanas están y criadas".
A la madre y a las hijas – tan fuertemente abrazaba,
con el gozo que tenían, - de los sus ojos lloraban.
Todas las mesnadas tuyas – con grande deleite
estaban,
armas estaban jugando, - y tablados quebrantaban.
Oíd lo que dijo – el que en buena ciño espada:
-“Vos, doña Jimena, - querida mujer y honrada,
Y entrambas mis hijas, - mi corazón y mi alma,
entrad conmigo – en Valencia la amada,
en esta posesión, - que yo os gané con ansia”.
La madre y las hijas – las manos le besaban;
Con tan grandes honores – ellas en Valencia
entraban.
Con ellas al alcázar – mío Cid derecho va,
y allí las hace subir – al más alto lugar.
Ojos radiantes, con ansia – doquiera mirando están,
admíranse de Valencia, - cual se extiende la ciudad,
y cómo de la otra parte – a ojo tienen el mar,

oteando están la huerta que es tan grande y tan feraz
y todas las otras cosas – que servían de solaz,
alzan las manos – para a Dios rogar,
por aquella ganancia, - grande y buena de verdad.
Mío Cid con sus hombres – muy a su placer están.
El invierno es ya corrido, - que marzo quiere entrar.
Deciros quiero nuevas – del lado allá del mar,
de aquel rey Yucef, - que en Marruecos está.
Pesóle al rey de Marruecos, de mío Cid Don Rodrigo:
-“Que dentro de mis dominios – fuertemente se ha
metido, y él no se lo agradece,- más que a Jesucristo”
Aquel rey de Marruecos sus huestes ha reunido,
con cincuenta mil soldados, en número bien cumplido
vinieron junto a la mar, - en las barcas se ha metido,
van a buscar en Valencia a mío Cid Don Rodrigo.
Ya han arribado las naves, - ellos fuera habían salido.
Acercáronse a Valencia, - la que el Cid ganado había,
hincaron tiendas, y acampan esas gentes descreídas,
a oídos de mío Cid – llegaron estas noticias.

LECTOR 43

-“¡Loado sea el Criador, - que es Padre espiritual!
Todo el bien que yo tengo, - ante mis ojos está:
Con afán gané a Valencia, - téngola por heredad,
con menos que con la muerte – no la puedo
abandonar;
gracias a Santa María – y al Criador, porque ya
mis hijas y mi mujer – conmigo las tengo acá.
Hame venido fortuna – de tierras de allende el mar,
habré de tomar las armas, - que no lo podré excusar;
mis hijas y mi mujer – tendrán que verme lidiar;
en estas tierras ajenas – verán cómo hay que morar,
harto verán por sus ojos, - como se gana aquí el pan”.
A su mujer y a sus hijas – en la torre mandó entrar,
Alzaron ellas los ojos, - y vieron tiendas plantar:
-“¿Qué es esto, Cid?, - Dios os quiera guardar”.
-“¡Animo, mujer honrada, - no tengáis de ello pesar!
Es riqueza que nos crece, - grande y de maravillar;
a poco de haber venido, - un presente os quieren dar;

ajuar traen a vuestras hijas, - que las tenéis por
casar”.
-“A vos las gracias, oh Cid, - y al Padre espiritual”.
-“Mujer, en este palacio, - en el alcázar quedad;
no tengáis pavor ninguno - porque me veáis lidiar,
con la protección de Dios – y de su Madre sin par,
el corazón se me crece, - viéndolos ante mí estar;
Dios mediante, esta batalla – yo la tengo que ganar”.
Hincadas están las tiendas, - y anunciase ya el albor,
los atambores tañían – con apresurado son;
Alegróse el Cid, y dijo: “¡Buen día es hoy, vive Dios!”.
Miedo siente su mujer, - y la estalla el corazón,
igual pasaba a las dueñas – e hijas ambas a dos;
desde el día que nacieron – no sintieran tal temblor.
Echóse mano a la barba – el buen Cid Campeador:
No tengáis miedo ninguno que todo es en vuestro pro
antes de los quince días, - si pluguiere a Criador,
esos medrosos tambores – en mis manos tendré yo;
a la vista os los pondrán, - y veréis bien como son,

al Obispo don Jerónimo – irán luego en donación,
y colgarlos ha en la iglesia – de la Madre del Criador”.
Voto es aqueste que hizo – mío Cid el Campeador.
Tranquilas están las dueñas, perdiendo van el pavor.
Los moros de Marruecos - cabalgan con decisión,
Por las huertas adentro – se meten sin temor.
Hálo visto el atalaya, - y empezó a tocar la esquila;
presta están las mesnadas, de los hombres de Ruy
Díaz,
ármanse con gran denuedo, - fuera salen de la villa.
Do se encuentran con los moros, acométenlos
deprisa,
y los sacan de las huertas, en muy vergonzosa huida;
quinientos de ellos y más – mataron en ese día.
Hasta el campamento mismo – alcance dándoles van;
mucho era ya lo hecho, - decídense a retornar.
Alvar Salvadórez – prisionero quedó allá.
Tornado han a mío Cid – los que comían su pan;
el se lo vió con sus ojos, - y cuéntanselo además,

alegre está mío Cid – por todo cuanto hecho han:
-“Oídme los caballeros, - por cosa no quedará,
Hoy es en verdad buen día, - mañana mejor será;
poco antes del amanecer, - armados todos estad,
el Obispo don Jerónimo – la absolución nos dará,
luego nos dirá la misa, - y estad prestos a montar;
a herirlos hemos de ir, - otro remedio no habrá,
en el nombre de Santiago – y el Criador celestial.
Mejor es que los vengamos, -que ellos nos cojan el
pan”.
Al punto dijeron todos: - “Con amor y voluntad”.
Hablaba Minaya, - no lo quiso retardar:
-“Pues eso queréis vos, Cid, - otra cosa a mi mandad;
ciento treinta de a caballo- dadme a mí para lidiar;
cuando vos fuereis a herirlos, - yo de otra parte he de
entrar,
o por ambas, o por una, - Dios nos habrá de ayudar”.
Al momento dijo el Cid: - “De buena voluntad”.

LECTOR 44

El día ha concluido, - y la noche es ya entrada,
no tardan en prepararse – aquellas gentes cristianas. Al
canto medio del gallo, - antes de la madrugada,
El Obispo don Jerónimo – la misa les cantaba,
después de dicha la misa, - plena absolución les
daba:
-“Al que aquí muriere, - lidiando de cara,
tómole yo los pecados, - y Dios le tomará el alma.
A vos, Cid Don Rodrigo, - que en buena hora ceñiste
espada,
yo os he cantado la misa, - aquesta madrugada; una
gracia os pido en pago – y no me será negada: que las
primeras heridas, - las tenga yo otorgadas”.
Díjole el Campeador: - “Desde ahora os quedan
mandadas”.
Salieron armados todos – por las torres de Cuarto, mío Cid
a sus mesnadas – buenos consejos ha dado.
Hombres de gran discreción – quedan las puertas
guardando.
Montó al punto mío Cid – en Babieca su caballo;

con todas sus guarniciones – muy bien está
preparado.
Valencia está detrás, - la enseña sacan al campo,
cuatro mil van menos treinta – de mío Cid bajo el
mando,
a los cincuenta mil moros – van con denuedo a
atacarlos;
Minaya con Alvaroz – los atacaron de flanco. El
Criador que lo quiso, - y lograron derrotarlos.
Mío Cid rompió la lanza, - y a la espada metió mano,
tantos moros dejan muertos – que no fueron
contados,
codo abajo iba la sangre, - gota a gota destilando. Al rey
Yucef – tres golpes le hubo dado,
hurtósele la espada, - que anduvo bien su caballo, y se le
metió en Cullera, - un castillo bien cercado; mío Cid el de
Vivar – allí en su alcance ha llegado,
con otros que van con él – entre sus buenos vasallos.
Desde allí volvió las riendas – el en buen hora criado,
alegre estaba muy mucho – por el botín que han
ganado:
allí a Babieca apreció – por bueno de cabo a cabo. Toda

aquesta riqueza - en sus manos ha quedado.
De los cincuenta mil moros, - por cuenta fueron notados,
no lograron escapar – más allá de ciento y cuatro. Las mesnadas de mío Cid – el campo ha saqueado;
entre oro y plata sonante – tres mil marcos encontraron,
de las otras riquezas – no había cuento exacto.
Alegre estaba mío Cid, - con todos sus vasallos,
pues Dios los hizo merced – de que vencieran el campo.
Después que al rey de Marruecos – así le han derrotado,
de saber cuanto convenga – dejó a Alvar Fáñez encargo;
él con cien caballeros – a Valencia se ha tornado, trae descubierta la cara, - pues venía desarmado; así entró sobre Babieca – con la espada en la mano. Recibíanle las dueñas – que le estaban esperando, ante ellas paró mío Cid, - tuvo la rienda al caballo:
-“Ríndome a vosotras, dueñas, - grande prez he ganado, mientras vosotras guardabais Valencia, yo vencí en el campo,

esto Dios se lo ha querido – con todos los sus santos, pues en vuestra venida – tal ganancia nos han dado.
¿Veis esta espada sangrienta, y sudoroso el caballo? Con tal afán como este, se vence al moro en el campo Suplicad al Criador, - que os viva yo algunos años, alcanzaréis mucha prez, -y besarán vuestras manos”. Esto dijo mío Cid, - desmontando del caballo.
Cuando le vieron de a pie, - que había descabalgado, las dueñas y las hijas, - y la mujer hijadalgo,
delante del Campeador – ambas rodillas hincaron:
-“Por muchos años vivid, a vuestro servicio estamos” A una todas con él – entraron en el palacio,
E iban juntos a sentarse – sobre preciosos escaños:
-“Bien, mujer doña Jimena, ¿no me lo habíais rogado? Estas dueñas que trajisteis, - y que a vos os sirven tanto, quiérolas yo maridar – con de aquestos mis vasallos; a cada una de ellas – le doy doscientos marcos, porque sepan en Castilla – a quién han servido tanto. Lo de casar vuestras hijas, venirse ha más despacio”. Levantáronse todas, - y besáronle las manos;
grande fue la alegría – que hubo por el palacio. Tal como lo dijo el Cid, - así lo han llevado a cabo.

LECTOR 45

Quiero por menos deciros – lo que es más destacado:

No pudieron hacer cuenta – de todos los caballos,
que vagan con sus monturas, - y no hay quien venga
a tomarlos;

los moros de la huerta – quedáronse allí con algo;
a pesar de todo eso, - al Campeador afamado
de los buenos y de estima – cayéronle cien caballos;
y cuando a mío Cid – le correspondieron tantos,
bien pueden quedar los otros – satisfechos de su
pago.

¡Cuánta tienda de valor, - y cuanto puntal labrado,
que ha ganado mío Cid, - con todos sus vasallos!

La tienda del rey Yucef, - cabeza de todo el campo,
dos puntales la sostienen, - que con oro están
labrados;

mandó a todos mío Cid, - el Campeador afamado,
que siguiese en pie la tienda, - y no la tocasen
manos:

-“Una tienda como esta – que en Marruecos se ha
labrado,

Quiero enviársela yo – a Alfonso el Castellano;

Que creyese los rumores – de que el Cid tenía algo”.

Con tal y tanta riqueza – en Valencia se ha entrado.

El Obispo don Jerónimo, - clérigo cabal y honrado,
cuando se harta de lidiar – con entrambas las sus
manos,

no puede hacer ya cuenta – de los moros que ha
matado;

lo que a él correspondía – era mucho extraordinario;
mío Cid Don Rodrigo, - el que naciera en buen hado,
de toda su quinta parte – la décima le ha mandado.

Por Valencia andan alegres – aquellas gentes
cristianas,

tanto habían de dineros, - de caballos y de armas;

doña Jimena y sus hijas – están igualmente ufanas,
y todas las otras dueñas, - que ya se dan por
casadas.

El bueno de mío Cid – no lo retrasó por nada:

-“¿Dónde estáis, hombre cabal? – Venid vos acá,
Minaya;
de lo que os ha tocado, - no tenéis que darme
gracias;
de esa quinta parte mía, - os lo digo sin falacia,
llevaos lo que quisieréis, - con lo que quede me
basta.
Mañana al amanecer, - tenéis que partir sin falta
con caballos de esta quinta, - que yo tengo de
ganancia,
con sillas y con frenos, - y con sendas espadas;
por amor de mi mujer, - y de mis hijas entrambas,
porque así las envié, - que ellas quedaron prendadas,
estos doscientos caballos,-quiero que en regalo
vayan,
que no hable mal Don Alfonso – de quien en Valencia
Manda”.
Mandó a Pedro Vermudoz que marchase con Minaya.
Otro día, al clarear, - presto a caballo montaban,

y llevan doscientos hombres – de acompañamiento y
guarda,
con saludos del Cid, - que las manos le besaba;
de aquesta lucha campal, - que mío Cid tiene ganada,
doscientos buenos caballos – de regalo le enviaba.
-“Y que he de servirle siempre, - mientras aliente mi
alma”.
Salidos son de Valencia, - y resuelven a caminar,
tales riquezas llevan, - que tienen que vigilar.
Andan de día y de noche, - que reposo no se dan,
y traspasado han la sierra, - que del reino es linde ya.
Por el rey Don Alfonso – empiezan a preguntar.
Pasando van las sierras, - y los montes y las aguas,
llegan a Valladolid, - donde el rey Alfonso estaba;
enviábanle recado – Per Vermudoz y Minaya,
rogándole que mandase – recibir a esta embajada;
mío Cid el de Valencia, - sus presentes le enviaba.

LECTOR 46

Alegre se puso el Rey, - cual no visteis otro tanto;
mandó cabalgar de prisa – a todos sus hijosdalgo,
y el Rey entre los primeros – salió afuera cabalgando,
a recibir los mensajes – del en buen hora criado.
Los Infantes de Carrión, - sabed, allí se encontraron,
y aquel conde don García, - del Cid enemigo malo.
A los unos les agrada, - y a los otros va pesando.
A la vista los tenían – los del nacido en buen hado,
Piensan que es hueste contraria, - pues no vienen
con recado;
el Rey Don Alfonso – estábase santiguando.
Minaya y Per Vermudoz – delante de él son llegados,
echaron ambos pie a tierra, - del caballo se apearon;
ante el Rey Don Alfonso, - de hinojos hincados,
besaron la tierra, - los dos pies le besaron:
-“¡Merced, oh rey Alfonso, - que sois tan honrado!
Por mío Cid el Campeador – todo esto os besamos;
a vos su señor os llama, - júzgase vuestro vasallo,

en mucho estima la honra – el Cid, que vos le habéis
dado.
Pocos días hace, oh Rey, - que una batalla ha
ganado;
a aquel rey de Marruecos, - que Yucef es nombrado,
y sus cincuenta mil moros, - hízolos huir del campo.
El botín que allí cogió – mucho es extraordinario,
ricos ha venido a ser – todos los sus vasallos,
a vos las manos os besa, - y os da doscientos
caballos”.
El rey Don Alfonso dijo: - “Recíbolos de buen grado.
Agradezco a mío Cid, - que tal don me haya enviado;
Ojalá sea la hora – que de mí reciba el pago”.
Pareció bien esto a muchos, - y besáronle las manos.
Pesó al conde don García, - y quedó muy enojado;
Él con diez de sus parientes – de los demás se
apartaron:
-“Cosa extraña esta del Cid, - que su honra crece
tanto.

Con la honra que él recibe, - quedamos aquí
afrentados;
por vencer tan fácilmente – reyes moros en el campo,
cual si los hallase muertos, - y apropiarse los
caballos;
todo esto que hace él – será en nuestro menoscabo”.
Habló el Rey Don Alfonso, - lo que dijo vais a oír:
-“Al señor san Isidoro – y al Criador gracias mil
por los doscientos caballos – que me manda mío Cid.
Yendo mi reino adelante, - mejor me podrá servir.
A vos, Minaya Alvar Fáñez, - y a Per Vermudoz, aquí
ordeno vuestras personas – honrosamente vestir,
y armaros de todas armas, - las que quisiéreis decir,
para que bien parezcáis – ante Ruy Díaz mío Cid;
os regalo tres caballos, - que los escojáis aquí.
Tal como a mí parece, - y me lo dicta el sentir,
todos aquestos sucesos – a bien habrán de venir”.
Besáronle las manos, - y entraron a descansar;
bien los mandó servir – de cuanto menester han.

Los Infantes de Carrión, - y os quiero contar,
hablando están en consulta, - secreto tratando están:
-“Las proezas del Cid – muy adelante van,
demandemos sus hijas, - para con ellas casar,
creceremos en honra, - y aventajaremos más”.
Vinieron al Rey Alfonso, - su secreto a declarar.
-“Por merced os pedimos – como a Rey y a señor,
Pues con vuestro consejo, queremoslo hacer los dos,
que pidáis para nosotros – las hijas del Campeador;
casar queremos con ellas a honra suya y nuestro pro”
Un gran espacio de tiempo – el Rey pensó y meditó:
-“Yo eché de mi reino – al buen Campeador,
y haciéndole yo a él mal, - y él a mí mucho favor,
este vuestro casamiento – no sé si le hará ilusión,
mas, lo queréis vosotros, - tratemos de la cuestión”.
A Minaya Alvar Fáñez – y a Pedro Vermudoz
el Rey Don Alfonso – al punto los llamó,
en su aposento - con ellos se apartó:
-“Oídme vos, Minaya, - y vos, Pedro Vermudoz;

bien me sirve mío Cid, - Ruy Díaz el Campeador,
él se lo está mereciendo, - y de mí tendrá perdón;
y si en ello tiene gusto, - venga a ver a su señor.
Otras novedades hay – en esta mi corte y son, que
don Diego y don Fernando, los Infantes de Carrión,
quieren para casamiento – sus hijas ambas a dos.
Sedme buenos mensajeros, - y así os lo mando yo,
que se lo digáis – al buen Campeador;
en ello ganará honra, - y hará su hacienda mayor,
si emparienta como suegro – con infantes de
Carrión”.

Respondióle así Minaya, - y plugo a Per Vermudoz:
“Nosotros se lo expondremoslo que aquí nos decís
vos;
después que haga mío Cid lo que le venga en sabor”.
-“Decid e Ruy Díaz, - el que en buen hora nació,
que yo iré a vistas con él – donde hubiere más sazón;
allí donde él señalare, - allí será el mojón.
Ayudar quiero a mío Cid – todo lo que pueda yo”.

LECTOR 47

Despedíanse del Rey, - con eso tornados son,
y vanse ellos con los suyos – a Valencia la mayor.
Cuando lo supo – el buen Campeador,
deprisa monta a caballo, - a recibirlos salió;
Sonrióse mío Cid, - y fuerte abrazo les dio:
-“¿Con que ya volvéis, Minaya, - y vos, Pedro
Vermudoz?
En pocas tierras habrá – varones como estos dos.
¿Qué tal son las saludes – de Alfonso mi señor, si
quedó satisfecho, - o como recibió el don?”
Dijo Minaya: - “De alma y de corazón
ha quedado satisfecho. – y él en cambio os da su
amor”.
Exclamó mío Cid: - “¡Gracias al Criador!”
En diciendo esto, - platican sobre razón
de aquello que le rogaba – Don Alfonso de León, sobre
dar sus hijas para – los Infantes de Carrión,
que en ello ganaba honra, - y hacienda mucho mayor, que
así se lo aconsejaba – de alma y de corazón.
Cuando lo oyó mío Cid, - el buen Campeador, un

gran espacio de tiempo – pensó y meditó:
-“De esto tengo que dar gracias – a Cristo el mi
Señor.
Expulsado fui del reino, - mi hacienda se confiscó, todo
lo que tengo ahora – con afán lo gané yo,
a dios quiero agradecer – que del Rey tengo su amor, y
piden mis hijas para – los Infantes de Carrión.
Pero decidme, Minaya, - y vos, Pedro Vermudoz,
de aqueste casamiento - ¿qué os parece a los dos?”
-“Nosotros solo cedimos – lo que más pluguiera a vos”.
Dijo el Cid – “Son de alta sangre – los Infantes de
Carrión;
son altivos, y en la corte – tienen puesto ambos a dos,
de este casamiento, a fe, - yo no tendría ilusión;
pero ya que lo aconseja – el que puede más que nos,
hablemos de ello, y quede – en secreto la cuestión.
Ojalá que Dios del cielo – nos inspire lo mejor”.
-“Y a la par de todo esto – dijo Alfonso para vos, que
él gozaría de veros – y daros allí su amor,
acordar después podríais – lo que estimaseis mejor”. Al
instante dijo el Cid – “Pláceme de corazón”.
-“Para aquestas vistas, - donde haya de ser la

reunión,
dijo Minaya, escogedlo – a vuestro talante vos”.
-“Si quisiese el Rey Alfonso, - parecería de rigor, hasta
donde le encontrase, - a buscarle iría yo, para darle
mayor honra, - como a mi Rey y señor; mas lo mismo que
él quisiere, - eso debo querer yo. A las orillas del Tajo, -
que es un río mayor,
Tengamos nuestras vistas, - pues lo quiere mi señor”.
Escribieron cartas, - con cuidado las selló,
con dos caballeros – al punto las envió;
lo que quisiere su Rey, - eso hará el Campeador.
Delante del Rey honrado – presentaron las cartas,
Cuando el Rey las ha visto, - satisfácnle de alma:
-“Saludadme a mío Cid, - el que en buen hora ciñó
espada;
sean las vistas – de aquí a tres semanas,
como yo vivo esté, - allá iré sin falta”.
No lo retrasan un punto, - a mío Cid se tornaban.
De una parte y de otra parte – a las vistas se
preparan:
¿Quién vió nunca por Castilla – tanta mula preciada, y
tanto palafrén – que bien anda,

caballos ten lucidos – y corredores sin tacha, tanto
pendón famoso – ondear en buenas astas, y escudos
blocados – con oro y con plata,
y mantos y pellizones, - y finas telas de África.
Provisiones abundantes – enviar el Rey mandaba a las
aguas del Tajo, - do están las vistas fijadas.
Con el Rey Alfonso van – muchos hombres buenos de
armas.
Los Infantes de Carrión – muy mucho alegres andan;
de unas cosas dejan deuda – y otras cosas las
pagaban,
tal como pensaban ellos, - su riqueza iba a ser alta
con todos cuantos quisiesen – caudales de oro y de plata.
El Rey Don Alfonso – de prisa cabalgaba,
Y Condes y Potestades – con mucha escolta en su
guarda.
Los Infantes de Carrión – grande cortejo llevaban. Con el
Rey van leoneses – y gallegos en mesnadas, no son en
cuenta, sabed, - las mesnadas castellanas; sueltan las
riendas y parten – a las vistas señaladas.

LECTOR 48

Dentro de Valencia – mío Cid el Campeador no lo
retrasa, - a vistas se preparó.

¡Cuánta bien cebada mula, - y palafrén de vigor,
cuántas armas bien templadas, - y cuánto caballo
veloz,

y cuánta capa lujosa, - cuanto manto y pellizón!

Chicos y grandes – vestidos son de color.

Minaya Alvar Fáñez, - y aquel Pedro Vermudoz,

Martín Muñoz, - que mandó a Montemayor,

y Martín Antolínez, - el burgalés de pro,

y el Obispo don Jerónimo, - de clérigos el mejor, y

Alvar Salvadórez, - con Alvar Alvaroz,

y Muño Gustioz, - el caballero de pro,

y Galindo Garcíaz, - el que fue de Aragón,

todos estos se preparan – para ir con el Campeador, e

igualmente los demás – todos cuantos allí son.

A Alvar Salvadórez – y Galindo el de Aragón,

a estos dos dejó ordenado – el Cid Campeador,
que le cuiden a Valencia – de alma y de corazón,

y que estén todos los otros – bajo el mando de ellos dos.

Las puertas del alcázar, - mío Cid lo ordenó

que de día ni de noche – a nadie se abriesen, no, que

dentro está su mujer – e hijas ambas a dos,

en las cuales tiene puestos – su alma y su corazón, y otras
dueñas que las sirven – a toda satisfacción; y prevenido

les deja – como prudente varón,

que del alcázar ninguna – salir pueda al exterior, hasta

tanto que retorne – el que en buen hora nació. Salieron de
Valencia, - pican de espuela el trotón.

Tanto caballo de armas, - lucido y buen corredor, Mío Cid

se los ha ganado, - que nadie se los donó. Ya se va para

las vistas – que con el Rey concertó. El Rey Don Alfonso
al sitio – un día antes llegó.

Quando vieron que venía – el buen Campeador,

a recibirle salieron – con muestras de grande honor. Así

que lo tuvo a ojo – el que en buen hora nació,

a todos los suyos – detenerse los mandó,

menos a estos caballeros – que amaba de corazón. Con

unos quince escogidos – al suelo se derribó, cual lo venía

pensando – el que en buen hora nació; las rodillas y las

manos – en tierra las hincó,

las hierbas del campo – con sus dientes las mordió,
llorando de los sus ojos - ¡tan grande gozo sintió!
Así gusta de humillarse – ante Alfonso su señor. De
aquesta guisa – a los pies se le echó.
El Rey Alfonso, al verle, - muy grande pesar sintió:
-“Levantaos en pie, - oh Cid Campeador,
besad las manos, - que los pies no;
si esto no hicieréis, - no tendréis mi amor”. Clavadas
las rodillas – se estaba el Campeador:
-“Por favor os pido, Rey, - como a natural señor, que
estando yo así, - me otorguéis vuestro amor, y que lo
oigan todos – cuantos aquí son”.
-“Eso haré yo, dijo el Rey, - de alma y de corazón. Aquí
os perdono, - y os devuelvo mi amor,
y acogida en todo el reino – desde hoy a
satisfacción”.
Habló mío Cid, - y dijo esta razón:
-“Gracias; yo lo recibo, - Alfonso mi señor.
A Dios del cielo primero – lo agradezco, y luego a vos,
y a estas mesnadas que están en derredor”.
Hincadas las rodillas, - las manos le besó;

levantóse en pie, y beso en la boca le dio.
Todos los demás de aquesto – tenían grato sabor, Pero
pesóle a Alvar Díaz, - y a Garci Ordoñez pesó. Habló mío
Cid, - y dijo esta razón:
-“Esto agradezco de veras – al Padre Criador, Pues
tengo ya la gracia – de Alfonso mi señor, De día y de
noche, - siempre me ayudará Dios.
Querría que fueseis mi huésped, - si a vos pluguiera, señor”.
Dijo el Rey: “No parece hoy de razón;
vos habéis llegado ahora, - y anoche vinimos nos,
por hoy seréis huésped mío, - Cid Campeador,
y mañana, sí, ya haremos – lo que más pluguiere a vos”.
Besóle la mano; - mío Cid lo aceptó.
Entonces ante él se inclinan – los Infantes de Carrión:
-“¡Os saludamos, oh Cid, - en buena nacistes vos!
Nosotros, cuando podemos, - miramos por nuestro pro”.
Respondióles mío Cid: - “Mándelo así el Criador”. Mío Cid
Ruy Díaz, - que en buen hora nació, durante aquél día fue
– huésped del Rey su señor; no se puede hartar de verle, -
tal le ama de corazón. Mirábale el Rey la barba, - que tan
pronto le creció; maravillanse del Cid – todos cuantos allí
son.

LECTOR 49

Pasó por fin aquel día, - tras él la noche cerró.
Otro día de mañana – luciente salía el sol,
el Campeador a los suyos – en justo pago mandó
que preparasen comida – para cuantos allí son;
de tal suerte los complace – mío Cid el Campeador,
que todos están alegres, - y concuerdan a una voz,
que desde hacía tres años – no habían comido mejor.
A otro día de mañana, - así como salió el sol,
el Obispo don Jerónimo – la misa les cantó;
al salir de la misa, - todos celebran reunión,
no lo retrasó el Rey, - esta plática empezó:
-“Oídmelos mis vasallos, - y el Conde y el Infanzón,
quiero poner un ruego – a mío Cid el Campeador;
ojalá Cristo disponga – que sea para su pro.
Vuestras dos hijas os pido, - doña Elvira y doña Sol,
Que se las deis por mujeres – a Infantes de Carrión.
Seméjame el casamiento – honroso y de mucho pro,
ellos os las piden, - y os lo recomiendo yo.

Que de una parte y de otra, - todos cuantos aquí son,
los míos como los vuestros, - agreguen su petición:
-“Dádnoslas mío Cid, - así os valga el Criador”.
-“¿Y si no son casaderas?, respondió el Campeador,
porque tienen poco tiempo, - y de días chicas son.
Tienen muy alto renombre, - los Infantes de Carrión,
igualan bien con mis hijas, - y hasta con otra mejor.
Yo entrambas las engendré, - y habéislas criado vos,
a vuestro servicio estamos–tanto ellas como yo; helas
, pues, en vuestra mano, doña Elvira y Doña Sol,
dadlas a quien vos quisieréis, que tranquilo quedo yo”
-“Gracias a toda esa corte, - dijo el Rey, y más a vos”.
Levantáronse al momento – los Infantes de Carrión,
Van a besarle las manos – al que en buen hora nació;
las espadas, ante el Rey, cambian con el Campeador.
Hablo el Rey don Alfonso – a guisa de buen señor:
-“Gracias Cid, por ser tan bueno, y primero al Criador,
pues dais vuestras hijas para–los Infantes de Carrión.
De aquí por mis manos tomo, a doña Elvira y doña Sol

y se las doy por esposas – a Infantes de Carrión.
Yo las caso a vuestras hijas, las caso con vuestro amor,
plegue al Criador que siempre – tengáis de ello buen sabor.
Ahí están en vuestras manos–los Infantes de Carrión,
con vos vayan desde ahora,-que de aquí me torno yo.
Trescientos marcos de plata,les entrego en donación,
que los gasten en sus bodas,-o donde quisiereis vos;
cuando en vuestro poder fueren, en Valencia la mayor,
lo mismo yernos que hijas, - todos vuestros hijos son;
lo que a vos mejor pluguiere, - haced de ellos,
Campeador”.
Mío Cid se los recibe, - y las manos le besó:
-“¡Mucho os lo agradezco, - como a mi Rey y señor!
Vos sois quien casa a mis hijas – que yo no se las doy, no”.
Dadas están las palabras, - las promesas dadas son,
que otro día de mañana, - en cuanto saliese el sol,

tornárase cada uno – al punto de do salió.
Grandes cosas hizo entonces–mío Cid el Campeador;
cuánta mula bien cebada, - t palafrén en sazón,
cuántas ricas vestiduras, - que son cosa de valor,
empezó a dar mío Cid – a quien su don aceptó;
lo que pide cada uno – a nadie dice que no.
Mío Cid, de los caballos, - sesenta en regalo dio.
Satisfechos de las vistas – quedan cuantos allí son;
por fin decides partirse, - que la noche ya cerró.
El Rey a los Infantes – de las manos les tomó,
y púsolos en poder de mío Cid Campeador:
-“Aquí tenéis vuestros hijos, ya que vuestros yernos son, -Ved desde hoy en adelante – qué hacéis de ellos, Campeador; que a vos sirven como padre, - y os guardan como señor”.
-“Yo os lo agradezco, oh Rey, - y recibo vuestro don;
Dios que está en el cielo, -os dé por ello buen galardón”.

LECTOR 50

-“Yo os pido ahora un favor – a vos, mi Rey natural:

Pues que vos casáis mis hijas, - como es vuestra voluntad,

nombrad tercero a quien darlas, cuando las toméis allá; no se las dará mi mano, - ni de ello se alabarán”

Respondió el Rey: “Alvar Fáñez,- aquí bien a punto está;

tomadlas con vuestras manos, - y a los Infantes casad,

como yo de aquí las tomo, - cual si allí pudiera estar;

sed vos el padrino de ellas – en el trance de velar,

y cuando so juntéis conmigo, -que me digáis la verdad”.

Dijo Alvar Fáñez: “Señor, - me place y así se hará”.

Todo esto se asentó, - sabedlo, con gran cuidado.

-“Ahora Rey Don Alfonso, - señor mío tan honrado, por estas vistas que hubimos, - de mi mano tomad algo.

Traígoos treinta palafrenes, - estos bien enjaezados,

y otros treinta de carrera, y estos muy bien ensillados; recibid aquesto, - y beso vuestras manos”.

El Rey Don Alfonso dijo: “Mucho me habéis abrumado.

Recibo este presente, - que me habéis entregado;

plegue el Criador – con todos los sus santos,

que este obsequio que me hacéis, - sea bien galardonado.

Mío Cid Ruy Díaz, - mucho me habéis honrado,

de vos estoy bien servido, - y satisfecho he quedado;

ojalá que, vivo siendo, - de mi mano tengáis algo.

En manos de Dios os pongo, - yo de estas vistas me parto.

Quiera Dios del cielo – llevarlo todo a buen cabo”.

En su caballo Babieca – el Cid se montó:

-“Aquí lo digo ante el Rey – Don Alfonso mi señor;

el que quiera ir a las bodas, - o recibir algún don,

desde aquí venga conmigo, - que le irá bien, creo yo”.

Ya se ha despedido el Cid – de Alfonso su señor,

No quiere que salga afuera, - allí al punto se apartó.
Era de ver caballeros, - que de buena andanza son,
Besar las manos a Alfonso, - decir a su Rey adiós:
-“Tomadlo vos a servicio, - y otorgarnos el perdón,
iremos con mío Cid – a Valencia la mayor,
estaremos en las bodas de Infantes de Carrión
y las hijas de mío Cid, - doña Elvira y doña Sol”.
Parecióle bien al Rey, - y a todos libres dejó;
crece la escolta del Cid, - cuanto la del Rey menguó,
muchas son las gentes – que van con el Campeador.
Encamínanse a Valencia, - la que en buen punto
ganó.
A Fernando y a Diego – en guarda se los dejó,
a Pedro Vermudoz – y a Muño Gustioz,
(en el séquito del Cid – no hay quien iguale a estos
dos),
porque supiesen las mañas – de Infantes de Carrión.
También va allí Asur González, - que era un tanto
bullidor,

y es algo largo de lengua, - pero de otras cosas no.
Grande es la honra que dan – a Infantes de Carrión.
Hételos en Valencia, - la que mío Cid ganó;
cuando a su vista llegaron, - el gozo fue mayor.
Dijo entonces mío Cid – a Pedro y Muño Gustioz:
-“Cuidad de darles albergue – a Infantes de Carrión,
y estad vosotros con ellos, porque así os lo mando yo
Cuando venga la mañana, - y apunte de pleno el sol,
irán a ver sus esposas – doña Elvira y doña Sol”.
Todos aquella noche - se fueron a sus posadas,
Mío Cid el Campeador - en el alcázar entraba;
Fue hacia él doña Jimena – y sus dos hijas
entrabas:
-“¿Volvéis ya Campeador? - ¡Con bien ceñiste
espada!
Muchos días os veamos – con los ojos de las caras”.
-“¡Gracias al criador, - vuelvo, mujer honrada!
Yernos os traigo a la par, - que nos darán honra y
fama;

Dadme gracias, hijas mías, - porque os tengo bien casadas”.

Besáronle las manos – la mujer y las hijas

Y todas las dueñas – de quien son servidas;

-“¡Gracias al Criador, - y a vos, Cid, barba cumplida!

Todo cuanto vos hacéis – es cosa de buena guisa.

No se verán ellas pobres – en todos vuestros días”.

-“Siendo vos el que nos casa, - en verdad seremos ricas”.

_”Mujer doña Jimena – loemos al Criador.

A vosotras digo, hijas, - doña Elvira y doña Sol,

que con este casamiento – la hacienda será mayor,

pero sabed en verdad – que no lo he fraguado yo;

os ha pedido y rogado – Don Alfonso mi señor,

y tan empeñadamente, - y de todo corazón,

que yo por ninguna cosa – supe decirle que no.

Yo os he entregado en sus manos, - mis hijas, ambas a dos;

Creédmelo por muy cierto,-que él os casa, más no yo.

LECTOR 51

Pensaron en adornar – sin perder tiempo el palacio, por el suelo y por arriba – ricamente entapizado; mucho de púrpura y seda, - y mucho precioso paño. Hubiéramos gustado estar, - y comer en el palacio. Todos sus caballeros – de prisa se han congregado. Por Infantes de Carrión – en aquél punto enviaron; montan luego los Infantes, - derechos van al palacio, con hermosas vestiduras, - y muy bien ataviados; a pie y con satisfacción, - ¡Dios, que serenos entraron!

Recibiólos mío Cid – con todos sus vasallos; ante él y su mujer – saludando se inclinaron, y fueron luego a sentarse – en un precioso escaño. Todos los de mío Cid – con prudencia están obrando, parando mientes están – en el que nació en buen hado.

El Campeador - en pie se ha levantado: -“Puesto que hacerlo tenemos, - ¿por qué andarlo retrasando?

Venid acá, Alvar Fáñez, - aquel que yo quiero y amo. Ahí tenéis a mis dos hijas,-póngolas en vuestra mano; vos sabéis bien como al Rey–así se lo hube otorgado, no quiero

faltarle en nada de cuanto está concertado, a Infantes de Carrión – dádselas con vuestra mano, y reciban bendiciones, - y vayamos despachando”. Entonces dijo Minaya: - “Eso haré y de buen grado”. Levantáronse de pie, - y púsolas en sus manos.

A Infantes de Carrión, - así Minaya está hablando: -“Delante estáis de Minaya, - ambos a dos sois hermanos.

Por mano del Rey Alfonso, -que me lo dejó mandado, os entrego yo estas dueñas, - entrambas son hijasdalgo, que las toméis por esposas, - para honra y con contrato”.

Ambos a dos las reciben – con amor y con agrado, a mío Cid y a su mujer – van a besarles la mano.

Cuando aquesto hubieron hecho, - saliéronse del palacio, Hacia Santa María – de prisa van caminando; el Obispo Don Jerónimo – revistióse apresurado, en la puerta de la iglesia – estábalos esperando; leyóles las bendiciones, - la misa les ha cantado. Al salir de la iglesia, - montaron presto a caballo,

A la glera de Valencia, - ciudad afuera, marcharon;
¡Dios! qué bien jugaron las armas – el Cid y sus
vasallos.
Tres caballos remudó – el en buen hora criado.
Mío Cid, de lo que veía – muy satisfecho ha quedado, los
Infantes de Carrión – bellamente han cabalgado.
Tornáronse con las dueñas, - en Valencia se han
entrado;
ricas fueron las bodas – en el alcázar honrado,
y mío Cid al otro día – hizo hincar siete tablados; antes de
entrar a almorzar, - todos siete los quebraron.
Quince días cumplidos – en las bodas duraron, pasados
los quince días, - ya se van los hijosdalgo. Mío Cid Don
Rodrigo, - el en buen hora criado, entre palafrenes, mulas
– y corredores caballos,
en bestias solo, sin más, - ciento lleva regalados, y
mantos y pellizones, - y otros vestidos por largo; no
fueron para contarse - los dineros acuñados.
Los vasallos de mío Cid, - así lo tienen trazado, Cada uno
por su cuenta – sus regalos habían dado.
Quien quiere tomar dinero, - bien puede llenar las
manos;

Ricos tornan a Castilla – los que a las bodas llegaron. Estos
que huéspedes fueron – ya se iban marchando, Diciendo
adiós a Ruy Díaz – el en buen hora criado,
y a todas las dueñas, - y a los hijosdalgo; satisfechos se
separan – de mío Cid y sus vasallos. Muy bien hablan de
ellos, - como era razonado.
Mucho estaban alegres – don Diego y don Fernando; estos
fueron hijos – del conde don Gonzalo.
Los huéspedes de las bodas – a Castilla se tornaron, y el Cid
con sus yernos – en Valencia se han quedado. Allí moran los
Infantes – muy cerca de dos años,
los obsequios que les hacen – eran mucho
extraordinarios.
Satisfecho estaba el Cid – y todos sus vasallos.
¡Ah!, plegue a Santa María – y también al Padre Santo,
que el Cid guste de estas bodas, - o el que las estimo en
algo.
Las coplas de este cantar – aquí se van acabando. El
Criador os valga – con todos sus santos.

LECTOR 52

CANTAR TERCERO

LA AFRENTA DE CORPES Y SU REPARACIÓN

En Valencia con los suyos, -estaba el Cid Campeador,
y con él ambos sus yernos, - los Infantes de Carrión.

Echóse sobre un escaño, - el Campeador se durmió,
cuando una mala sorpresa, - sabed, les aconteció:

Saliose de la jaula, - y desatose el león.

En grande miedo se vieron –los que en la corte cogió;
embrazan los mantos – los del Campeador,
cercan el escaño, y quédanse – en torno a su señor.

Ferrán González, - Infante de Carrión,

no vió allí do esconderse – cámara ni torreón;
metióse bajo el escaño, - ¡tan grande fue su pavor!

Diego González, el otro, - por la puerta se salió,

Diciendo de la su boca: - “¡No veré más Carrión!”.

Tras una viga lagar – metióse con gran temor,
el brial y el manto – todo sucio lo sacó.

En esto despertóse – el que en buen hora nació;
Vió que cercaba el escaño – tanto excelente varón:
-“Pues ¿qué es esto, mis mesnadas? - ¿qué queréis
en mi redor?”.

-“¡Ah!, señor honrado, - buen susto nos dio el león”.

Mío Cid apoyo el codo, - y de pie se levantó,
el manto rodea al cuello, - y fue derecho al león;
cuando el león le hubo visto, - como que se
avergonzó,

bajó ante el Cid la cabeza, - y en tierra el hocico
hincó.

Mío Cid Don Rodrigo – por el cuello lo tomó,
llévale como del diestro, - y en la jaula lo metió.

Por maravilla lo tienen – todos cuantos allí son.

Y a la corte del palacio – toda la gente volvió.

Mío Cid por sus dos yernos – preguntó y no los halló;
aunque los están llamando, - ellos no responden, no.

Cuando ya los encontraron, - vinieron tan sin color;
otra burla como aquella – en la corte no se vió;

mandólo en serio evitar – mío Cid el Campeador.
Por muy burlados se dieron – los Infantes de Carrión.
Fieramente les abruma – lo que les aconteció.
Mientras ellos así estaban, - y sentían gran pesar,
vienen fuerzas de Marruecos – para Valencia cercar;
en la llanura de Cuarto – fueron ellas a acampar,
de tiendas más principales – cincuenta mil se vió
hincar;
aqueste era el rey Búcar, - si le habéis oído nombrar.
Con todos sus varones – el Cid bien se alegró,
pues les crece la riqueza, - por gracia del Criador;
más de corazón lo sienten – los Infantes de Carrión,
pues ven tanta tienda mora, - y no les da buen sabor.
Entrambos a dos hermanos – aparte salidos son:
-“Miramos la ganancia, - pero a la pérdida no;
en esta batalla es fuerza – que hayamos de entrar los
dos;
esto viene preparado, - para no ver más a Carrión,
viudas se van a quedar – las hijas del Campeador”.

Oyóles este secreto – aquél Muño Gustioz,
vínose con estas nuevas – a mío Cid el Campeador:
“Ahí tenéis vuestros yernos-que de valientes que son,
en vez de entrar en batalla, -se acuerdan de su
Carrión.
Idlos a confortar, - así os valga el Criador,
que en paz queden, y no tengan – aquí participación.
Nosotros la venceremos, - y nos valdrá el Criador”.
Mío Cid Don Rodrigo, - sonriéndose salió:
-“Dios os guarde, yernos, - los Infantes de Carrión,
en brazos tenéis mis hijas, - tan limpias como está el
sol.
Yo suspiro por batallas, - y vosotros por Carrión,
holgad, holgad en Valencia – a todo vuestro sabor,
que de aquellos moros – ya me sé dar cuenta yo;
a derrotarlos me atrevo – con la ayuda del Criador”.

LECTOR 53

(En este punto faltan cincuenta versos. Se suplen con lo que se dice en la "Crónica de veinte Reyes", que lo había copiado del propio Cantar.)

Mientras ellos así platicaban, mandó el rey Búcar decir al Cid que le dejara Valencia y que se fuese en paz; si no, que le pagaría cuanto allí había hecho. El Cid respondió al que le había traído el recado: "Id a decir a Búcar, a ese hijo de enemigo, que antes de tres días le daré lo que pide".

Al día siguiente mandó el Cid armar a todos los suyos, y salió contra los moros. Los Infantes de Carrión pidiéronle entonces la delantera, y cuando el Cid tubo dispuestas sus haces,

Don Fernando, el uno de los Infantes, adelantóse para ir a acometer a un moro, que llamaban Aladraf. El moro cuando lo vió, fue a su vez contra él y el Infante, por el miedo que le tuvo, volvió la rienda y huyó, sin osar siquiera esperarle.

Pedro Vermudoz, que estaba a su vera, cuando vió aquello, lanzóse contra el moro, y lidió con él, y matólo.

Luego tomó el caballo del moro, y fuese en pos del Infante, que seguía huyendo, y Díjole: "Don Fernando, tomad esta caballo y decid a todos que vos matasteis al moro suyo era, que yo otorgaré tal como lo digáis"

El Infante respondió: "Don Pedro Vermudoz, mucho os agradezco lo que decís".

(Ahora sigue el Cantar.)

-“Ojalá vea la hora – de daros pago doblado”.

En amistosa compañía – los dos juntos han tornado; así lo, otorga don Pedro, - como se alaba Fernando. Complacióle a mío Cid – y a todos sus vasallos:

-“Todavía, si Dios quiere, - que es Padre que está en lo alto,

Estos mis dos yernos – buenos serán guerreando”.

Mientras esto van diciendo, - las gentes se van juntando,

y en la hueste de los moros – van los tambores

sonando.

Por maravilla lo habían – muchos de aquellos cristianos,

pues nunca lo habían visto, - porque eran recién llegados.

Aún les maravilla más – a don Diego y a don Fernando

por voto de ambos a dos – no habrían a esto llegado. Oíd lo que dijo entonces – el en buen hora criado:

-“¡Hola, Pedro Vermudoz, - el mi sobrino tan caro!

Que me cuides bien a don Diego, - y me cuides a Fernando,

Mis yernos ambos a dos, - la cosa que mucho amo, pues, Dios mediante, los moros – no quedarán en el campo”.

-“Y yo a vos os digo, Cid, - con estera caridad,

que hoy a mí los Infantes – por hayo no me tendrán; cuídelos el que quisiere, - que de ellos no me da más. Yo

delante con los míos – quiérolos ir a atacar,

vos con los vuestros tencos – firme en la zaga detrás; si algún peligro ocurriere, - bien me podréis ayudar”.

LECTOR 54

Aquí Minaya Alvar Fáñez – de esta suerte vino a hablar:

-“Oído, oh Cid, - el Campeador leal;

Esta batalla – el Criador nos la hará,

y vos, que como tan digno, - tenéis con él amistad.

Del lado que os pareciere, - mandádnoslos atacar,
el deber de cada uno – bien cumplido quedará.

Con Dios y vuestra ventura, - pronto lo hemos de probar”.

A esto dijo mío Cid: - “Esperemos algo más”.

El Obispo don Jerónimo, -ved cuan bien armado está.

Presentóse al Campeador – siempre con buen ademán:

-“Hoy os he dicho la misa – de la Santa Trinidad.

Si yo salí de mi tierra, - y a vos os vine a buscar,
fue por las ganas que tenía –de algunos moros matar;
mis Ordenes y mis manos – quisiéralas hoy honrar,
y en estas acometidas – el primero quiero estar.

En mi pendón traigo corzas, - que son armas de señal,

si a Dios pluguiese, - querríalas hoy probar,

para que mi corazón – pudiese tranquilo holgar,
y vos, oh mío Cid, - más contento de mí estar.

Si este favor no me hacéis, - de vos me quiero apartar”.

Dijo al punto mío Cid: - “Me place tal voluntad.

Moros tenéis a la vista, - podéis irlos a atacar,
nosotros de aquí veremos – cómo pelea el Abad”.

El Obispo don Jerónimo – a galope se arrancaba,
E íbalos a acometer – del campamento en la raya.

Por la su buena ventura, - y Dios que por él miraba,
de los primeros golpes – a dos moros mataba.

El astil se la ha quebrado, - y metió mano a la espada.

Esforzábase el Obispo, - ¡Dios, que bien lidiaba!

Con la lanza mató dos, - y otros cinco con la espada.

Pero los moros son muchos, - y en derredor le
cercaban;
dábanle grandes golpes, - mas no le quiebran las
armas.
El que en buen hora nació – sus ojos en él clavaba,
embarazó su escudo, - y abajó el asta,
picó de espuela a Babiaca, - el caballo que bien anda,
íbalos a acometer – de corazón y de alma.
En las primeras haces – el Campeador penetraba,
Siete moros derribó, - y cuatro de ellos mataba.
Plúgole a Dios, y con esto, - la victoria fue lograda.
Mío Cid con los suyos- al alcance se lanzaba.
Viérais quebrar tantas cuerdas, - y arrancarse las
estacas,
Y venir al suelo postes – de mucha labor preciada.
Los del Cid a los de Búcar – de entre las tiendas los
sacan.

LECTOR 55

Sácanlos de las tiendas, - al alcance les van; tanto
brazo con loriga – vierais allí cercenar,
tantas cabezas con yelmos – por aquel campo rodar,
caballos sin sus jinetes – por todas partes andar.
Siete miliarios cumplidos – los siguieron con afán. Mío
Cid al rey Búcar – alcance dándole va:
-“De allende la mar viniste, - toma, Búcar, para acá, con
el de la barba grande, - con el Cid te probarás, entrambos
nos besaremos, - pactaremos amistad”.
Respondió Búcar al Cid: - “Confunda Alá esta
amistad.
Espada tienen en mano, - y veóte espolear,
tal y como me parece, - la quieres en mí ensayar; mas si el
corcel no tropieza, - y conmigo en tierra da, no te juntarás
conmigo – hasta dentro de la mar”.
Pero mío cid respondió: - “Eso no será verdad”. Buen
caballo tiene Búcar, - y buenos saltos le da, Mas Babieca
el de mío Cid – alcance dándole está.
Alcanzole el Cid a Búcar – a tres brazas de la mar, levantó
arriba Colada, - gran golpe le hubo de dar; los rubíes del

yelmo – hízoselos saltar,
partióle el yelmo, y con eso, - separado lo demás, hasta
la cintura – la espada llegado ha.
Mató el Cid a Búcar, - el rey de allende la mar,
y ganó a Tizón, que vale – mil marcos de oro, y aún más.
Así venció esta batalla – grande y de maravillar. Aquí
se honro mío Cid, - y cuantos con él están. Con
aquellas ganancias ya se iban tornando; sabed, todos
de firme – saqueaban el campo.
Con el que nació en buen hora – a las tiendas son
llegados.
Mío Cid Ruy Díaz, - el Campeador afamado, empuñando
dos espadas, - que él apreciaba tanto, por entre la
matanza – venía apresurado,
con la cara descubierta, - y el almófar desatado, y
sobre el pelo la cofia, - replegada tanto cuanto.
Por todas partes sus vasallos van llegando; algo veía
mío Cid, - de que se estaba gozando, alzó sus ojos, -
mirando estaba a lo largo,
y vió como venían – por allí Diego y Fernando;
entrambos son hijos – del conde don Gonzalo.
Alegróse mío Cid, - sonriendo con agrado:

-“¿Venís vosotros, mis yernos? – hijos míos sois entrambos.

Ya sé yo que de lidiar – contentos habéis quedado; de vosotros a Carrión – llegarán buenos recados, de cómo al rey Búcar – le habemos derrotado.

Tal como yo en Dios confío, - y en todos los sus santos,

De aquesta victoria – buen sabor ha de quedarnos”.

Minaya Alvar Fáñez – en tal sazón es llegado, el escudo trae al cuello, - todo lleno de espadaos; los golpes de las lanzas – no había como contarlos; aquellos que se los dieron, - su intento no habían logrado.

Por el codo abajo trae – la sangre goteando; de veinte pasarían – los moros que ha matado:

-“¡Gracias a Dios, - Padre que está en lo alto, y a vos, oh Cid, - que nacisteis en buen hado!

Matásteis a Búcar, - y fuimos dueños del campo; todos estos bienes son – de vos y vuestros vasallos.

Y vuestros yernos aquí – bien valientes se han mostrado,

hartándose de lidiar – con los moros en el campo”. Dijo

mío Cid: “Ya mí – satisfecho me han dejado; cuando son buenos ahora, - después serán señalados”.

El Cid lo dijo por buenas, - mas ellos diéronlo a escarnio

Todo el botín de la lucha – en Valencia han allegado; alegre está mí Cid – con él todos sus vasallos, porque a la ración tocaban de plata seiscientos marcos.

Los yernos de mí Cid, - cuando tal caudal tomaron de aquesta victoria, - y lo tuvieron en salvo,

en los días de su vida – nunca empobrecer pensaron.

Fueron en Valencia – muy bien equipados, provisiones a sazón, - buenas pieles, buenos mantos. Muy mucho alegres se ven – mí Cid y sus vasallos.

LECTOR 56

Día grande fue en la corte – de mío Cid Campeador,
después que venció esta lucha, - y que al rey Búcar mató;
alzó la su mano, - de la barba se cogió:
-“Loado sea Cristo, - que del mundo es Señor,
como quiera que estoy viendo – lo que ver quería yo, lidiar a
mi lado en campo – mis yernos ambos a dos; buenas
noticias irán de mis hechos a Carrión,
cómo ellos quedan honrados, - y que nos darán gran pro”.
Extremas son las ganancias – que todos han logrado; lo uno
les pertenece, - lo otro lo tienen a salvo.
Mandó mío Cid, - el en buen hora criado, de
esta batalla que han ganado,
que todos recibiesen – su derecho exacto,
y el quinto de mío Cid, - que no fuese olvidado. Así
lo hacen todos – como prudentes vasallos.
En caballos de su quinto – seiscientos al Cid tocaron,
y acémilas y camellos – en número extraordinario. Tantos
y tantos son, - que no pueden ser contados. Todas estas
ganancias – hizo el Campeador:
-“¡Dios sea bendecido, - que del mundo es Señor!

Antes estaba pobre, - pero ahora rico soy,
pues tengo caudal y tierra – y oro y feudos de valor, y son
yernos míos – los Infantes de Carrión;
venzo en las batallas, - como place al Criador,
moros y cristianos – de mí tienen gran pavor.
Allá dentro de Marruecos, - donde las mezquitas son, que
se verán asaltados – una noche a lo mejor,
ellos sí que se lo temen, - más yo no lo pienso, no; no me
los iré a buscar; - que en Valencia estaré yo,
y ellos me pagarán parias – con la ayuda del Criador,
ya me las paguen a mí, - o a quien me venga en
sabor”.
Grandes son las alegrías – en Valencia la mayor, de todas
las mesnadas – de mío Cid el Campeador, por aquesta
victoria, - que alcanzaron con valor.
De entrambos a dos sus yernos, - los gozos muy grandes
son;
valores de cinco mil marcos – lograron ambos a dos;
mucho se tienen por ricos – los Infantes de Carrión. A la
corte se vinieron – ellos y otros en unión,
don Jerónimo el Obispo – allí con el Cid se halló, y el

valiente Alvar Fáñez, - caballero lidiador,
y otros muchos que consigo – ha criado el
Campeador.

Cuando se vinieron a entrar – los Infantes de Carrión, fue a
recibirlos Minaya – por mío Cid Campeador:

-“Venid acá, mis parientes, - que más valemus por vos”.

Tan pronto como llegaron, - alegrose el Campeador:

—“Aquí tenéis, yernos míos, - a la mi mujer de pro,
y a mis dos hijas aquestas, - doña Elvira y Doña Sol; que os
abracen con cariño, - y os sirvan de corazón. Gracias a
Santa María, - Madre de nuestro Señor,
de estos buenos casamientos – vosotros tendréis
honor.

Buenas noticias irán – a las tierras de Carrión”.

Respondiendo a estas palabras, - habló el Infante
Fernando:

-“Gracias al Criador – y a vos, Cid afamado,

Tan grande caudal tenemos, - que no puede ser
contado.

Por vos tenemos honra, - por vos hemos lidiado, vencimos a
los moros – en campo abierto, y matamos a aquel rey

Búcar, - aquel traidor redomado.

Cuidaos vos de otras cosas, - que lo nuestro ya está en
salvo”.

Los vasallos de mío Cid – sonreíanse, buscando
quien al alcance había ido, - quien mejor había
lidiado,

mas entre ellos no encontraban – ni a don Diego ni a
Fernando.

Por estas bromas de burlas, - que se andaban
levantando,

Y los días y la noches, - los iban avergonzando,

Ambos a dos los Infantes – muy mal acuerdo
fraguaron.

Aparte los dos salieron, - en verdad que son
hermanos;

no hayamos parte nosotros – de esto que ellos
platicaron:

-“Vámonos para Carrión, - ya estamos aquí
tardando.

Los caudales que tenemos – grandes son y
extraordinarios,

mientras nos dure la vida, - no hemos de poder
gastarlos.

LECTOR 57

-“Pidamos nuestras mujeres – a mío Cid Campeador, para llevarlas, diremos, - a las tierras de Carrión, que hemos de enseñarlas dónde – tienen su hacienda las dos.

Saquémoslas de Valencia, - de manos del Campeador;

luego, en el camino, haremos – lo que nos venga en sabor,

antes de que nos recuerden – el suceso del león.

¡Nosotros somos linaje – de los condes de Carrión! Gran riqueza llevaremos, - de muy subido valor; vamos pues, a escarnecer – las hijas del Campeador.

Con tal caudal, hombres ricos – siempre seremos los dos, podremos casar con hijas – de Rey o de Emperador, porque somos de linaje – de los condes de Carrión.

Escarneceremos, pues, - las hijas del Campeador, antes de que nos recuerden – el suceso del león”.

Con semejante propósito – entrambos tornados son. A la corte hizo callar – Ferrán González, y habló:

-“¡Que el Criador os valga, - oh Cid Campeador! Tenga a bien doña Jimena, - y primero que ella, vos, y Minaya Alvar

Fáñez, - y todos los que aquí son,

de darnos nuestras mujeres, - que habemos con bendición;

las llevaremos que vean – nuestras tierras de Carrión, de las arras que les dimos, - que tomen ya posesión;

verán allí vuestras hijas – las tierras que nuestras son, los hijos que nos nacieren, - en qué tendrán partición”.

No sospechaba de afrenta – mío Cid el Campeador:

-“Con gusto os daré mis hijas, - y de lo mío algún don; villas disteis por arras – allá en tierras de Carrión, yo por ajuar quiero darlas – tres mil marcos de valor; mulas daré, y palafrenes – lucidos y de vigor,

y caballos para en diestro, - fuertes y de andar veloz, y muchos buenos vestidos, - de paño y de ciclatón. Voy a

daros dos espadas, - la Colada y la Tizón, bien sabéis que las gané – lidiando como varón;

hijos míos sois entrambos, - ya que ellas mis hijas son, allá me lleváis con ellas – las telas del corazón. Que lo sepan en Galicia, - y en Castilla y en León, con qué riquezas envío – mis yernos ambos a dos.

A mis hijas bien servidlas, - que mujeres vuestras son,

si bien las servís, sabedlo, - yo os daré buen galardón".

Otorgado han todo esto – los Infantes de Carrión. Aquí toman a su cuenta – las hijas del Campeador, y empiezan a recibir – lo que mío Cid mandó.

Cuando está ya satisfechos – a todo su sabor, mandaron cargar deprisa – los Infantes de Carrión. Gran movimiento se advierte – por Valencia la Mayor, todos se visten sus armas, - y cabalgan con vigor,

por despedir a las hijas – del Cid, que van a Carrión.

A punto están de montar, - ya han dicho a todos adiós.

Ambas hermanas, - doña Elvira y doña Sol, hincáronse de rodillas – delante del Campeador:

-“Merced os pedimos, padre, - así os valga el Criador.

Vos nos habéis engendrado, - nuestra madre nos parió, entrambos estáis presentes, - señora y señor.

Ahora nos enviáis – a las tierras de Carrión, es deber nuestro cumplir – lo que nos mandareis vos, pero a favor os pedimos – nosotras ambas a dos, que no os falten confidentes – allá en tierras de Carrión”.

Mío Cid abrazó a entrambas, - y en la boca las besó. Esto hizo él como padre, - mas la madre lo doblaba:

-“¡Id, hijas mías, con Dios, - y que el Criador os valga! De mí y de vuestro padre – segura tenéis la gracia.

Idos, pues, para Carrión, - donde tenéis heredades, que, tal como yo pienso, - bien os tengo casadas”. Al padre y a la madre – las manos les besaban; entrambos las bendijeron, - y diéronlas su gracia. Mío Cid y los demás – a montar se preparaban, con magníficos vestidos, - con caballos y con armas. Ya salían los Infantes – de Valencia la clara, diciendo adiós a las dueñas, - y amigos que allí dejaban.

Por la huerta de Valencia – salían jugando armas; Alegre iba mío Cid – con los que a su vera estaban.

Vió entonces los agüeros – el que en buen hora ciño espada,

Como aquellos madirajes – no serían sin su tacha.

Ya no puede arrepentirse, porque ambas están casadas.

LECTOR 58

-“¿Dónde estás, sobrino mío, - tú, Félez Muñoz?
Primo eres de mis hijas – de alma y de corazón.
Mándote vayas con ellas – hasta dentro de Carrión,
Porque veas las haciendas – que a mis hijas dadas
son;
Con la nuevas que supieres, - volverás al
Campeador”.
Dijo Félez Muñoz: “Pláceme – de alma y de corazón”.
Minaya Alvar Fáñez – ante mío Cid se paró:
-“Volvamos ya, oh Cid, - a Valencia la mayor,
Que, si a Dios pluguiere, - nuestro Padre Criador,
hemos de ir a visitarlas – en sus tierras de Carrión.
A Dios os encomendamos, - doña Elvira y doña Sol,
cuidad de hacer tales cosas, - que nos den
satisfacción”.
Y respondieron los yernos: - “¡Así lo mande Dios!”.
Grandes fueron los quebrantos – en la separación;
El padre con las hijas – lloraban de corazón,

tal hacían los guerreros – de mío Cid Campeador.
-“¡Escúchame, sobrino, - tú Félez Muñoz!
Por Molina iréis, y allí – una noche haréis mansión;
besad de paz a mi amigo, - el moro Abengalbón,
que reciba a los mis yernos, - como él pudiere mejor.
Dile que envío mis hijas – allá a tierras de Carrión,
lo que menester hubieren – sírvaselo a su sabor,
y que desde allí a Medina, - las escolte por mi amor;
que yo, por cuanto él hiciere, - le daré buen
galardón”.
Como la uña de la carne, - desgarrados ellos son.
Ya tornó para Valencia – el que en buen hora nació.
Deciden seguir su marcha – los Infantes de Carrión;
hacen en Santa María – de Albarracín detención,
apresuran cuanto pueden – los Infantes de Carrión;
hélos en Molina ya, - con el moro Abengalbón.
Al moro, cuando lo supo, - plúgole de corazón,
y con grandes alborozos – a recibirlos salió.
De todo cuanto quisieron, - ¡Dios!, que bien los sirvió.

Otro día de mañana – a par de ellos cabalgó,
con doscientos caballeros – acompañarles mandó;
iban a pasar los montes, - los que dicen de Luzón,
traspusieron Arbujuelo, - y llegaron al Jalón,
do dicen Ansarera, - y allí hicieron detención.
A las hijas del Cid – el moro regalos dio,
y sendos buenos caballos – para Infantes de Carrión;
todo esto, les hizo el moro – por amor del
Campeador.
Al ver ellos la riqueza, - que el moro a plaza sacó,
el uno y el otro hermano – fraguaron esta traición:
-“Pues vamos a abandonar – las hijas del
Campeador,
si matar ahora pudiésemos – a este moro
Abengalbón,
cuanta riqueza él se tiene, - sería para los dos.
Tan en salvo la pondríamos, - como está lo de
Carrión;
nunca tendría en nosotros – derecho el Cid
Campeador”.

Mientras aquesta falsía – tramaban los de Carrión,
un moro de los que saben – romance, bien se lo oyó,
no lo mantuvo en secreto, - díjosele a Abengalbón:
-“Guárdate de estos, alcaide, - porque tu eres mi
señor;
tu muerte oí que fraguaban – los Infantes de Carrión”.
Aquel moro Abengalbón – muy buen mozo era en
verdad,
con los doscientos que tiene – se disponía a marchar;
paróse ante los Infantes, - cuando armas jugando va,
lo que a los Infantes dijo – el moro, sábeles mal:
-“Si no hubiera de dejarlo – por mío Cid el de Vivar,
tal escarmiento os daría, - que en el mundo iba a
sonar;
luego sus hijas llevara – a aquel Campeador leal,
mas vosotros en Carrión – no entraríais jamás”.

LECTOR 59

-“¿Decidme, que es lo que os hice, - los Infantes de Carrión?

Sirviéndoos yo sin engaño, - mi muerte urdisteis los dos.

Como a malos y traidores – aquí mismo os dejo yo.

Quiero irme con vuestra gracia, - doña Elvira y doña Sol;
en poco estimo el renombre – de los nobles de Carrión.

Dios lo quiera, Dios lo mande, - ya que del mundo es Señor,
que de aqueste casamiento – saque gozo el Campeador”.

Esto les ha dicho, - y el moro se tornó;

las armas iba jugando, - al traspasar del Jalón; como
hombre de buen sentido, - a Molina se volvió. Movieron del
Ansarera – los Infantes de Carrión, día y noche hacen
camino – sin ninguna detención.

Dejan Atienza a la izquierda – sobre un abrupto
peñón,

la sierra de Miedes – pasáronla a tal razón,

al cruzar los Montes Claros, - espolean el trotón;

a su izquierda queda Griza, - la que Álamos pobló, aun se
ven allí las cuevas – en donde a Elfa encerró, San Esteban

algo lejos, - a su derecha quedó.

En el robledo de Corpes – entraron al espesor,

sus ramas tocan las nubes, - que los montes altos son,
y fieros los animales, - que vagan en derredor. Un vergel

con limpia fuente – a ojo se les ofreció,

allí mandan hincar tiendas – los Infantes de Carrión,

y allí posan esa noche – con los que a su vera son;

con sus mujeres en brazos, - las están mostrando amor;

¡oh!, que mal se lo cumplieron, cuando apuntaba ya el sol.

Mandan cargar las acémilas – con riquezas a montón,
la tienda tienen cogida, - que de noche les cubrió,

andando iban por delante – los que en casa el Cid crió;

así lo hubieran mandado – los Infantes de Carrión, que

ninguno allí quedara, - de mujer ni de varón,

sino entrambas sus mujeres – doña Elvira y doña Sol;

holgarse quieren con ellas – a toda satisfacción.

Todos habían partido, - solos ellos cuatro son,

Tan grande mal meditaron – los Infantes de Carrión:

-“Aunque os extrañe, creedlo, - doña Elvira y doña Sol,

seréis aquí escarnecidas – en este fiero espesor. Hoy

vamos a separarnos, - dejadas seréis las dos, no tendréis

parte ninguna – en las vegas de Carrión. Estas noticias irán

– hasta el Cid Campeador,
tal será nuestra venganza – por aquello del león". Allí
violentos las quitan – el manto y el pellizón,
y las dejan solo en talle, - con camisa y ciclatón. Espuelas
tienen calzadas – los de mal pecho traidor,
toman en mano las cinchas, - que fuertes y duras son.
Cuando esto vieron las dueñas, - así hablaba doña Sol:
-“¡Ah, don Diego y don Fernando, - os lo pedimos por Dios!
Dos espadas tenéis fuertes – y de filo tajador,
a una la llaman Colada, - y a otra la llaman Tizón,
cortadnos, pues, las cabezas, - daréis martirio a las dos.
Entre moros y cristianos – cundirá esta sinrazón, que, por
lo que merecemos, - no lo recibimos, no. No cometáis con
nosotras – tan vituperable acción,
que, si a nosotras majareis, - será en vuestro
deshonor,
y sea en vistas o en cortes, - os harán reclamación”. Lo que
rogaron las dueñas – nada les aprovechó.
Al punto empiezan a darlas – los Infantes de Carrión; con las
cinchas corredizas – májanlas tan sin honor, con las espuelas
agudas, - que las causan gran dolor,

rompíanles las camisas, - y las carnes a las dos; limpia
salía la sangre, - empapando el ciclatón.
Harto que lo sienten ellas dentro de su corazón.
¡Qué ventura sería esta, - si pluguiese al Criador,
que asomase allí a tal punto – mío Cid el Campeador! Tanto,
tanto las majaron, - que ya no tienen vigor,
la camisa echando sangre, - y empapado el ciclatón.
Cansados están de herir – los Infantes de Carrión, yendo
entrambos a la puja, - quién dará golpe mayor. Ya no pueden
hablar – doña Elvira y doña Sol;
en el robledo de Corpes – por muertas dejadas son.

LECTOR 60

Lleváronles los mantos, - y las pieles armiñas,
y las dejan desmayadas, - en briales y en camisas, para
las aves del monte, - para las bestias malignas.
Por muertas las han dejado, - sabedlo, que no por vivas.
¡Qué ventura, si a tal tiempo – asomase el Cid Ruy Díaz!
Los Infantes de Carrión – por muertas las han dejado,
tales, que la una a la otra – palabra no se han
hablado.
Por los montes do pasaban, - ellos íbanse alabando:
-“De nuestros casamientos – ahora quedamos
vengados.
Ni de mancebas nos iban, - si no fuéramos rogados,
pues no eran iguales nuestras – para mujeres en
brazos.
La ofensa del león – así la iremos vengando”.
Alabándose marchaban – los Infantes de Carrión,
mas yo voy a deciros – de aquél Félez Muñoz,
aquél que era sobrino – del Cid Campeador.
Mandáronle seguir por delante, - pero a disgusto
partió;
cuando iba por el camino, - dióle un vuelco el

corazón,
de todos los demás – aparte se separó,
en un monte espeso – metióse Félez Muñoz, hasta
que viese venir – sus primas ambas a dos,
o supiera lo que han hecho – los Infantes de Carrión. Ya
los oyó venir a estos, - y oyó su conversación; ellos a él no
le veían, - ni barruntaban su acción, sabed bien que, si le
vieran, - no escapara vivo, no.
Aléjanse los Infantes, - y espolean el trotón,
por el rastro de sus huellas – volvióse Félez Muñoz, y
halló a sus primas amortecidas las dos.
Gritando “¡primas, mis primas”, - aprisa descabalgó, de la
rienda ató el caballo, - y hasta ellas se llegó:
-“¡Ea, primas, las mis primas, - doña Elvira y doña Sol,
Valiente proeza han hecho – los Infantes de Carrión!
Plegue a Dios que ellos reciban – de aquesto mal
galardón!”.
Ya las va volviendo en sí – a ellas ambas a dos,
mas no pueden decir nada, - tan traspuestas las halló.
Partiéronsele las telas – de dentro del corazón,
gritando: “¡Primas, mis primas, - doña Elvira y doña Sol!
Despertad, primas del alma, - por amor del Criador,

mientras es de día claro, - antes que se ponga el sol,
no nos coman bestias fieras – del monte en este
espesor”.

Poco a poco van volviendo – doña Elvira y doña Sol,
abrieron por fin los ojos, - y ven a Félez Muñoz.

-“¡Cobrad fuerzas, las mis primas, - por amor del
Criador!

Que, cuando en falta me echaren – los Infantes de
Carrión,
a toda prisa – seré buscado yo;
aquí habremos de morir, - si no nos ayuda Dios”. Con
el mayor quebranto – hablaba doña Sol:

-“Que os lo pague, primo mío, - nuestro padre el
Campeador,
dadnos un poco de agua, - ¡así os valga el Criador!”. Al
punto con un sombrero, - que tiene Félez Muñoz, que
nuevo y sin estrenar, - de Valencia le sacó,
fue cogiendo agua en su copa, - y a sus primas se lo dio;
mucho están desfallecidas, - pero a entrambas las
sació.

Tanto porfió con ellas, - hasta que las asentó.
Válas confortando, y válas – reanimando el corazón,
hasta que sienten ya fuerzas, - y a entrambas a dos tomó,

y sin perder un instante, - a caballo las montó; con
su propio manto – a entrambas las cubrió,
tomó el caballo del diestro, - y a prisa de allí partió. Por los
robleado de Corpes, - solos sí, mas no de Dios,
entre noche y entre día – salieron del espesor; a las
aguas del Duero – por fin arribados son, en Torre de
doña Urraca – unas horas las dejó.

Mientras tanto a San Esteban – se vino Félez Muñoz;
con Diego Téllez, que fue – de Alvar Fáñez, se
encontró.

Quando este oyó su relato, - dolióle de corazón;
preparó cabalgaduras, - y vestidos de valor,
y fue a recoger a entrambas – doña Elvira y doña Sol.
Dentro de San Esteban – Diego Téllez las metió,
todo lo mejor que puede – en la ciudad las honró.

Las gentes de San Esteban – siempre comedidas son,
a sí que supieron esto, - pesóles de corazón;
a las hijas de mío Cid – dan tributo de infurción. Allí
estuvieron ellas, - hasta que curadas son.

LECTOR 61

Alabándose seguían – los Infantes de Carrión.

Por todas aquellas tierras – las nuevas sabidas son; al buen Rey
Don Alfonso – de corazón le pesó.

Llegan aquestas noticias – a Valencia la mayor; cuando se lo
dicen – a mío Cid Campeador,
un gran espacio de tiempo – pensó y meditó; alzó la su mano, - de
la barba se cogió:

-“¡Loado sea Cristo, - que del mundo, es Señor,

Porque tal honra me han dado – los Infantes de Carrión!

Por aquesta barba, - que nadie la mesó,

no se saldrán con ella – los Infantes de Carrión, que a mis hijas –
bien las casaré yo”.

A mío Cid y a su corte – grandemente les dolió,

Y lo mismo a Alvar Fáñez – de alma y de corazón. Montó a caballo
Minaya; - con él Pedro Vermudoz, y Martín Antolínez, - el burgalés
de pro,

más doscientos caballeros, - los que mío Cid designó;
que anduvieran día y noche, - seriamente les mandó, y le trajesen
sus hijas – a Valencia la mayor.

No lo retrasan un punto – la orden de su señor, sueltan de prisa la

rienda, - andan de noche y con sol, vinieron hasta Gormaz, -
castillo fuerte, si hay dos, allí tan solo una noche – la comitiva
albergó.

A San Esteban – la noticia llegó,

que por sus primas venía – Minaya entrambas a dos.

Los hombres de San Esteban, - como hombres que eran
de pro,

a Minaya y sus varones – los reciben con honor; aquella
noche a Minaya – le llevan grande infurción, él no lo quiso
tomar, - mas mucho lo agradeció:

-“Gracias, los de San Esteban, - que sabéis de
discreción,

por la honra que os habéis hecho – en esto que nos pasó;
mucho, do está, os lo agradece – mío Cid el
Campeador,

y lo mismo hago también – aquí entre vosotros yo. Quiera
Dios del cielo daros – por ello buen galardón”.

Agradécenselo todos, - y muestran satisfacción;

a descansar esa noche – cada uno a casa marchó. A
visitar a sus primas, - Minaya se dirigió,

en él clavaron sus ojos – doña Elvira y doña Sol:

-“Tanto nos complace veros, - como al mismo Criador,

Y vos a él agradecedle – que estemos vivas las dos. En los días de reposo – en Valencia la mayor, os iremos dando cuenta – de toda nuestra aflicción”. Las dueñas y Alvar Fáñez – echáronse a llorar, y Pedro Vermudoz – así les vino a hablar: -“Doña Sol y doña Elvira – no tengáis cuidado ya, Pues que vivas estáis ambas, - y sanas sin mayor mal. Buen casamiento perdisteis, - mejor lo podréis ganar. Ojalá veamos día, - en que os podamos vengar”. Descansan allí esa noche, - con gozo muy singular. Otro día de mañana – pónense de nuevo a andar. Los hombres de San Esteban – a acompañarlos se van Hasta Río de Amor, - dándoles solaz; del lado de allá se despiden, - pues piensan ya retornar, y Minaya con las dueñas – camino adelante va. Alcoceba han traspasado, - queda a la diestra Gormaz, do dicen Bado de Rey, - por allá iban a pasar, en la ciudad de Berlanga, - posada tomado han, otro día de mañana – pónense de nuevo a andar a la que dicen Medina, - allá fueron a albergar, y de Medina a Molina – al día siguiente van. Al

moro Abengalbón plácele muy de verdad, salió al punto a recibirlos – con la mayor voluntad, por amor de mío Cid, - muy rica cena les da. Desde allí para Valencia – en derechura se van. Al que en buen hora nació – la nueva fueron a dar, monta a caballo deprisa, - y sale él mismo a esterar; las armas iba jugando, - de alegría que le da. Mío Cid a sus hijas – íbalas a abrazar, besándolas a entrambas, - sonreía sin cesar: -“¿Venís vosotras, mis hijas? – ¡que Dios os guarde de mal! Yo acepte aquél casamiento, - pues no lo osé contrariar. Plegue al Criador, - que en el cielo está, Que de aquí en adelante – mejor os pueda casar. ¡De mis yernos de Carrión – Dios quiera hacerme vengar!”. Las hijas a su padre – la mano van a besar. Las armas iban jugando, - entráronse en la ciudad, Doña Jimena, su madre, - gran gozo mostró al llegar. El que en buen hora nació – no lo quiso retardar, en secreto con los suyos – consejo tomado ha, a Alfonso Rey de Castilla – mensaje pensó enviar.

LECTOR 62

-“Muño Gustioz, ¿dónde estás, - vasallo mío de pro?
¡En buen hora en mi corte – de joven te crié yo!
A Castilla, al Rey Alfonso, - lleva esta proposición; bésale
por mí la mano, - de alma y de corazón, porque vasallo soy
suyo, - y él es para mí señor,
de esta afrenta que me han hecho – los Infantes de
Carrión,
que le pese a aquél buen Rey –de alma y de corazón. El fue
quien casó a mis hijas,- que yo no se las dí, no; y pues que
las han dejado,- con tan grande deshonor, si deshonra en
ello cabe – alguna en contra de nos, la poca como la mucha,
- toda es contra mi señor.
Mis caudales me han llevado – con lo cuantiosos que son;
eso me duele también – junto al otro deshonor.
Que a vistas, juntas, o cortes, - los traiga ante mí a los
dos,
Para que use mi derecho – contra Infantes de
Carrión,
Porque es muy grande la pena – dentro de mi
corazón”.
Muño Gustioz, por oírlo, - en su caballo montó, y con

él dos caballeros, - que le sirven a sabor,
más de escuderos algunos – de aquellos que el Cid crió.
Ya salieron de Valencia, - y andan a paso veloz, ni de
día ni de noche, - reposo dan a su ardor.
Al Rey Don Alfonso – en Sahagún lo encontró; Rey
es de Castilla, - y Rey es de León,
y Rey de las Asturias, - como de San Salvador,
hasta dentro de Santiago – de todo es señor,
y los condes de Galicia – a él rinden sumisión. Así
que descabalgá – aquél Muño Gustioz,
fue a postrarse ante los santos, - y a rogar al Criador; luego
al palacio do estaba – la corte, se dirigió,
y con él los caballeros, - que le escoltan cual señor.
Por en medio de la corte – cuando entran con
decisión,
viólos el Rey, y enseguida – conoció a Muño Gustioz.
Recibiólos con gran honra, - en pie el Rey se levantó.
Delante del Rey Alfonso – ambas rodillas hincó, besábale
los pies – aquél Muño Gustioz:
-“¡Favor, Rey; en anchos reinos – a vos llaman señor! Los
pies y las manos – os besa el Campeador,
el es vuestro vasallo, - y vos sois su señor.

Vos casasteis sus hijas – con Infantes de Carrión, alto fue
aquél casamiento, - porque lo quisisteis vos. Ya conocéis
bien la honra, - que de allí se nos siguió, cómo nos han
afrentado – los Infantes de Carrión;
han maltratado a las hijas – de mío Cid el
Campeador;
azotadas y desnudas, - con tan grande deshonor, en el
Robledo de Corpes – quedaron sin protección, expuestas
a fieras y aves – del monte en el espesor. He aquí que ya
a sus hijas – a Valencia las llevó.

Por eso os besa las manos, - como vasallo a señor,
Que en vistas juntas o cortes, - le presentéis a los dos;
él se da por deshonrado, - pero la vuestra es mayor,
y que os duela de ello, oh Rey, - puesto que sois
sabedor;
que use mío Cid derecho – contra Infantes de
Carrión”.

Un gran espacio de tiempo – el Rey calló y meditó:
_”Verdad te digo, si digo – que me llega al corazón; y
verdad dices en esto – tú Muño Gustioz,
porque yo casé sus hijas – con Infantes de Carrión; pero
yo hícelo por bien, - para que fuese en su pro.

¡Siquiera tal casamiento – se hubiese agostado en flor!
Tanto a mí, como a mío Cid, - pésanos de corazón.
¡Ayudarle he en su derecho, - así me salve el Criador!
Aunque no pensaba hacerlo – en este tiempo y
sazón,
mis porteros andarán – todo mi reino en redor;
corte mía allá en Toledo – convocarán a pregón, para
que vayan a ella – el Conde y el Infanzón;
y mandaré que allí vayan – los Infantes de Carrión, y que
le den su derecho – a mío Cid Campeador,
y que no tenga más pena, - pudiéndolo evitar yo.

LECTOR 63

-“Decidle al Campeador,-que en buen hora fue criado,
que de hoy en siete semanas – se apreste con sus
vasallos,

y que me venga a Toledo; - esto le asigno de plazo.

Por amor de mío Cid – esta corte he convocado.

Saludádmelos a todos, - que se vayan solazando;

de esto que les sucedió - aún quedarán muy
honrados”.

Muño Gustioz despidióse, - y a mío Cid se ha
tornado.

Tal y como lo, hubo dicho, - de su cuenta fue el
cuidado;

no lo detiene por nada – Don Alfonso el Castellano,

sus cartas al punto envía – para León y Santiago,

para los de Portugal, - y gallegos comarcanos,

y para los de Carrión, - y varones castellanos,

que hacía corte en Toledo – aquél Rey tan honrado,

dentro de siete semanas – que allí estuviesen

juntados;

quien no viniese a la corte, - no fuese más su vasallo.

Por todas las tierras suyas – así lo iban pregonando,

Que no faltase ninguno – a por lo el Rey mandado.

Ya van sintiendo pesar – los Infantes de Carrión

porque el Rey en Toledo – a cortes convocó;

tienen miedo de que allá – vendrá mío Cid

Campeador.

Toman en junto su acuerdo – cuantos deudos allí
son,

al Rey piden que los libre – de asistir a la reunión.

El Rey dijo: "No lo haré; - ¡y que así me salve Dios!

Que allí vendrá de seguro – mío Cid el Campeador;

pues de vosotros ha queja, -darle habéis satisfacción.

Quien hacerlo no quisiere, - o no acuda a la reunión,

que abandone este mi reino, - que de él no me

agrado yo”.

Ya lo vieron qué ha de hacerse – los Infantes de
Carrión,

toman en junto su acuerdo – cuantos deudos allí son;

el conde don García – en estas nuevas se halló,
enemigo de mío Cid, - a quien mal siempre buscó,
de este tomaron consejo – los Infantes de Carrión.
Llegaba el plazo, y querían – acudir a la reunión;
con los primeros va el Rey – Don Alfonso de León,
y el conde don Enrique, - y el conde don Ramón,
(aqueste fue padre – del buen Emperador),
Y el conde don Fruela, - y el conde don Birbón.
Muchos otros allí fueron, - sabios en legislación,
de toda Castilla – todo lo mejor.
El conde don García, - el Crespo de Grañón,
y Alvar Díaz, - el que Oca mandó,
y Asur González, - y de los Ansúrez dos;
Gonzalo y Pedro, sabedlo, - fueron a aquella reunión,
y también Diego y Fernando – están allí ambos a dos,
con gran bando, que a la corte – se trajeron en redór;
maquinan atropellarle – a mío Cid el Campeador.
De todas partes hay gente, - que en Toledo se juntó.
No había llegado aún – el que en buen hora nació,

Porque se está retrasando, - el Rey siente desazón.
A los cinco días llega – mío cid el Campeador;
a Alvar Fáñez – por delante le mandó,
a que besase las manos – de Alfonso Rey su señor,
y que esa noche llegaba, - le hiciera ser sabedor.
Cuando lo oyó el Rey – plúgole de corazón;
con mucha de su gente – a caballo el Rey montó,
y salióse a recibir – al que en buen hora nació.
El Cid, con todos los suyos, - trae gran presentación,
Lucido acompañamiento, - que así tiene tal señor.
Cuando al buen Rey Don Alfonso– a ojo se le ofreció,
echó pie a tierra – mío Cid el Campeador;
humillarse quiere él, - y dar honra a su señor.
Así que el Rey le hubo visto, - por nada lo retardó:
-“¡Válgame san Isidoro, – no será eso verdad, no!
Montad, Cid, que de otra suerte –me daríais desazón;
con alma y vida en la boca – nos besaremos los dos;
de lo mismo que a vos duele, - se duele mi corazón.

Quiera Dios que esta mi corte – hoy quede honrada por vos”.

-“Amén”, dijo el Cid, - el buen Campeador.

Besóle en la mano, y luego – en la boca le besó:

-“Gracias a Dios porque os veo, - Alfonso Rey mi señor,

ante vos me inclino humilde, - y ante el conde don Ramón,

y ante el conde don Enrique, - y todos los que aquí son;

Dios salve a vuestros amigos, - y ante todo a vos, señor.

Mi mujer doña Jimena, - dueña es de pro,

con entrambas mis hijas – las manos besan a vos,

de esto que nos ha ocurrido, - que os duela en verdad, señor”.

Respondió el Rey: “¡Tal hago, - y que así me salve Dios!”.

LECTOR 64

Para Toledo – el Rey la vuelta da;

esa noche mío Cid – no quiso el Tajo pasar:

-“¡Que el Criador, Rey, os guarde! – merced os quiero rogar, -pensad vos, señor, - en entrar en la ciudad, que yo me iré con los míos– en San Servando a posar; -allí mi acompañamiento esta noche llegará.

Vigilia celebraré – en este santo lugar,

Mañana por la mañana – entraré yo en la ciudad,

E iré a juntarme a la corte – algo antes de yantar”.

Dijo el Rey: - “Pláceme de voluntad”.

El Rey Don Alfonso – en Toledo fue a entrar,

y mío Cid Ruy Díaz – en San Servando a posar.

Candelas mandó encender, - y poner en el altar,

tiene gusto en hacer vela – en aquella santidad,

y orar ante el Criador, - y secretamente hablar.

Minaya y todos los buenos, - que se hallan en San Serván,

Cuando vino la mañana, - preparados están ya.

Dijeron prima y maitines, - hasta que apuntó el albor,
Acabada fue la misa – antes que saliese el sol,
y dejan hecha su ofrenda –muy buena y muy a sazón.
-“Vos, Minaya Alvar Fáñez, - que sois mi brazo mejor,
y el Obispo don Jerónimo, -conmigo vendréis los dos.
Pedro Vermudoz también, - y aqueste Muño Gustioz,
y Martín Antolínez, - el burgalés de pro,
y Alvar Salvadórez, - y Alvar Alvaroz,
y Martín Muñoz, - que en buen punto nació,
y mi sobrino – Félez Muñoz;
conmigo irá Mal Anda, - que es legista sabedor,
y Galindo Graciez, - el bueno de Aragón,
y con estos hasta ciento–de los buenos que aquí son.
Vestid túnica acolchada, - que sufra la guarnición,
por encima las lorigas, - tan brillantes como el sol,
y encima de las lorigas, - el armiño y pellizón,
y para ocultar las armas, - bien apretado el cordón;
bajo el manto espada fina, - y de filo tajador,
de esta forma prevenido – quiero ir a la corte yo,

a demandar mis derechos, - y hacer mi reclamación.
Si algún desmán intentaran – los Infantes de Carrión,
Do tales ciento tuviere, - bien estaré sin temor”.
-“Nosotros, responden todos, - eso queremos, señor”.
Tal y como se lo ha dicho, - todos aprestados son.
No se detiene por nada - el que en buen hora nació;
en calzas de buen paño – sus piernas embutió,
con ellas unos zapatos, - que son de mucha labor.
Vistió camisa de hilo, - tan blanca como está el sol,
cogidas con oro y plata – todas las presillas son
al puño bien se la ajustan, - porque él así lo mandó;
sobre ella viste un brial – de brocado a gran primor,
trabajado está con oro, - relumbra a la luz del sol,
encima, una piel bermeja, - cuyas franjas de oro son;
es prenda que siempre viste – mío Cid el Campeador.
Una cofia sobre el pelo, - que es de muy fina hilazón,
con oro está entrelazada, - y hecha para precaución
de que no le repelasen – al buen Cid Campeador;
la barba tenía luenga, - y atóla con el cordón,

como va a pedir lo suyo, - hace esto por prevención.
Por encima se echó un manto, - que es manto de
gran valor,
en el que admirar tendrán – todos cuantos allí son.
Con aquellos ciento – que prepararse mandó,
a escape monta a caballo, - de San Servando salió;
tal iba de prevenido – mío Cid a la reunión.
A la puerta de afuera, - con espacio desmontó;
El Cid con los suyos, - precavidamente entró,
el va justamente en medio, - y los ciento en derredor.
Cuando lo vieron entrar – al que en buen hora nació,
el buen Rey Don Alfonso – de pie se levantó,
y el conde don Enrique, - y el conde don Ramón,
y todos los que en la corte – tienen representación;
con gran honra le reciben –al que en buen hora nació.
No se quiso levantar – el Crespo de Grañón,
Ni nadie de los del bando – de Infantes de Carrión.

LECTOR 65

-“Venid vos acá a sentaros – conmigo, Campeador,
justamente en este escaño, - que me mandasteis en
don;
aunque a algunos les duele, -mejor sois vos que nos”.
Dióle al punto muchas gracias –el que Valencia ganó:
-“Sentaos en vuestro escaño, - como Rey y señor,
que con todos estos míos – aquí me sentaré yo”.
Lo que dijo el Cid, - plugo al Rey de corazón.
En un escaño labrado – al punto el Cid se sentó,
los ciento que le custodian, - de ponen en derredor.
Mirando están a mío Cid, - cuantos en la corte son,
a la barba que había luenga – y atada con el cordón;
en su porte y sus maneras – bien semeja ser varón.
No osan de rubor mirarle – los Infantes de Carrión.
Entonces se puso en pie – Don Alfonso de León:
-“¡Oíd, mesnadas, - así os valga el Criador!
Desde que yo he sido Rey, - dos cortes celebré, dos;
la una fue en Burgos, - y la otra en Carrión,

en Toledo esta tercera – vine a celebrarla hoy,
por amor de mío Cid, - el que en buen hora nació,
porque reciba justicia – de Infantes de Carrión.
Grande sinrazón le han hecho, - lo sabéis todos cual
nos;
que juzguen de ella los condes, - don Enrique y don
Ramón,
y todos los otros condes, - que banderizos no son.
Todos, pues, como entendidos, - poned en ello
atención,
para escoger el derecho, - que tuerto no mando yo.
Ni de uno, ni de otro bando, - tolero hoy alteración.
Juro por San Isidoro, - quien turbare esta reunión,
Tendrá que salir del reino, -y perderá mi amor.
Con quien tuviere derecho, - de esa parte me soy yo.
Empiece ya a demandar – mío Cid Campeador,
Veremos lo que responden – los Infantes de Carrión”.
Mío Cid besó al Rey la mano, - y de pie se levantó:
-“Mucho os lo agradezco, - como a Rey y a señor,

como quiera que esta corte – la habéis hecho por mi amor.

He aquí lo que demando – a Infantes de Carrión:

De que a mis hijas dejen, - yo no siento deshonor;
pues vos las casasteis, Rey, - vos sabréis que hacer,
no yo;

pero al sacarme mis hijas – de Valencia la mayor,
yo bien los quería a ellos – de alma y de corazón,
y les di mis dos espadas, - la Colada y la Tizón,
esas yo me las gané – a guisa de varón,

porque se honrasen con ellas, - y que os sirviesen a vos.

Al abandonar mis hijas – en Corpes tan sin pudor,
conmigo nada quisieron, - y así perdieron mi amor;
devuélvanme mis espadas, - pues que mis yernos no son”.

Otórganlo así los jueces: - “Todo esto es de razón”.

-“Hablemos de eso nosotros”, - dijo el Crespo de Grañón.

Entonces salen aparte – los Infantes de Carrión,

Con todos los sus parientes, - y cuantos del bando son;

Trátanlo aprisa, y convienen – en esta resolución:

-“Gran favor nos hace aún – mío Cid el Campeador,
Pues la afrenta de sus hijas - no la mete en petición;
bien podremos avenirnos – con el Rey nuestro señor.
Volvámosle sus espadas- pues no es más la petición,
Porque cuando las tuviere, - disolverse ha la reunión;
ni tendrá ya de nosotros- más derecho el Campeador”

Con esta respuesta el bando – a la corte se volvió:

¡Merced, oh Rey Don Alfonso-vos sois nuestro señor!

No lo podemos negar, - que dos espadas nos dio;
y puesto que las demanda, - y las tiene estimación,
devolvérselas queremos, - estando delante vos”.

Sacaron las dos espadas, - la Colada y la Tizón,
y pusieronlas en mano – de Alfonso Rey su señor;
sacan aquellas espadas, - y la corte relumbró,
los pomos y gavilanes, - todos de oro puro son,
a los buenos de la corte – les causan admiración.

LECTOR 66

El Rey llamó a mío Cid, - y las espadas le dio; Recibió
aquellas espadas, - ambas manos le besó, fue a sentarse
en el escaño, - de donde se levantó. Entre las manos las
tiene, - y a entrambas las miró; no se las pueden cambiar, -
las conoce a perfección, todo el cuerpo se le alegra, -
sonríe de corazón.

Alzó entonces la su mano, - de la barba se cogió:

-“Por aquesta barba, - que nadie jamás mesó, así se
irán vengando – doña Elvira y doña Sol”.

A su sobrino don Pedro – por su nombre le llamó, Hacia
él extendió su brazo, - la espada Tizón le dio:

-“Tomadla, sobrino, - que mejora en señor”. A

Martín Antolínez, - el burgalés de pro,

tendiendo el brazo otra vez, - la espada Colada dio:

-“Martín Antolínez, - vasallo mío de pro,

recibid a Colada, - ganéla de buen señor,

de Ramón Berenguer, de – Barcelona la mayor.

Por eso os la entrego aquí, - porque la cuidéis bien vos;
sé que si viniere el caso, - o se ofreciese sazón, habéis de
ganar con ella – gran prez y mucho valor”. Besóle la mano,

- la espada recibió.

Luego volvió a levantarse – mío Cid el Campeador:

-“Al Criador gracias mil, - y a vos, mi Rey y señor. Ya
recobré mis espadas, - la Colada y la Tizón.

Otra queja he todavía – contra Infantes de Carrión: Al
sacarme de Valencia – mis hijas ambas a dos, en oro y
plata contante – tres mil marcos les di yo; obrando yo de
esta suerte, - ellos urdieron traición;

devuélvanme mis caudales, - pues que mis yernos no son”.

¡Quejarse vierais entonces – los Infantes de Carrión”

El conde don Ramón dice: - “Responded que sí, o que
no”.

A toda prisa replican – los Infantes de Carrión:

-“Por eso las dos espadas – dimos al Cid Campeador,

porque más no nos pidiese, - que allí acabó la
cuestión”.

Pero a eso les respondía – el conde don Ramón:

-“Si al Rey así le pluguiere, - esta es nuestra decisión,

Que en lo que demanda el Cid, - deis justa
satisfacción”.

Dijo el buen Rey: - “Así lo otorgo yo”.

Levantóse en pie – el Cid Campeador:

-“De aquellos dineros, - que os entregué yo, decid si los devolvéis; - si no, dad de ellos razón”. Entonces salen aparte – los Infantes de Carrión; no llegan bien a un acuerdo, - que grandes caudales son, y los tienen ya gastados – los Infantes de Carrión. Con el acuerdo al fin tornan, - y hablaron a este tenor:

-“Nos apremia demasiado – el que Valencia ganó, y es que de nuestras riquezas – la codicia le tentó; le daremos heredades – allá en tierras de Carrión”. Intervinieron los jueces, - al oír tal confesión:

-“Si ello a mío Cid pluguiera, - no hacemos oposición; pero, según nuestro, juicio, - estimamos por mejor, que se lo entreguéis aquí, - en esta misma reunión”.

Al oír estas palabras, - el Rey Don Alfonso habló:

-“Nos bien conocemos – toda esta cuestión, que es muy justo lo que pide – mío Cid Campeador.

De aquellos tres mil marcos – los doscientos tengo yo; ambos a dos me los dieron – los Infantes de Carrión.

Devolvérselos dispongo, - pues tan en pobreza son, dénselos a mío Cid, - el que en buen hora nació;

si ellos los han de pagar, - no se los acepto yo”. Ferrán González – vais a escuchar lo que habló:

-“Dineros amonedados – no los tenemos, señor”.

Respondióle enseguida – el conde don Ramón:

-“El oro y la plata – gastado lo habéis los dos; ante el Rey Alfonso – fallamos la cuestión: que lo paguen en especie, - y lo acepte el Campeador”.

Ya vieron que hay que cumplirlo – los Infantes de Carrión.

Era de ver presentar – tanto caballo veloz, tanta mula y palafrenes, - bien lucidos y en sazón, tanta espada de buen filo, - con toda su guarnición; tal cual los tasó la corte, - mío Cid lo recibió.

Salvo los doscientos marcos, - que el Rey Alfonso tomó, pagáronle los Infantes – al que en buen hora nació; de lo ajeno les prestaron, - que de lo suyo no bastó. Muy mal burlados escapan, -sabad, de esta petición.

LECTOR 67

Este valor en especie – el Cid tomádolo, ha,
Sus hombres se han hecho cargo, - y de ello cuenta
tendrán.

Mas, cuando esto hubo acabado, - otra cosa dio en
pensar:

-“¡Merced, oh Rey mi señor, - por amor de caridad!

La pena mayor de todas – no se me puede olvidar.

Oídmeme toda la corte, - y doleos de mi mal;

los Infantes de Carrión – me han hecho deshonor tal,
que, con menos de reto, - no los puedo dejar”.

Decidme, ¿en qué os ofendí, - los Infantes de Carrión,
en burlas, o en veras, - o en cualquiera razón?,
que aquí lo repararé – de la corte en opinión.

¿Por qué me habéis desgarrado – las telas del
corazón?

De Valencia a la partida, - mis hijas os cedí yo,
con muy gran honra, y riquezas – sin cuento ni
estimación.

Pues, ya que no las queríais, - canes de pecho
traidor,

de Valencia su heredad, - ¿qué a sacarlas os movió?

¿Por qué las habéis herido – con cincha y con
espolón?

En el robledo de Corpes – las dejasteis a las dos,
solas para fieras y aves – del monte en el espesor.

Por cuanto hicisteis con ellas, - bien menos valéis los
dos.

Que lo vea así esta corte, - si no dais satisfacción”.

El conde don García – en pie se levantaba:

-“¡Favor, oh Rey, - el mejor de toda España!

Ha tomado gusto el Cid – a las cortes pregonadas;
se la ha dejado crecer, - y trae lengua la barba;

los unos le tienen miedo, - y a los otros los espanta.

Los de Carrión – son de prosapia muy alta,

No le debieron tomar – sus hijas por barraganas,

¿quién se las dio como iguales, - con sacramento
veladas?

Obraron muy justamente – al resolverse a dejarlas.

Todo cuanto él dice ahora, - no lo estimamos en nada”.

Entonces el Campeador – echóse mano a la barba:

-“¡Gracias sean dadas a Dios, - que en el cielo y tierra manda!

Por eso es luenga, - porque a vicio fue criada;

pero, ¿qué tenéis, conde, - que echar en cara a mi barba?

Porque desde que nació, - a vicio ha sido criada, que no ha puesto mano en ella – hijo de persona humana, ni me la ha mesado nunca – hijo de mora o cristiana, como yo lo hice con vos, conde, - en el castillo de Cabra.

Cuando yo a Cabra tomé, - y a vos así por la barba, no hubo allí rapaz, - sin mesar su pulgarada;

la que yo mesé, por cierto, - todavía no está igualada, porque la traigo yo aquí, - en la mi bolsa guardada”.

Ferrán González – en pie se levantó, a voces

descompuestas – vais a escuchar lo que habló:

LECTOR 68

-“Dejaos ya, oh Cid, - de aquesta alegación;
los dineros que nos disteis, - todos pagados son, no se
enrede más el pleito – entre nosotros y vos. Somos
linaje – de los condes de Carrión; debimos casar con
hijas – de rey o de emperador,
que no eran iguales nuestras – las hijas de un
Infanzón.
Cuando las hemos dejado, - obramos muy en razón;
más nos preciamos por ello, - sabedlo, que menos no”.
Hacia Pedro Vermudoz – vuelve mío Cid la mirada:
-“¡Habla tú ya, Pedro Mudo, - varón que tanto callas! Yo
las tengo por hijas, - y tú por primas hermanas; la palabra
es para mí, - para ti las orejadas.
Si he de responderle yo, - tú no tomarás las armas”.
Pedro Vermudoz – quiso romper a hablar;
la lengua se le detiene, - no la puede desatar,
mas desde el punto que empieza, - sabed, no le da
vagar:
-“Voy a responderos, Cid, - que tenéis costumbre tal,
que en reuniones, Pedro Mudo – siempre me habéis de
llamar.

Harto lo sabéis, - que yo no puedo más,
pero en lo que hacer hubiere, - por mí no habrá de
quedar.
Mientes tú, Fernando, - en cuanto dicho has; por
el Campeador – valiste mucho más.
Las mañas que tú tienes, - yo te las sabré contar: Junto a
Valencia la grande, - acuérdate que, al lidiar, Ir en
vanguardia pediste – al Cid Campeador leal; divisaste a un
moro, - y le fuiste a atacar,
pero antes que a él te llegases – huiste como un
gañán.
Si yo no acudiera, el moro – te habría burlado mal; yo te
dejé atrás a ti, - y al moro me fui a juntar,
de los primeros golpes – húbele de derribar;
a ti te di su caballo, - secreto quise guardar,
a ninguno hasta este día – le descubrí la verdad. Ante
mío Cid y ante todos – hubistete de jactar, de que
mataras tú al moro, - con proeza de loar, y todos te lo
creyeron, - mas no saben la verdad.
¡Por cierto que eres hermoso, - pero valiente, no tal!
¿Pues como, lengua sin manos, - te atreves siquiera a
hablar?

LECTOR 69

-“Di tú, di tú, Fernando, - confiesa esta alegación;
de Valencia ¿no te viene – en mientes lo del león,
cuando mío Cid dormía – y el león se desató?
Pues tú, Fernando, confiesa, - ¿qué hiciste con el
pavor?
Te metiste so el escaño – de mío Cid el Campeador;
Si, Fernando te metiste, - por do es menos tu valor.
Nosotros hicimos cerco, - guardando a nuestro señor,
hasta que despertó el Cid, - el que Valencia ganó,
levantóse del escaño, - y fuese para el león;
bajó el león la cabeza, - a mío Cid esperó,
dejóse asir del cuello, - y en la jaula lo metió.
Y cuando se hubo tornado – el buen Campeador,
a sus vasallos – viólos en derredor;
¡preguntó por sus dos yernos, - mas a ninguno
encontró!
Yo te reto la persona – por malo y por traidor.
Esto aquí te lidiaré – ante Alfonso mi señor;

por las hijas de mío Cid, - doña Elvira y doña Sol,
por cuanto que las dejasteis, - bien menos valéis los
dos;
al fin vosotros sois hombres, - cuando ellas mujeres
son,
pero de todas maneras, - más valen que no los dos.
Cuando fuere la lid, - si pluguiere al Criador;
tú lo habrás de confesar – a guisa de traidor;
todo cuanto queda dicho, - verdadero lo haré yo”.
De aquestos dos rivales – aquí quedó la cuestión.
Diego González – vais a escuchar lo que dijo:
-“¡Somos del linaje – de los condes más limpios;
ojalá estos casamientos – no hubieran aparecido
solo por no emparentar – con mío Cid Don Rodrigo!
De haber dejado sus hijas, - no estamos arrepentidos,
mientras la vida les dure, - pueden ir dando suspiros;
en cara les han de echar – lo que con ellas hicimos.
Esto probará a quien quiera – que se atreva en lid
conmigo;

Que por haberlas dejado, - más honrados nos sentimos”.

Martín Antolínez – en pie se fue a levantar:

-“¡Calla tú, alevoso, - boca sin verdad!

Aquello del león – no se te debe olvidar;

te saliste por la puerta, - al patio hubiste de entrar,

y te corriste a esconder – tras una viga lagar,

más no supiste vestir – manto de hombre ni brial.

Yo te probaré en lucha, - por menos no pasará;

porque a las hijas del Cid – llegasteis a abandonar,

de todas formas, sabedlo, - que a par vuestro valen más.

Al terminar de la lid – por tu boca lo dirás,

que eres traidor y mentiste – en cuanto aquí dicho has”.

De aquestos otros dos – la discusión ha acabado.

A tal tiempo Asur González – entraba por el palacio,
con su manto de armiño – y su brial arrastrando;
encendido trae el rostro, - que había bien almorzado,

en lo que habló a la sazón – poca cordura ha mostrado.

-“¡Ea, varones! - ¿Quién vió nunca tanto mal?

¿Quién nos traería noticias – de mío Cid el de Vivar?

Hubiera ido al río Ubierna – sus molinos a picar,

y a cobrarse sus maquilas, - como las suele cobrar.

¿Quién le pudo dar a él – con los de Carrión casar?

Muño Gustioz al instante en pie se levantó:

-“¡Calla tú, alevoso, - malo y traidor!

No perdonas, no, el almuerzo,- antes de ir a la oración,

a quien das paz, con tu beso –leapestas en derredor.

No dices verdad ninguna – ni al amigo ni al señor,

falso para todos eres, - y más para el Criador.

No quiero yo en tu amistad – tener participación.

Pronto te lo hará decir, - que eres tal cual digo yo”.

Intervino el Rey Alfonso: - “¡Acabe ya esta cuestión!

Lidiarán los que han retado, - y que así me salve Dios”.

LECTOR 70

Tan pronto como acaban – esta discusión,
he aquí que dos caballeros – entraron en la reunión.
Uyarra, Iñigo Jiménez, - así dicen a los dos,
el primero es del Infante – de Navarra rogador,
y el otro lo es igualmente – del Infante de Aragón; al
Rey Alfonso las manos – uno y otro le besó,
y luego piden sus hijas a mío Cid Campeador, para
coronarlas reinas – de Navarra y de Aragón,
diciendo que se las diesen –para honra y a bendición. A esto
enmudecieron todos, - la corte entera escuchó. Levantóse en
pie – mío Cid Campeador:

-“¡Merced, oh Rey Alfonso, - vos sois mi señor! Esto
agradezco – yo al Criador,
que vengan a demandármelas – de Navarra y de
Aragón.

Vos las casasteis antes, - que yo no las casé, no; ahí
tenéis mis hijas, - en vuestras manos son,
sin vuestro mandato – nada he de hacer yo”.
Levantóse el Rey, e impuso – silencio a aquella
reunión:

-“Yo os ruego, Cid, - cumplido Campeador,

que a vos os parezca bien, - y así lo otorgaré yo,
conciértese el casamiento – hoy mismo en esta
reunión,
puesto que con él os crecen – feudos, riquezas y
honor”.

Levantóse mío Cid, - al Rey las manos besó:

-“Puesto que a vos os agrada, - otórgolo yo, señor”. Y dijo
entonces el Rey: - “¡Dios os de buen galardón! A vos, Iñigo
Jiménez, - e igualmente, Uyarra, a vos, este casamiento –
os lo autoriza yo

de las hijas de mío Cid, - doña Elvira y doña Sol,
para entrambos los Infantes – de Navarra y de
Aragón,

a fin de que él os la dé – para honra y bendición”. Uyarra
e Iñigo Jiménez – pusieronse en pie los dos, y besáronle
las manos – a Alfonso Rey de León,

y después se las besaron – a mío Cid Campeador; las
promesas y homenajes – al punto prestados son, que tal
como se ha dicho, - así sea, y aun mejor.

De toda aquella corte – a muchos agradó,

Mas no lo ven con buen gesto – los Infantes de
Carrión.

Minaya Alvar Fáñez – en pie se levanto:

-“Merced os pido, - como a Rey y a señor,

Y que no le pese de esto – a mío Cid el Campeador; harto os he dado vagar – en toda aquesta reunión, algún tanto de lo mío – quisiera desahogar yo”.

Replicóle el Rey Alfonso: - “Pláceme de corazón; decid, por tanto, Minaya, - lo que os viniere en sabor”.

-“Yo ruego a toda la corte, - que me oigáis con atención

porque gran querella tengo – contra Infantes de Carrión.

Por mano del Rey Alfonso – yo les di mis primas, yo, y entrambos las aceptaron para honra y a bendición; dióles luego gran riqueza – mío Cid el Campeador, y ellos las abandonaron – en contra de nuestro honor.

Rétoles aquí los cuerpos – por su maldad y traición.

Linaje de Vanigómez – sois por sangre ambos a dos, de donde han salido condes – de mucha prez y valor, mas, bien sabemos nosotros – las mañas que tienen hoy.

Esto agradezco – yo al Criador,

que pidan a mis primas – doña Elvira y doña Sol, por

esposas los Infantes – de Navarra y de Aragón. Antes os

sean iguales, - y para en brazos las dos, ahora besaréis sus manos, - como manos de señor,

y las tenéis que servir, - por mal que os pese a los dos.

Gracias al Rey Don Alfonso, - y del cielo al alto Dios, que así le crece la honra – a mío Cid el Campeador. De todas las maneras – tales sois cual digo yo;

Y si hay quien responda, - o dice que no,

yo soy Alvar Fáñez – para el bueno y el mejor”.

Gómez Peláez – en pie se levantó:

-“¿Qué vale, Minaya, - toda esta alegación?

Porque en esta corte - hay hartos para vos,

y quien quisiera otra cosa, - sería su perdición.

Si Dios quiere que de esta – salgamos como es en razón,

Después veréis con espacio – qué dijisteis, o qué no”.

LECTOR 71

Dijo el Rey: - "Acabe esta cuestión,

Y que ninguno más haga – sobre ella una petición.

Sea mañana la lid, - cuando esté saliendo el sol,
de tres contra tres, tal como – retaron en la reunión".

Replicaron enseguida – los Infantes de Carrión:

-“Dadnos, oh Rey, algún plazo, - que mañana no es
razón.

Los caballos y las armas – dímoslas al Campeador,
antes tendremos nosotros – que ir a tierras de
Carrión”.

Habló el Rey, dirigiéndose – a mío Cid Campeador:

-“Sea esta lid – donde quisiéreis vos”.

Mas mío Cid dijo al punto: - “No lo aceptaré, señor;
quiero más irme a Valencia, - que no a tierras de
Carrión”.

Al instante dijo el Rey: - “Sin duda, Campeador.

Dadme todos vuestros caballeros, - con toda su
guarnición,

Para que vengan conmigo, - yo seré su guardador;
Yo os lo fio, como hace – el buen vasallo al señor,
que no sufrirán violencia – de Conde ni de Infanzón.
Aquí dentro de mi corte – les pongo plazo y sazón;
al cabo de tres semanas, - en las vegas de Carrión,
mando que hagan esta lid, estando delante yo;
quien al plazo no viniere – pierda toda la razón,
dese además por vencido, - y quede como traidor”.
Aceptaron la sentencia – los Infantes de Carrión.
Mío Cid el de Vivar – las manos al, Rey besó:
-“Estos mis tres caballeros – aquí en vuestra mano
son,
desde ahora os los confío, - como a mi Rey y señor.
Ellos están preparados – a cumplir su obligación;
Vuelvan con honra a Valencia, - por amor del
Criador”.
Respondió el Rey al instante: - “Así lo mande Dios”.
Allí se quitó el capillo – mío Cid el Campeador,
y la cofia de ranzal, - que era blanca como el sol,

y se desató la barba, - y la sacó del cordón.

No se cansan de mirarle – cuantos en la corte son.

Fue hacia el conde don Enrique – y hacia el conde don Ramón;

a entrambos abraza fuerte, - y ruega de corazón,
que tomen de sus riquezas – cuanto les venga en sabor.

A ellos, y a todos los otros, - que del bando bueno son,

a todos ha convidado – según su satisfacción;

hay quienes algo le aceptan, - hay quien nada le aceptó.

Al Rey los doscientos marcos – por libres se los dejó,
y aún tomó de lo demás – cuanto le vino en sabor.

-“¡Merced os pido, oh Rey, - por amor del Criador!

Puesto que estas novedades – tan bien arregladas son,
beso vuestras manos – con vuestra gracia, señor,
e irme quiero a Valencia; con afán la gané yo”.

(Aquí hay una laguna que se suple con la Crónica de Veinte Reyes)

Entonces mandó dar el Cid a los embajadores de los Infantes de Navarra y de Aragón, bestias y todo lo demás que hubieron de menester, y despidiólos.

El Rey Don Alfonso cabalgó entonces con todos los altos cargos de su corte, para acompañar al Cid que se iba fuera de la ciudad. Y cuando llegaron a Zocodover, yendo el Cid en caballo que llaman Babioca, Díjole el Rey: “Don Rodrigo, por la lealtad que me debéis, espolead ahora ese caballo, de que tanto bien oí decir”.

El Cid se sonrió y dijo: “Señor, aquí en vuestra corte hay muchos altos hombres, dispuestos a hacer eso que pedís; Mandadlos a ellos que trabajen con sus caballos”. El Rey le dijo: “Cid, satisfáceme lo que decís; mas con todo eso, quiero que corráis ese caballo por mi amor”. Entonces arremetió con su caballo, y tan recio le corrió, que todos se maravillaron de la carrera que hizo.

(En este punto se retorna al Cantar)

LECTOR 72

Alzó la su mano el Rey, - la cara se santiguó:

-“Yo lo juro por el santo – Isidoro de León,
que en todo nuestro reino – no hay otro tan buen
varón”.

Mío Cid en su caballo – delante del Rey llegó,
y fue a besarle la mano – a Alfonso su señor:

-“Mandásteme galopar – a Babiaca el corredor,
no hay en cristianos ni en moros – otro como él de
veloz;
yo os lo ofrezco de regalo, - quererle aceptar, señor”.

Replicó el Rey al momento : - “Eso no lo acepto yo;
si a vos quitare el caballo, - no habría tan buen señor.

Tal caballo como este, - es para tal como vos,
para vencer a los moros, - e ir en su persecución;
a quien quitárosle quiera, - no le valga el Criador,
que por vos y ese caballo, - más honra ganamos
nos”.

En el acto se despiden, - y la corte se partió.

El Cid a sus lidiadores - buenos consejos les dio:

-“¡Ea, Martín Antolínez, - y vos, Pedro Vermudoz,
y Muño Gustioz, querido – vasallo mío de pro,
mantened firmes el campo, - como cumple a buen
varón;

de vosotros en Valencia – buen recado espero yo”.

Habló Martín Antolínez: - ¿”Por qué lo decís, señor?
Hemos tomado esta deuda, - cumplirla es obligación;
De muertos podéis oír, - pero de vencidos, no”.

Alegre quedó con esto – el que en buen hora nació;
Se ha despedido de todos- los que amigos suyos son.

Mío Cid se fue a Valencia,- y el Rey se volvió a
Carrión.

Las tres semanas de plazo – del todo corridas son.

Helos aquí al plazo justo – los del Campeador,
cumplir quieren con la deuda – que les mandó su
señor;

ellos están en poder – de Alfonso Rey de León;
dos días más se tardaron – los Infantes de Carrión.

Muy bien presentados vienen – de caballo y
guarnición;
entre sus parientes y ellos – fraguada tienen traición,
que si apartarlos pudieran – a los del Campeador,
que los matasen en riña, - por afrenta a su señor.
El propósito fue malo, - que lo otro no se empezó,
porque tuvieron gran miedo – de Alfonso Rey de
León.
De noche velan las armas, - y ruegan al Criador.
Ya la noche ha transcurrido, - ya quiebra el primer
albor;
de los buenos ricos hombres – gran número se juntó,
por presenciar esta lid, - que en ello tenían sabor;
presidiéndolos a todos – está Alfonso de León,
por querer que haya justicia, - y ningún entuerto no.
Ya se vestían las armas – los del Cid Campeador,
los tres están preparados, - pues son de un mismo
señor.
Ármanse en otro lugar – los Infantes de Carrión,

aquel conde Garci Ordoñez –en consejos se extremó.
Tomaron acuerdo allí, - y al Rey dieron petición,
que en la lid no se empleasen – ni Colada ni Tizón,
que no lidiasen con ellas los del Cid Campeador;
bien les pesa a los Infantes – haberlas dado las dos.
Expusiéronselo al Rey, - pero no se lo aprobó:
-“No exceptuasteis ninguna, - cuando hubimos la
reunión;
Provecho os harán las vuestras, - si buenas espadas
son,
igual les harán las suyas – a los del Campeador.
Alzad y salid al campo – los Infantes de Carrión,
Menester es que lidiéis, - como lidia el que es varón,
que nada habrá de faltar – por los del Campeador.
Si del campo bien saliereis, - alcanzaréis grande
honor,
pero si fuereis vencidos, - no echéis las culpas a nos,
pues todos saben de sobra – quién es el que os lo
buscó”.

Ya se van arrepintiendo los Infantes de Carrión,
De lo mal que habían obrado, - muy arrepentidos son,
querrían no haberlo hecho – por cuanto hay en
Carrión.

Todos tres están armados – los del Cid Campeador,
el Rey Don Alfonso – a verlos se acercó.

Entonces le dijeron los del Campeador:

-“Besamos vuestras manos, - como a Rey y señor,
que entre ellos y nosotros – imparcial seáis vos;
para derecho valednos, - que para injusticia no.

Aquí tienen su bando – los Infantes de Carrión,
no sabemos qué entre ellos – maquinarán, o que no;
en vuestra mano a nosotros – nos puso nuestro
señor,

mantenednos a derecho, - por amos del Criador”.

Al momento dijo el Rey: - “De alma y de corazón”.

LECTOR 73

Preséntanles los caballos, - buenos y de andar veloz,
hacen la cruz en las sillas, - y montan con decisión;
traen al cuello los escudos, - que de buena bloca son,
en mano toman las astas, - las de hierro punzador,
de estas tres lanzas, cada una – lleva enhiesto su
pendón;

y muchos buenos varones – se les ponen en redor.

Ya se entraron en el campo, - que con mojones se
hitó.

Todos tres han convenido, – los del Cid Campeador,
que cada uno a su contrario – fuese a herir con
decisión.

He aquí que de la otra parte – los Infantes de Carrión,
Vienen muy acompañados, - pues muchos parientes
son.

Para fallar en justicia, - el Rey fieles designó,
y que nadie entre con ellos – en pleito de sí o de no.
Cuando estaban en el campo, - el Rey Don Alfonso
habló:

-“Oíd lo que os digo, - Infantes de Carrión:

En Toledo hubo de hacerse – esta lid, mas no os
cumplió;

a estos tres caballeros de mío Cid Campeador,
los traje yo en salvaguardia – a las tierras de Carrión;
guardad bien vuestro derecho, - no me queráis sin
razón,

que a quien sinrazón quisiere, -mal se lo estorbaré yo,
no tendrá en todo mi reino – ni paz ni satisfacción”.

Buenos pesares sentían – los Infantes de Carrión.

El Rey junto con los fieles – los mojones señaló,
sálense todos del campo – y pónense en derredor.

Bien advertido les dejan – a todos los seis que son,
que se diera por vencido - quien saliese del mojón.

Sálense todos del campo, - y pónense en derredor,
que a seis lanzas de distancia, - nadie llegase al
mojón.

Sorteábales el campo, - y partíales el sol;

los fieles salen del medio; - de cara unos y otros son.

Vinieron los de mío Cid – contra Infantes de Carrión,
Y arrancaron los Infantes – contra los del Campeador;
cada uno de ellos – hacia el suyo enfiló.
Embrazan los escudos – delante del corazón,
abajan las lanzas, - revueltas con el pendón,
inclinan las caras – por encima del arzón,
picaban los caballos – con muy recio espolón,
temblar quería la tierra, - donde el tropel se movió.
Cada uno de ellos – hacia el suyo enfiló;
todos tres, uno con otro, - se han trabado con valor,
ya los miran caer muertos – los que están en
derredor.
Pedro Vermudoz, - el que primero retó,
Con Ferrán González – de cara se juntó;
heríanse en los escudos, sin sombra de pavor.
Ferrán González a Pedro el escudo le pasó,
pero cogióle en vacío, - la carne no le alcanzó,
por dos sitios de la lanza – el astil, se le quebró.
Mantúvose firme Pedro, - no por eso vaciló;

Un golpe le habían dado, - pero él otro tiró;
quebró la bloca al escudo, - hacia un lado se la echó,
sin que nada le valiera, - todo se lo atravesó.
Le hundió la lanza en el pecho, - por cerca del
corazón,
la loriga en tres dobleces – a Fernando aprovechó,
pues los dos se le desgarran, - solo el tercero quedó;
la túnica y la camisa, - con toda la guarnición,
cinco dedos en la carne – del golpe se lo metió,
por la boca a fuera – la sangre le salió,
las cinchas se le rompieron, - ninguna le aprovechó,
por la cola del caballo – en tierra lo derribó.
Así pensaba la gente – que muerto al suelo cayó.
Dejóle hincada la lanza, - y mano a la espada echó,
al verla Ferrán González, - conoció en ella a Tizón;
antes de esperar el golpe: - "Vencido soy", exclamó.
Otórganlo así los jueces; - Per Vermudoz le dejó.

LECTOR 74

Martín y Diego González – hiriéronse con las lanzas,
Tan recios fueron los golpes, - que las quebraron
entrambas.

Martín Antolínez – echo mano a la espada,
¡relumbra todo el campo, - tan limpia es y tan clara!
Tirole un golpe con ella, - de través se la asentaba,
el casco de encima – a un lado se lo echaba,
las correas del yelmo todas se las cortaba,
arrancole la capucha, - hasta la cofia llegaba,
cofia y capucha por junto, - todo al par se lo llevaba,
los pelos de la cabeza – los rajó, en carne tocaba;
parte de ello cayó al campo, - y lo otro encima
quedaba.

Cuando ha tirado este golpe – Colada, la muy
preciada,
vió claro Diego González – que su vida peligraba;
volvió al caballo la rienda, - para ponerse de cara,

la espada en la mano tiene, - mas no se atreve a
emplearla.

Al par Martín Antolínez – recibiole con su espada,
un golpe le dio de plano, - de filo no lo alcanzaba.
El Infante, a tal sazón, - a grandes voces clamaba:
-“¡Señor Dios glorioso, valme, - líbrame tu de esta
espada!

El Caballo ha sofrenado, - y hurtándole de Colada,
le sacó de los mojones, - donde don Martín quedaba.
Al instante dijo el Rey: - “Venid vos a mi compañía,
Que por esto que habéis hecho, - vencido habéis la
batalla”.

Los fieles, al otorgarlo, - dan por buena esta palabra.
Los dos han vencido ya; diréos de Muño Gustioz
con Asur González – cómo se arregló.

Heríanse en los escudos – furiosos golpes los dos.
Asur González - forzado y de valor,
hirióle en el escudo – a Don Muño Gustioz,
del escudo por detrás – pasóle la guarnición,

en vacío dio la lanza, - que a la carne no alcanzó.
Este golpe recibido, - otro dio Muño Gustioz;
por en medio de la bloca – el escudo le quebró,
no le pudo proteger, rompióle la guarnición,
cogióle un tanto de sesgo, - que no junto al corazón;
dentro de la carne metióle – la lanza con el pendón,
por detrás de la espalda – una braza la pasó,
dio un retorcijón con él, - de la silla lo sacó,
al tirar de la lanza, - en tierra lo derribó;
bermejo salió el astil, - y la lanza y el pendón.
Todos piensan que es de muerte – la herida que
recibió.
Ha recobrado la lanza, - y encima de él se paró;
mas dijo Gonzalo Ansúrez: - “¡No lo rematéis, por
Dios!
El campo queda vencido, - que todo esto se acabó”.
Y confirmaron los fieles: - “Esa es nuestra decisión”.
Mandó despejar el ruedo – aquél buen Rey de León,
las armas que allí quedaron, - por suyas se las tomó.

LECTOR 75

Cubiertos de honor y honra se marchan – los del Cid
Campeador,
vencieron en esta lid, - gracias al Criador.
Grandes son los pesares – por tierras de Carrión.
El Rey a los de mío Cid – de noche los envió,
porque no los asaltasen, - ni ellos sintieran temor.
A guisa de hombres prudentes, - día y noche en viaje
son,
helos por fin en Valencia – con mío Cid el
Campeador,
por traidores los dejaron – a Infantes de Carrión,
bien han cumplido la deuda, - que su señor les
mandó;
alegre se vió con esto – mío Cid el Campeador.
Grande es la deshonra – de Infantes de Carrión.
Quien buena dueña escarnece, - y después la
abandonó,
que eso mismo le acontezca, - o si se quiere, peor.

Dejémonos ya de pláticas – de Infantes de Carrión,
del castigo recibido – les queda muy mal sabor;
hablemos de aquél solo, - que en buen hora nació.
Grandes son las alegrías - en Valencia la mayor,
pues con tal honra volvieron– los del Cid Campeador.
Echóse mano a la barba – Ruy Díaz su señor:
-“¡Gracias al Rey de los cielos – mis hijas vengadas
son!
Gocen ahora libremente – las haciendas de Carrión.
Pese, o no pese, a quien quiera, - las casaré sin
rubor”.
En pláticas anduvieron – por Navarra y Aragón,
su consulta celebraron – con Alfonso de León.
Hicieron sus casamientos – doña Elvira y doña Sol;
los primeros fueron grandes, - cada uno de estos
mejor,
con mayor honra las casa – de lo que antes las casó.

Ved como le crece honra – al que en buen hora
nació,
pues son señoras sus hijas – de Navarra y de
Aragón.
Hoy los Reyes de España – parientes suyos son;
¡A todos alcanza honra – por el que en buen hora
nació!
Pascua de Pentecostés, - de aqueste mundo pasó
Mío Cid, señor de Valencia; - ¡de Cristo haya perdón!
Con él lo tengamos todos, - el justo y el pecador.
Estas son las hazañas – de mío Cid el Campeador;
En este mismo lugar – se acaba esta narración.

FIN